

Lupo nos habla de la AME

Fábulas para niños y niñas, adolescentes, padres y madres
sobre el mundo de la Atrofia Muscular Espinal.



Jacopo Casiraghi

Ilustraciones de Samuele Gaudio

Título original en italiano:

Lupo racconta la SMA

Favole per bambini, ragazzi e genitori
sul mondo dell'Atrofia Muscolare Spinale

Responsable de la Traducción en Español:

Néstor Saporiti

Autor:

Jacopo Casiraghi

Proyecto gráfico: IED Milán

Ilustraciones: Samuele Gaudio

Diseño gráfico: Davide Sottile

Coordinación: Stefania Bertolini

Agencia coordinadora del proyecto:

Edelman

Idea del proyecto:



En colaboración con:



Con el auspicio de:



LA ATROFIA MUSCULAR ESPINAL (AME)

La atrofia muscular espinal (AME) es una enfermedad neuromuscular rara que implica debilidad y atrofia muscular severa y progresiva, debido a la pérdida de esas neuronas que transportan las señales del sistema nervioso central a los músculos, controlando su movimiento. La enfermedad afecta a aproximadamente uno de cada 10.000 recién nacidos y hasta hoy representa la causa genética más común de muerte infantil¹. De las cuatro formas existentes, la que afecta a los recién nacidos dentro de los primeros seis meses de vida es, sin dudas, la más grave.

¹) Lunn and Wang 2008.

POR QUÉ UN LIBRO DE FÁBULAS SOBRE LA AME

Narrar significa informar,
transmitir, educar y revelar emociones
y nuevos puntos de vista.
Este libro nace para contar,
a través de las palabras y las imágenes
de sus protagonistas,
todo un universo y los héroes
que forman parte de él,
para que nadie se sienta solo
y que todos, grandes y pequeños,
cada uno a su manera,
puedan ser ayudados
a ver en lo cotidiano
un don valioso y lleno de significados.

Levanto un momento la mirada de las páginas que contienen las fábulas de Jacopo, desplazo la botella que está sobre la mesa y observo a mis hijos sentados en el piso. La dulzura me invade cuando escucho sus voces, su respiración y su imaginación, que se desarrolla a través del juego. Por un momento veo mi rostro en cada uno de ellos, desplazo los anteojos que penden hacia un costado por la sorpresa, empiezo a buscar en la habitación y sobre los muebles a la *Lechuza Sabia*. No la encuentro, evidentemente estoy soñando despierto, placenteramente inmerso en las fábulas contadas por *Lupo* que, para salvar su propio pellejo, ha logrado involucrar a todos los animales del Bosque con historias que nos han abierto el corazón.

Los niños se han dispersado por la casa, uno fue a lavarse los dientes antes de irse a dormir, otro se demora mientras guarda los juguetes. Espero el momento de las “buenas noches”, un beso sobre la mejilla de papá y listo, a esperar un nuevo día. Me siento permanentemente en camino con ellos, probablemente hacia el *Corazón del Bosque*, un recorrido que ayuda a comprenderse a sí mismo y a dejarse abrazar por la fulgurante idea de que cada hijo es único y está lleno de sorpresas, cada uno, con la herencia natural de haber venido al mundo, con su dosis de fuerza extrema y de proporcional debilidad.

Estas historias dan testimonio de que no solo es posible ser felices a pesar de las dificultades, sino que

- intentan compartir con nosotros testimonios sobre
- “cómo” se puede alcanzar esa felicidad a través de
- experiencias individuales cuyo valor es universal. La flor *Plantina*, que aprende a escuchar y a imaginar el mundo con las raíces ágiles que apuntan hacia la tierra; la pequeña *Viperina*, que supera sus dificultades y logra crear un mundo con sus colores; el joven ratón *Séptimo*, que con valentía enfrenta la picadura de una abeja porque quiere tener más tiempo para estar con sus amigos, o bien *Pequeño Jabalí*, que con su generosa inocencia, ayuda a su mamá a convertirse en un ser generoso, yendo más allá de su suerte hasta recibir en el corazón un mundo de mariposas de colores. Mis hijos ahora están en la cama, apago las luces de la sala, enciendo la silla de ruedas y, silenciosamente, hasta donde me es posible, zigzagueo por entre los juguetes olvidados para ir yo también hasta mi habitación. Al pasar por el pasillo, veo el rostro inocente de mis hijos a través de la puerta semiabierta. Me vuelven a la mente dos fábulas apenas leídas, la primera es la de *Cascarín*, el pájaro rodante, que a partir de su inocencia afirma siempre que: “¡Vale la pena!”, y la historia de *Pequeño Lobo*, quien, gracias a la piel que con tanto esfuerzo le dona su padre, “dormía placenteramente y soñaba, con el corazón lleno de alegría, bajo las estrellas luminosas de la llanura”.

- Estas pequeñas criaturas nos regalan una enseñanza transparente. Su inocencia, como la de todos los niños y niñas, debe ser preservada y tutelada porque no tiene un objetivo, ni una finalidad, ni prejuicios. Simplemente existe. A través de ellos podemos intuir la belleza del universo. ¿Quién no se queda encantado frente a la hermosura de las estrellas?

Todo esto es un regalo excepcional, mucho más aun si pensamos que el autor nos lleva con él a emprender un viaje divertido, captando nuestra atención, en la que la fantasía y la imaginación, por primera vez en una fábula, son la reconstrucción de hechos realmente acaecidos, vividos en primera persona o a través de la mirada de pequeños hombres y mujeres encontrados al lo largo de su vida profesional.

Pienso para mis adentros que eso es lo que deberían provocar las fábulas: Intentar llegar a nuestro corazón y a nuestras mentes a través de lo fantástico, y convencernos de que la vida siempre es bella, así como es, en este extraordinario presente, y que, si la miramos con los ojos del amor, también puede ser más hermosa que un sueño.

Alberto Fontana

Presidente Centros Clínicos Nemo

Fábulas que curan.

Introducción

Mario Vargas Llosa (premio Nobel de literatura en 2010) considera que inventar y narrar historias es una de las tradiciones más antiguas de la humanidad. Se trata de una forma expresiva que nace del hecho que vivimos una sola vida, pero somos capaces de imaginar o inventar mil vidas más. Gracias a las historias se puede entender mejor la situación en la que nos encontramos, superar los propios límites, vivir otras vidas identificándonos con los personajes y las aventuras contadas. Desde las grandes novelas hasta los cuentos, todas las narraciones producidas en la larga historia de la humanidad, además del placer de escucharlas, nos pueden ayudar a tomar una decisión personal o provocar el progreso de la civilización.

A la luz de estas ideas he leído con placer y emoción las doce fábulas para niños y niñas, adolescentes, padres y madres escritas por Jacopo Casiraghi -psicólogo y psicoterapeuta- para personas con Atrofia Muscular Espinal (AME).

La ambientación es el Bosque con toda su variedad de animales y plantas, símbolo atractivo y al mismo tiempo inquietante, lugar por excelencia de la desorientación, del encuentro, de la búsqueda y de la aventura que en una mágica circularidad de eventos y coincidencias termina por conducirnos a casa. Un anciano Lobo, “un ser astuto que sabía mucho de historias”, es la voz narradora que lleva a considerar las diferentes emociones vinculadas con el diagnóstico y la cura de una enfermedad que puede desorientar a los padres y madres, así como a sus portadores.

En todas las fábulas está presente la doble identidad de Casiraghi: la del escritor y la del psicoterapeuta. Para él narrar es una ocasión para informar, sostener,

- curar, rehabilitar, dar esperanzas y ofrecer nuevos puntos de vista sobre la enfermedad. Se podría decir que el valor “terapéutico” está en el hecho de que el mensaje, con elementos de comprensión compartidos y compartibles, presenta diferentes aspectos implícitos que permiten su uso personal y único. Cada lector puede adaptar el contenido y el mensaje a su propia situación en relación a las diversas y articuladas etapas de la enfermedad y del ciclo de la vida.

A pesar de la variedad de emociones que las doce fábulas presentan -desánimo, angustia, desorientación, miedo al futuro, sentimiento de culpa, tristeza, depresión- en todas existe la capacidad de tener en cuenta y activar los recursos, siempre presentes, de dar elementos para interpretar la existencia, incluso con motivo de una enfermedad, como una forma diferente de vivir en el mundo que puede estar llena de sorpresas, comprensibles dentro de las relaciones de reciprocidad y de las razones que tiene el corazón.

Todos estos elementos están presentes, casi como en una filigrana, en las bellísimas fábulas para niños y niñas, adolescentes, padres y madres contadas por Jacopo Casiraghi.

No me parece oportuno adelantarle al lector el contenido de estas historias para no quitarle el placer del descubrimiento y la sorpresa. Me limito a subrayar algunos elementos recurrentes que pueden ser considerados como el “hilo conductor” e invitar, a quien las lee, a construir su propio “hilo conductor”, para dejarse “curar” por la lectura y la escucha.

La ambientación en el bosque puede ser considerada un clásico (“me encontré en una selva oscura”, dice Dante Alighieri al comenzar su *Divina Comedia*), que habla de los miedos frente a lo desconocido de la enfermedad. Pero el bosque también tiene un “corazón” que ayuda a

- enfrentar la desorientación ante lo que se vive y la pérdida de control, que nos lleva a pensar que saldrá todo bien, que tal vez descubriremos nuevos significados, un modo nuevo de interpretar los eventos, un contacto diferente y más fuerte con lo esencial y profundo de la vida. Pero hay otro punto de referencia: Ciervo Majestuoso, el Rey del Bosque, la fascinación de la sabiduría sin tiempo, que observa sin ser observado y, junto a otros personajes, revela que “todos tienen miedo de algo”. “El único modo de vencer el miedo”, dirá el Maestro Búho, “es comenzar a admitir que tenemos miedo”. Será precisamente Ciervo Majestuoso, con su autoridad casi divina, quien, “avanzando con paso ligero y sus anchos cuernos cubiertos de musgo y de nidos de pájaros”, podrá decir con voz profunda: “Es hora de irnos”. Entonces surgen las primeras preguntas al límite entre el relato y la realidad: “¿Por qué no saltas, Pequeña Liebre?”, pregunta Mamá Liebre. “¿Por qué no corres, Pequeña Liebre?”, pregunta Papá Liebre. “¿Qué se puede hacer para aceptar una noticia tan inesperada y dolorosa?” De aquí se desprende la necesidad de una cura a través del “poder mágico de las palabras” para poder “soñar despiertos” y continuar el viaje de la vida, en la enfermedad, en los cuidados y en el bienestar personal y relacional siempre posible. En algunas historias es presentada con atención y amabilidad “la era del cambio” con la idea de una cura que va a durar para toda la vida: no llevará a la sanación definitiva, pero al menos permitirá sentirse más fuertes. Las doce fábulas nos acompañan a lo largo del articulado y complejo ciclo de la vida, desde el diagnóstico de la enfermedad hasta las curas rehabilitadoras, a la potencialidad de nuevos medicamentos con respecto a los cuales hay que estar preparados para subirse como a un tren en movimiento: “Es necesario hacer ejercicios respiratorios y gimnasia, no hay que engordar demasiado...”, y también “Un viaje como este no podemos hacerlo solos”;

• además de los padres y madres, hay que tener en cuenta hermanos y hermanas que, aun no teniendo una enfermedad específica, necesitan una atención particular. Una reciente revisión sistemática de los últimos cuarenta años de James Law y de su equipo ha descubierto cómo la lectura de historias por parte de los padres y madres, mejora en los hijos el desarrollo del lenguaje, la capacidad de comprensión y el equilibrio emotivo. A nivel intuitivo lo sabíamos y algunos de nosotros ya lo habíamos experimentado. Ahora también nos lo confirma la ciencia: contar historias les hace bien a los niños, pero también a los adultos, porque los ayuda a entrar en el mundo encantado de la infancia y a buscar palabras, frases y algo que permita el contacto adecuado con la mente y el corazón de quien los escucha. Todo esto vale mucho más aun en la relación que se da entre padres y madres e hijos portadores de una enfermedad. Me gusta concluir esta presentación con las palabras de la voz narradora, la de Lupo: “se las he contado porque merecían ser recordadas y vueltas a contar una vez más. Los amigos de los que les he hablado no tienen que ser olvidados y todos podemos aprender algo de ellos. Yo creo que no importa si tus músculos son fuertes o no. Si tienes un corazón sensible como para escuchar estas fábulas, entonces tú también formas parte de ellas”. De este modo, puedo sugerirles a los lectores, que entren con curiosidad y seriedad en estas doce fábulas de sorprendente y placentero disfrute, para poder comprender mejor la enfermedad y la vulnerabilidad de los demás y la nuestra. Y una vez que hayan entrado en la metáfora, serán ayudados a enfrentar la vida, en la cotidianidad de sus actos, como un don lleno de significados.

Enrico Molinari

*Director de la Licenciatura y Maestría en Psicología Clínica
Università Cattolica del Sacro Cuore, Milán
Istituto Auxologico Italiano – IRCCS – Milán*

*Dedicado a todos los niños y niñas,
ahora adolescentes, a los hombres y mujeres,
conocidos gracias a "Famiglie SMA"*



Lupo había sido capturado. La noticia circulaba por el Bosque con tal intensidad que, en unos días, iba a caer en la trampa. El Consejo del Bosque se había reunido y había deliberado sobre su destino, es decir había decidido qué hacer con él. No había sido fácil tentarlo y pescarlo, como

se dice, con el hocico en la mermelada.

A Lupo le encantaban la mermelada y la miel, los arándanos y las zanahorias, la carne roja, pero con grasa. Comía de todo. “Como de todo”, repetía, y te miraba mientras se reía con sarcasmo con una dentadura a la que le faltaban algunos colmillos, y en la que los años habían dejado sus huellas: unos dientes negros y el pelo canoso, es decir blanco, porque al tiempo le gusta mezclar los colores y lo que está vacío con lo que está lleno. Lupo había envejecido, y ni siquiera su lengua roja como una frutilla, siempre de costado, lograba que pareciera más joven. Había vivido ya muchos inviernos, de esos en los que el frío helado te congela los bigotes. Eran tantos como los que habían vivido el Maestro Búho y Ciervo Majestuoso, del que se decía que habitaba en la parte más oscura y misteriosa del bosque.

“Ahí, juro que no voy”, había dicho Lupo alguna vez. “¿Tienes miedo del Corazón del Bosque?”, le había preguntado el Zorrino Enrique mientras lo miraba sorprendido.

“Imagínate: yo no le tengo miedo a nada. No voy porque en el Corazón del Bosque... ¡no hay nada para comer!”

• + Lupo había engañado al Zorrino Enrique, es decir, le había tomado el pelo como se debe.

• + Con el tiempo había aprendido que antes de decir una mentira, siempre era mejor agregarle una parte de verdad. Por eso, era sincero cuando sostenía que en el Corazón del Bosque no había nada para comer: entre los árboles retorcidos y las grandes rocas cubiertas de musgo, sobre las colinas escarpadas y los canales profundos, se encontraban solo grosellas y hongos, que eran devorados por los jabalíes y el Oso Bruno.

• + Además, en los territorios de Ciervo Majestuoso nadie podía recolectar ni siquiera una mora sin su permiso y, dado que Ciervo Majestuoso tenía muy mal carácter, Lupo no tenía ninguna intención de meterse en problemas.

• + La mentira, en cambio, era la otra. ¿Se acuerdan de lo que había dicho? “Yo no le tengo miedo a nada”. No era verdad. Lupo tenía miedo a muchas cosas, algunas insignificantes y otras importantes y, más que nada, tenía miedo al Corazón del Bosque y a Ciervo Majestuoso. Todos tienen miedo de algo. No se puede no tenerle miedo a nada. También los grandes pueden tener miedo, pero muchas veces no lo confiesan, ni siquiera se lo confiesan a ellos mismos. “La única forma de vencer el miedo, afirmaba el Maestro Búho, “es empezar a admitir que tenemos miedo”.

• + Lupo resoplaba levantando los ojos al cielo. Detestaba los buenos consejos del búho. Por eso los ignoraba, los evitaba de todas las formas posibles y buscaba algo rico para comer. A Lupo le gustaba tener una panza redonda y tensa, como el parche de un tambor. Justo a él, a quien normalmente se le podían contar las costillas. Por eso había caído en la trampa: había bastado una rodaja de pan con mermelada para que



• se le hiciera agua a la boca y perdiera la razón.
• Se había tirado de cabeza y la trampa se
• activó. Ardillas, conejos, urracas, todos habían aplaudido encantados cuando Lupo, por fin, había sido atrapado. “¡Así aprendes por haberte comido a mi cuñada!, le dijeron.

“¡Y así aprendes por haberme mordido la cola!”

“¡Y mi pierna! ¡Todavía me duele cuando cambia el clima!”

Motivos para encarcelarlo había a montones, tantos que no habrían bastado las páginas de un libro entero para poder relatarlos a todos.

“¡Esperen, esperen!”, les había dicho Lupo. “Si les cuento un cuento, ¿me liberan?”

Todos se habían quedado callados, incluso las abejas que zumbaban atareadas entre los gladiolos.

“¿Qué cuento?”, había preguntado Fulvia la Ardilla. Lupo era muy astuto y sabía contar historias. Sabía contar fábulas de todo tipo. Conocía baladas antiguas y las aventuras más intrépidas. Recordaba cuentos de héroes e impresionantes hazañas y siempre sabía cuál era el mejor relato para contar junto a una fogata cuando se acercaba un temporal. Había contado sus historias en lugares extraordinarios: en heniles y en la cima de colinas azotadas por el viento, en grutas oscuras e incluso en las aldeas de los humanos. Lupo, rengueando y temeroso, las había relatado incluso en un pequeño hospital, ahí donde los médicos curaban y ayudaban a las personas que no siempre podían sanarse.

“Cuéntanos una fábula y te liberaremos”, había graznado el Cuervo Roberto.

“Trato hecho”, respondió riéndose con sarcasmo. “¿Puedo empezar?”



.1 Frágil y delicado como una flor, pero rápido como una liebre.

Fábula para niños y niñas con AME de tipo 1
y para todos aquellos que quieran leerla
o que alguien se la cuente.



En la Cueva Olorosa, escondida cerca de las fronteras del Bosque, la familia de las liebres había festejado la llegada de un nuevo hijo. Era pequeño, con el hocico como una castaña y el pelo como si fuera un cepillo, de color marrón, como una hoja de roble. Era tan pequeño que cabía en la palma de una mano. Había nacido hacía pocos días y su mamá y su papá estaban muy felices. Mamá Liebre se veía llevando durante el verano -que ya hacía sentir su presencia- a su pequeño hijo al prado más verde esmeralda que conocía: la Gran Pradera. Papá Liebre saltaba de un lado para el otro. Ya se imaginaba corriendo junto a su hijo. Desde Cueva Olorosa hasta Campo Florido, desde Paso Pelado hasta Orilla Rocosa se imaginaba carreras a toda velocidad, subiendo y ba-

jando por las colinas.

Pero después de unos días, Pequeña Liebre empezó a preocuparlos. Por más que su mamá lo estimulara, él se caía porque sus propias piernas se le doblaban, e incluso cuando su papá le mordisqueaba la cola, a duras penas reaccionaba. Los miraba despierto y atento, con sus ojos grandes e inteligentes, pero el resto del cuerpo, extrañamente, no se movía. “¿Por qué no saltas, mi Pequeña Liebre?”, le preguntaba su mamá. Primero pensaron que se habían equivocado y que, tal vez, Pequeña Liebre no se movía porque estaba demasiado cansado o no dormía bien. Pero más tarde tuvieron que llevarlo para que lo viera el Maestro Búho, que había visto todo tipo de casos y sabía encontrar siempre una solución.

“Pequeña Liebre no corre ni salta porque sus músculos son débiles”, sentenció el búho.

“¿Cómo podemos fortalecerlos?”, pre-

guntó enseguida Papá Liebre.

“No se puede. Sus músculos son así, especiales: frágiles y delicados como una flor”.

“¿Qué podemos hacer para que sean más resistentes?”, volvió a preguntar Mamá Liebre.

“No hay forma, así como no se puede transformar un diamante en agua o convertir a un ratón en un pájaro. La naturaleza ha decidido que los músculos de Pequeña Liebre sean débiles y esto no se puede cambiar”.

Papá Liebre no solía rendirse fácilmente, por eso preguntó enojado: “¿Tampoco la magia puede curarlo?”

“¡No existe una magia para este tipo de cosas!”, exclamó el búho, que estaba harto de las falsas magias.

“¿No podemos ir a ver a los humanos y pedirles a ellos un medicamento?”

Mamá Liebre sabía que en la granja había un niño al que le dolía la barriga. Doña Robustiana le había cocinado algo rico y el pequeño se había curado.

“Los músculos débiles no pueden curarse con una medicina”, dijo el búho.

“Si naces con los músculos débiles, seguirán siendo así, débiles, aun cuando ya seas adulto. “Por el contrario, agregó, “cuanta más edad tienes, más débiles se vuelven. ¿Sabes por qué? Porque aumenta el peso del cuerpo y, por lo tanto, es más difícil moverse, ¿se entiende?”

Pero Mamá y Papá Liebre no estaban muy convencidos. ¿Cómo podían estar-

lo después de haber recibido una noticia tan inesperada y dolorosa? Por eso, prepararon una camilla de hojas de hierba y ramas de sauco y emprendieron el viaje para llevar a Pequeña Liebre a la granja.


Aunque era primavera, fue un trayecto largo, lleno de pozos, temores y aventuras. Pequeña Liebre los miraba con sus grandes ojos inteligentes y observaba atentamente todo ese gran movimiento. No sabía por qué mamá y papá caminaban mientras él, en cambio, no podía. También se había dado cuenta de que sus padres estaban tristes y, por eso, con el tiempo, él también lo estuvo. Además, hacerse llevar de una colina a la otra era muy cansador. Al final, llegaron a la granja, pero Doña Robustiana sacudió su cabezota con el ceño fruncido: “no conozco ningún caldo o remedio que pueda darle energía, lo lamento”, dijo.

Mamá y Papá Liebre se desesperaron: si ni siquiera Doña Robustiana podía encontrar una solución. ¿quién iba a poder ayudar a su pequeño hijo a correr sobre la hierba color verde esmeralda?

En ese momento, Pequeña Liebre movió sus bigotes y entrecerró sus ojitos. Miraba fijo algo que estaba cerca de la entrada de la casa allí donde los niños habían dejado sus juguetes.

“¿Qué quieres?”, le preguntó Mamá Liebre, siempre atenta a lo que su hijito deseaba, “¿Aquellos juguetes?”

Nooo, pensaba Pequeña Liebre, cerran-



do dos veces los párpados.
“¿Qué quieres?”, le preguntó Papá Liebre, siempre atento a lo que su hijo necesitaba; “¿Aquel balón?”
Nooo, pensaba Pequeña Liebre, cerrando dos veces los párpados.
Cerca de la puerta había un canasto lleno de brócolis verdes, tomates rojos y maíz amarillo. Eran todos alimentos muy buenos, pero a él, en ese momento, no le interesaban. Es que detrás de ellos había un caballo de madera gastado y descolorido, de esos que tienen rueditas en lugar de cascos, que los niños llevan de un lado para el otro por el patio de la granja.

“¿Quieres el caballo de madera?”, le preguntó por fin Mamá Liebre.
Pequeña Liebre cerró los ojos una vez sola, lo que equivalía a decir que sí.
“¿Quieres las rueditas del caballo?”, le preguntó por último Papá Liebre.
Pequeña Liebre cerró los ojos una vez sola: sí. Aunque no se le notaba, por dentro estaba emocionado, contento y feliz: ¡por fin le habían entendido!
Enseguida sus padres le pidieron a Doña Robustiana que les regalara el caballo de madera y volvieron a la Cueva Olorosa. Fue un viaje simple y mucho más rápido que el de ida, porque no tuvieron

que transportar a Pequeña Liebre sobre la camilla de hilos de hierba y ramitas de sauco. De hecho, el papá había usado el tallo de tres dientes de león para que Pequeña Liebre pudiera sentarse sobre la montura del caballo de madera.

En cada bajada tomaba velocidad y su papá corría detrás de él, todo agitado, porque Pequeña Liebre, gracias a las rueditas, era más rápido que una liebre adulta. Saltaba de una bajada a la otra dejando leves huellas entre la hierba

color verde esmeralda.

Mamá y papá todavía no lo entendían y, sin embargo, era algo simple: a Pequeña Liebre no le importaba caminar como los demás.

Él, por el contrario, quería explorar, moverse y sentir cómo el terreno corría velozmente por debajo de él. Deseaba sentir el viento entre las orejas y bailar entre las flores. Deseaba ser rápido... como una liebre.

Ahora sí podía ser feliz. ■





Milena la Serpiente apuntó su lengua bífida hacia Lupo. “No pensarás que nos vamos a conformar con una sola fábula, ¿no?”, dijo silbando.

“¿Cómo que no?”, dijo Lupo tratando de pasar por entre las ramas que lo tenían prisionero.

¡Ufa, no pasaba! ¡Y eso que había tratado de ser poético y delicado para sacarla barata!

“¡Una no basta!”, graznó Cuervo Roberto.

“¡Una es muy poco!”, agregó Fulvia la Ardilla.

Lupo frunció el ceño. A lo mejor podía sacar provecho de esa situación desagradable. “Les voy a contar una fábula por día durante doce días”, les había propuesto; “por lo tanto, uno por doce menos uno, más cuatro menos veintisiete... ¡son cinco fábulas más!”

“¡Ah no, querido amigo, son once fábulas más!

¡Y tendrán que ser hermosas, o seguirás preso!”

“Está bien, serán once, pero, pero... mientras tanto me tienen que traer algo para comer, porque con el estómago vacío no puedo contarles ninguna historia.”

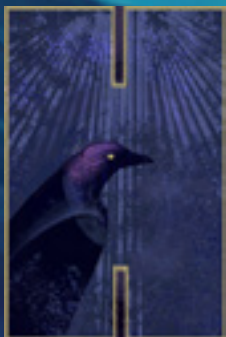
“¡Te traeremos frutas y verduras, pero nada de carne!”, había prometido Elisa la Urraca.

Lupo suspiró. “Si me traen otro poco de mermelada, trato hecho”. Doce días sin hacer nada, servido y reverenciado por los animales del bosque. Y como, además, iba a ser un buen narrador, seguro lo iban a liberar. ¿Había alguien con más suerte que él?



.2 La magia más importante de todas.

Fábula para niños y niñas con AME de tipo 1 y para todos los que quieran leerla o que alguien se la cuente.



Joven Cuervo daba vueltas alrededor de la torre en ruinas desde hacía ya tres noches. No podía graznar y, por eso, su vuelo era silencioso, con sus plumas negras, a tono con el color oscuro del anochecer.

La torre alrededor de la que planeaba estaba inclinada, las tejas del techo ro-

tas y caídas. Se elevaba por entre los pinos del bosque, justamente allí donde las copas de los árboles eran más tupidas. Ningún ave había osado construir su nido allí y la evitaban incluso los murciélagos. Había lugares menos peligrosos, susurraban, adonde se puede descansar con la cabeza para abajo.

Decían que un mago humano había vivido allí. También, que en la habitación más alta de la torre había preparado jarabes y pociones y que, incluso, había





transformado una yema de huevo en una pepita de oro. También afirmaban que de un huevo apenas puesto había hecho nacer un ave fénix y que las cáscaras rotas las mandaba a pegar para fabricarles alas a las lagartijas. Se decía que con los huevos de avestruz había construido globos aerostáticos para los zorros.

De hecho, nadie sabía por qué se obsesionaba con ese tipo de experimentos. Además, los animales del bosque recordaban sus canciones. Tal vez hoy es poco conocido, pero todos los magos saben cantar y, de alguna manera, todos los cantantes son magos. Su voz melodiosa se elevaba desde el punto más alto de la torre, viajaba de un árbol a otro, llevada por el viento, hasta los canales que rodeaban como telarañas los campos de los humanos.

La misma voz se oía menos musical cuando en la torre pasaba algo malo, o cuando, resbalando sobre un huevo de codorniz roto, caía por las escaleras.

Joven Cuervo volaba alrededor de la torre en ruinas porque quería convertirse en mago. El primer Mago-Cuervo del Bosque. Por eso, esa tercera noche, se animó y se metió por una hendidura tenebrosa, batiendo sus alas. Frascos de vidrio y alambiques brillaban bajo el claro de luna. En un rincón, una enorme biblioteca se había caído, derramando por el piso libros y pergaminos. En sus páginas Joven Cuervo observaba símbolos y dibujos misteriosos. ¡Seguro que se trataba de palabras mágicas!

Silenciosamente se trepó sobre las pilas de libros descosidos buscando aquellos símbolos necesarios para poder tener voz. ¡Oh, cómo le habría gustado cantar! Qué hermoso habría sido gorjear como los otros pájaros del bosque. Incluso le habría bastado graznar como los otros cuervos; pero no, él no tenía la fuerza para emitir ni siquiera un sonido. Era como si hubiera tenido una lombriz metida en la garganta.

Símbolos había muchos: cada uno estaba dibujado con cuidado y representaba una Palabra del Gran Poder. Joven Cuervo lo intentó durante toda la noche. Dos niños que corrían, significaban “jugar”; un rostro con un dedo delante de la boca, “silencio”; unas notas, “música”. Pero, ¿cómo se pronuncia un hechizo si a uno le falta la voz? ¿Bastaba con mirar una estrella dibujada para hacer descender la noche antes de tiempo? ¿Era suficiente mirar fijo un violín impreso para poder tocar? Evidentemente no. Al final salió el sol y Joven Cuervo, decepcionado, volvió volando a su propio nido. Para hacer magia no bastaba con mirar las Palabras del Gran Poder. “¿Qué puedo hacer?”, se preguntaba.

La noche siguiente se armó de coraje y volvió a la torre del mago. Se preguntaba si no existía un libro para aprender a recitar, como un verdadero mago, las Palabras del Gran Poder. La idea le gustó y, por eso, lo buscó ansiosamente, picoteando y escarbando a su alrededor. Al

final, encontró un librito que, sin duda, había sido redactado personalmente por el mago. Era milagroso: le bastaba mirar fijo un símbolo para que el libro lo pronunciara claramente. El primer símbolo leído en voz alta por el libro, “¡Mamá!”, lo sorprendió de tal manera, que Joven Cuervo voló hasta el cielorraso, se golpeó la cabeza, aleteó por entre las tejas rotas y volvió al propio nido. Con semejante susto iba a ser difícil volver a la torre; de eso estaba seguro. “¿Qué puedo hacer?”, se preguntaba.

A pesar de todo, la noche siguiente se animó a volver a la torre del mago. Quería volver a ver ese libro milagroso. Lo encontró adonde lo había dejado, bajo la luz de la luna llena.

También esta vez le bastó mirar fijo un extraño símbolo para que el libro lo leyera en su lugar. “¡Quisiera!”, exclamó mágicamente, y esta vez Joven Cuervo estaba (casi) listo; por lo tanto, saltó hacia atrás solo unos pocos centímetros. Movi6 los ojos y miró fijo otro dibujo. “¡Jugar!” dijo el libro en su lugar. Era realmente hermoso. Sentía que el Gran Poder se elevaba de cada palabra y que, a pesar de que todavía le faltaba la voz, el libro hablaba por él.

Joven Cuervo se sacudió las plumas. ¡Por fin podía hacerse entender! A fuerza de leer el símbolo “¡Vengan!” ya había llamado la atención de un par de lechucitas que se habían acurrucado en los tirantes del techo. Desde esa platea lo saludaban,

pero a Joven Cuervo todavía no le bastaba. Ahora tenía una voz que hablaba por él y que le permitía hacerse escuchar, pero para Joven Cuervo no era suficiente: él todavía quería convertirse en mago. El primer Mago-Cuervo del Bosque. “¿Qué puedo hacer?”, se preguntaba.

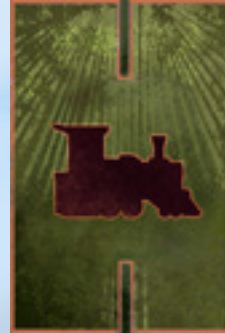
La noche siguiente volvió a armarse de coraje y regresó a la torre del mago: se le había ocurrido una maravillosa idea. Iba a intentar cantar. No iba a leer más solamente los símbolos, sino que iba a intentar componer una melodía. Muchos otros emplumados, despertados por las lechucitas, se habían posado sobre el techo, interesados en conocer al cuervo que quería convertirse en mago. Joven Cuervo trató de relacionar los símbolos. Palabra por palabra puso en orden sujeto, verbo y algún pedacito más: “Quisiera jugar con ustedes”, compuso. En esas largas horas construyó fraseos musicales, largos períodos sonoros, enteros capítulos melódicos.

Cantando-hablando Joven Cuervo se dio cuenta de que, si podía hablar, podía pensar y que, si podía pensar, podía imaginar. Y si podía imaginar, ya no estaba obligado a ser solo un cuervo, sino que podía transformarse en un colibrí, en un faisán, en un búho e incluso en una garza real... hasta podía convertirse... ¡en un mago! ¡Por fin Joven Cuervo había aprendido la magia más importante de todas! ■

.3 La estación en lo alto de la colina.



Fábula para niños y niñas, padres y madres
en la etapa del cambio.



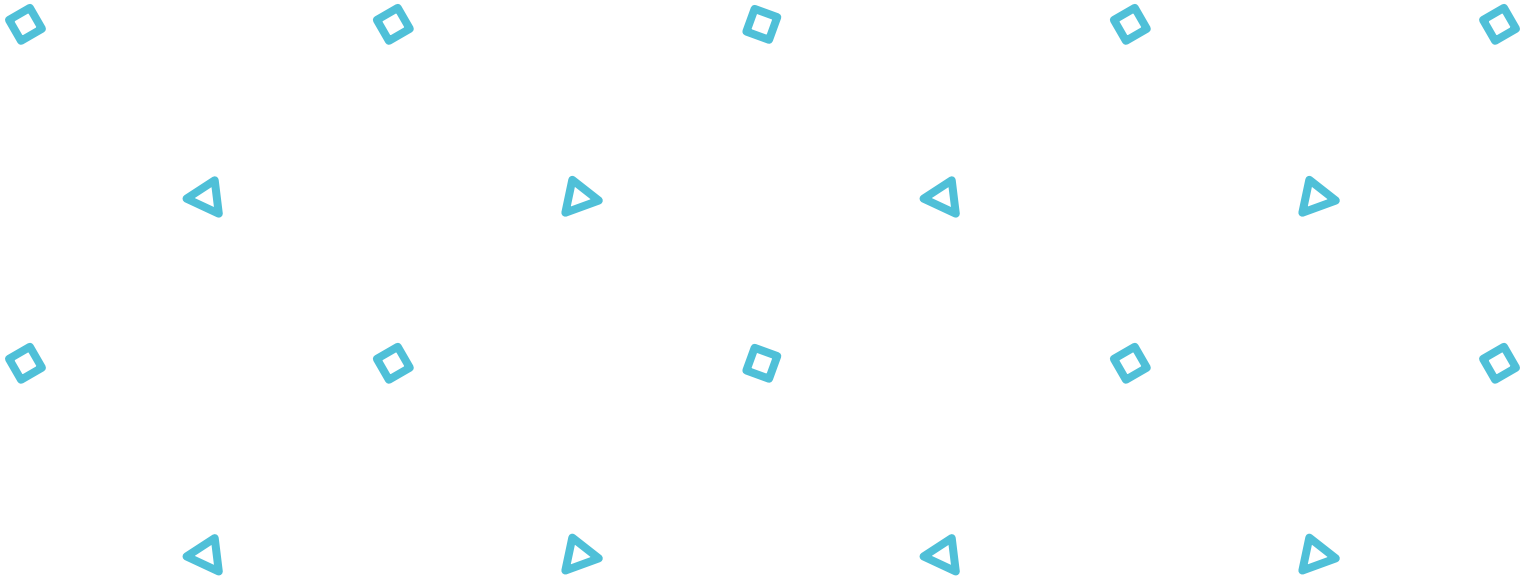
Era una estación de trenes toda de madera, con ventanas blancas y postigos rojos como las cerezas. El reloj debajo del tímpano del techo nunca había funcionado, por lo tanto, los cuervos habían construido sus nidos entre los engranajes. Las lagartijas tomaban sol en los andenes, imperturbables, desde hacía años. Una familia



de cigarras había encontrado refugio al lado de la bomba de agua, en medio de las plantas de azafrán y las ortigas.

La estación había sido construida en medio del Bosque y en lo alto de una colina. Por más que fuera hermosa, era incómoda, inalcanzable y estaba lejos de los caminos más transitados. Entre las locomotoras circulaba el rumor de que allí era imposible detenerse porque el peso de los vagones habría arrastrado toda la formación hasta el fondo del valle. Por eso, los trenes nunca habían hecho escala en ella. Incluso Ciervo Majestuoso trotaba a lo largo de los durmientes, preguntándose por qué los humanos habían hecho llegar las vías hasta allí, al Corazón del Bosque, si luego no iban a usar la estación. De cualquier manera, para él era mejor así. Esa colina se encontraba en su dominio y todos tenían

que inclinar la cabeza ante su presencia. Cuando la estación fue construida, los animales del bosque se habían alegrado mucho. Algunos tenían familiares en la ciudad que no veían desde hacía años y otros tenían compromisos muy urgentes con los que debían cumplir. Algunos necesitaban hacer compras importantes y otros visitar lugares lejanos. Por último, para muchos tomar ese tren era, incluso, una cuestión de vida o muerte. Ciervo Majestuoso lo sabía muy bien. Por ejemplo, para Pequeña Liebre poder subir al tren habría significado encontrar nuevas fuerzas y, tal vez, una vida más serena. Hasta los músculos ya envejecidos de Oso Bruno habrían recibido algún beneficio. Con el tiempo, a pesar de que los avisos descoloridos llenaban el andén anunciando que “el tren pasará el día...”, “la



estación abrirá en el mes de...”, todos comprendieron que esa estación, por más bella que fuera, corría el riesgo de permanecer cerrada para siempre. Por lo tanto, los viejos Sapos de Pantano del Prado habían juntado una suma importante de dinero y se habían hecho amigos de los humanos con sombrero y chaleco que construían los trenes. Muchas reservas de comida habían sido donadas, pero aún no se había escuchado ningún aviso en los altoparlantes de bronce. Parece que era realmente difícil convencer a las locomotoras.

Por ese motivo, durante una cálida tarde de verano, el silbido del tren que anunciaba su llegada los sorprendió a todos. “¡El tren! ¡El tren está llegando!”, dijo Fulvia la Ardilla.

“¡Veo el humo de la locomotora que se asoma por detrás de las colinas!”, exclamó Oso Bruno. Las locomotoras le gustaban muchísimo. Muy pronto el andén se llenó de animales ansiosos. Después de tanto tiempo, ¡por fin iba a pasar un tren!

“¡Qué bueno sería si se detuviera!”, dijo Fulvia la Ardilla. Sabía que a tantos animales asustados, todavía escondidos entre los arbustos, les habría gustado subirse al tren. Incluso había algunos que todavía no sabían que iban a tener que viajar sentados.

“Pero si se detiene y es un tren con un solo vagón, ¿quién va a subir? ¡No hay lugar para todos!”, dijo Oso Bruno. Él ocupaba mucho lugar y las piernas le dolían y esperaba el tren desde hacía mucho tiempo. “Además, la subida es demasiado empinada. Si se detiene, corre el riesgo de no volver a arrancar. Y si está cargado de animales, ¡podría suceder un desastre!”

Más razonamientos hacían, más Oso Bruno se ponía nervioso. ¿Cómo iba a hacer para subir? Mientras tanto, el andén de la estación se iba llenando de gente: lince, cangrejos, lagartos, cabras y visones se daban codazos, se mordisqueaban y se pisaban las patas o las colas para conseguir un lugar bien adelante. Un ratón y una marmota por poco no se fueron a las manos.

“Un momento, un momento”, dijo croando uno de los sapos de Pantano del Prado, “pongámonos en orden y en fila para que todos puedan subir. Si la locomotora pasa y nos ve en medio de los andenes peleándonos y mordiéndonos las colas, ¿qué va a pensar de nosotros? Y si piensa detenerse, ¿cómo podríamos subir a bordo con todo este desorden?”

De entre la multitud se sintió un gruñido y un par de silbidos. Uno de los Lobos de Orilla Pedregosa refunfuñó en voz baja. “¡Hace años que lo espero!”, dijo Oso

Bruno, “¡quiero subirme a ese tren y lo voy a lograr!”, y se puso delante de todos, exponiendo sus nalgas ante la cara de los más bajitos.

“Te lo ruego, viejo amigo, dijo croando el Sapo con un tono triste y firme. Año tras año, todos sus renacuajos se habían ido y ninguno de ellos había tenido la posibilidad de ver el tren. “Piénsalo tan solo un momento. La locomotora llega de lejos, ha cruzado las Américas y Europa. Hubo que insistirle mucho para que pasara también por el Corazón del Bosque y parte del carbón fue comprado gracias a nuestros alimentos y a nuestras importantes reservas para el invierno. Todos nosotros sabemos que nos lo merecemos, pero tenemos que ser honestos: hay otros que tienen más derecho a un pasaje que nosotros”. Oso Bruno rugió enojado.

Pero después vio a Pequeña Liebre y a Pájaro con Ruedas y a tantos pequeños habitantes del Bosque. Algunos eran transportados y otros caminaban con una sola pierna. Algunos eran sostenidos por las mariposas de Fuerte Hueco, volando por encima de las cabezas de todos los animales allí reunidos. Por eso, Oso Bruno, aun con sus patas doloridas -y solo Dios sabía cuánto le do-

lían-, se puso a un costado. Es más, hizo algo aún más sorprendente: le dio una patada suave y afectuosa a uno de los últimos en llegar y le dijo: “Asómate por la ventanilla también en mi nombre”.

Después de haber visto el comportamiento de Oso Bruno, poco a poco todos los animales se acomodaron y dejaron de tirar o empujar.

Al poco tiempo, el tren entró a la estación. Una locomotora panzona y brillante, de bronce y metal pulido arrastraba, rechinando, cinco pequeños vagones de madera con cortinas de encaje. Eran muy hermosos, pero no parecían ser particularmente cómodos y, mucho menos, espaciosos. Además, ¡qué gran esfuerzo hacía esa locomotora! La subida era realmente empinada y, no obstante el tren estuviera vacío, avanzaba despacio. Así, rechinando, hizo una reverencia y disminuyó la velocidad todavía más. “¡Prácticamente se detuvo!”, exclamó Fulvia la Ardilla. “Bienvenido Señor Tren”, dijo con respeto. “Hace mucho que lo esperábamos”. Tenía lágrimas en los ojos y hasta le parecía increíble lo que veía. Las puertas se abrieron aún cuando el tren todavía no se había detenido del todo.

“¡Podemos subir!”, gritó la ardilla en-

tusiasmada. “Nos deja subir, pero no logra detenerse.” “Súbanse al tren antes de que yo cambie de idea”, dijo Oso Bruno a los pequeños animales del bosque, “o antes de que se termine el andén”, agregó apurado al ver pasar frente a su hocico el primer vagón.

De esta manera, muchos salieron corriendo y fueron ayudados a subir, entrando por las ventanillas e incluso metiéndose entre las patas de alguien que ya estaba a bordo. Se creó una masa arremolinada de colas y hocicos, escamas y alas. Muchos lograron subir, pero algunos tuvieron que quedarse en el andén. No habían encontrado lugar, habían llegado demasiado tarde o les dolía mucho la espalda como para subirse a ese tren en movimiento.

Entre los que se habían quedado sin subir, uno se puso a llorar desconsoladamente, otro apretaba los dientes y otro, que no tenía ningún apuro, sin embargo se puso muy triste. Aun así, todos miraron el tren con ojos abiertos y maravillados cuando, por fin, después de haber superado la subida, tomó velocidad. La locomotora saludó con un profundo silbido y, rechinando, dejó atrás la pequeña estación y a los habitantes del Bosque.

“Lo logramos”, suspiró Oso Bruno. Un

poco tristes, los animales de la selva que se quedaron, volvieron a sus cuevas. Durante quince días esperaron noticias de los amigos y familiares que habían viajado y se preguntaban si iban a volver a ver ese bellissimo tren.

Pasados quince días, uno de los Cuervos de Colina Pelada comenzó a graznar fuertemente: “¡Veo humo, veo humo!”

Muy pronto, todos volvieron a la estación. La pequeña locomotora volvía a aparecer, resoplando, desde atrás de la colina. ¡Esta vez arrastraba seis vagones! Tantos amigos se asomaron por las ventanillas, movían sus patitas y disfrutaban del viento entre las orejas. Después, el tren empezó a detenerse y, al divisar el andén, abrió sus puertas.

“¡A boordo!”, gritó con fuerza Oso Bruno. Le gustaba ser el jefe de estación. Al tren subieron todos los que no habían encontrado lugar la primera vez mientras otros, como la primera vez, lamentablemente tuvieron que quedarse abajo. Cuando el tren retomó velocidad, los llantos eran menos intensos porque, de hecho, parecía que una nueva época había comenzado para los habitantes del Bosque.

Desde ese día, la locomotora pasó regularmente frente a la estación. Gracias al

tren, algunos de los más pequeños pudieron ir a la escuela, otros, en cambio, volvieron a sus casas con más coraje y energía, porque ver el mundo más allá del Bosque era una fuente de alegría e inspiración. Muy pronto, incluso quien tenía miedo de “perder el tren” entendió que ya se había esparcido la voz y que otras locomotoras observaban con curiosidad las estaciones del Bosque. Con el tiempo fueron agregados otros vagones y, se dice que, en un solo año, ciento treinta y cuatro pequeños habitantes del Bosque lograron comprar un pasaje. Lamentablemente, muchos de los animales más grandes o más viejos o con la espalda más cansada, todavía no habían encontrado lugar o la oportunidad para subir al tren, conducido por la locomotora panzona. Pero, a pesar de la altanería de Ciervo Majestuoso, que resoplaba fastidiado cada vez que pasaba el tren -“el Bosque es sagrado”, refunfuñaba-, algo quedó

claro: que así fuera por ese tren o por otros trenes más grandes y modernos que iban a llegar de allí en más, o aunque tuvieran que esperar todavía uno o más años, era fundamental que los animales del Bosque estuvieran preparados. Hasta Oso Bruno lo repetía: “Yo lo vi, se los aseguro. Para subirse a un tren en movimiento hay que estar preparados: es necesario hacer ejercicios respiratorios y gimnasia, no hay que engordar demasiado ni adelgazar exageradamente”. Justo él lo decía, que era uno de los que, mientras tanto, se habían cansado de hacer todos los ejercicios habidos y por haber. “Hay que tener paciencia porque no todas las espaldas o las patas o las ruedas te permiten subir a la primera locomotora panzona que pasa. Pero siento que el viento cambió de dirección”, mientras elevaba su hocico húmedo y anguloso al cielo. “Para subirnos a los trenes que vendrán, ¡tenemos que estar preparados!” ■

.4 El Corazón del Bosque.

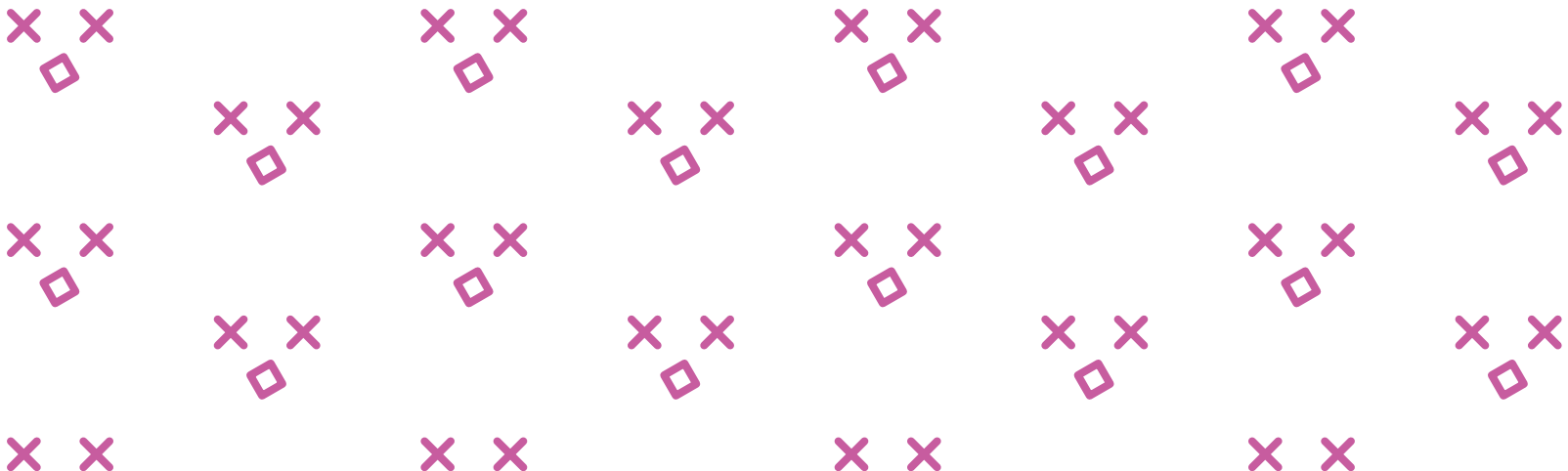
Fábula para padres y madres valientes.



Ciervo Majestuoso caminaba solitario por el Corazón del Bosque. En esa especie de palco que formaban sus cuernos había crecido el musgo y, en él, un par de petirrojos había construido su nido. Su territorio cubría numerosas hectáreas de selva enmarañada y canales profundos. A muchas leguas de distancia se escuchaba el borboteo de los arroyos y el crujido de las raíces de los viejos árboles. Para llegar al Corazón del Bosque era necesario cruzar cercos de zarzas y recorrer silenciosos

senderos. Ciervo Majestuoso observaba a los extraños visitantes escondidos entre las sombras del follaje.

A muchas leguas de allí, en un pequeño bosque bello y ordenado, Mamá Jabalí ya no tenía marido. Se había ido dejándola sola con su panza enorme, cuando faltaba muy poco para que diera a luz. En esos días había llorado y reído, porque el corazón vive siempre tironeado entre sentimientos opuestos, inclusive en esos animales que todos ven como duros, resistentes y huraños, como los jabalíes. Mamá Jabalí había sido fuerte y había dado a luz a Pequeño Jabalí en un hueco del terreno, a los pies de una encina sobre un follaje crujiente. Dis-



frutaba abrazándolo tiernamente. Los ojos de Pequeño Jabalí eran grandes como las castañas y oscuros como las moras. Cuando te miraba fijo, uno podía perderse dentro de ellos. Era el cachorro de jabalí más bello del mundo. Pero al tercer día, mientras Mamá Jabalí trataba de enseñarle a caminar, se dio cuenta de que pasaba algo raro. Al pequeño le temblaban las patitas y se caía cuando el terreno no era firme y resbaladizo. Cuando se acercaba para amamantarlo, apenas podía succionar, aunque estuviera muerto de hambre. ¿Qué estaba pasando?

Mamá Jabalí decidió pedir ayuda y, por lo tanto, cargó al pequeño sobre sus hombros, pero a cada paso se le resbalaba hasta quedar tendido en el suelo, casi sin fuerzas. Por lo tanto, lo ató bien fuerte con ramas de zarza a las que les había quitado las espinas, una por una, para dejar su guarida y buscar a un pájaro que la aconsejara. Los volátiles eran molestos, pero conocían bien su oficio. Si en el pasado le habían quitado con el pico todas las hormigas de la espalda, tal vez ahora la ayudarían con Pequeño Jabalí.

En Orilla Pedregosa vio que sobre los tilos susurraban numerosos tordos. Apoyó delicadamente a Pequeño Jabalí en el piso y gruñó: “¡Eh, ahí arriba! ¿Sabes a dónde puedo encontrar a un médico?” Los tordos trinaron alegres y uno con

el pecho blanco todo picoteado aterrizó ante ella. “Soy su asistente de vuelo. ¿Qué necesita? ¿Un brebaje para el estómago? ¿Un puñado de piñas de encina?” preguntó mirando de reojo la imponente silueta de Mamá Jabalí. “Tal vez un puñado solo no es suficiente, ¿no?”, susurró parlanchín.

Ella se sonrojó: en efecto, tenía huesos grandes, como todos en su familia. “Pequeño Jabalí no camina bien y prácticamente no logra comer. Estoy preocupada”. El tordo doctor se rió con ganas. “Querida señora, no tiene que angustiarse. El pequeño acaba de nacer, es muy joven: por eso no camina. ¡Sólo tiene que tener paciencia!” Mamá Jabalí no estaba convencida: “Es que hasta le cuesta mucho amamantarse, y le tiemblan las rodillas y...”

“¡Pero no, pero no, no tiene que preocuparse!”, le dijo el tordo. “Eso ya se sabe. Espere un par de noches y verá que todo va a resolverse. Hasta pronto” y, moviendo sus alas la dejó a los pies de unos tilos. Mamá Jabalí dudó. Tal vez el tordo doctor tenía razón y ella, en realidad, se había preocupado por nada. Pero... pero... mientras tanto su pequeño la observaba con esos ojos profundos y bellísimos. No pudo contenerse y le dio una hociqueada de amor.

“En fin, ¡váyase a su casa!”, le dijeron los tordos desde las copas de los árboles. Habían visto una cantidad enorme



de mamás aprensivas. Mamá Jabalí, debajo de sus espesos pelos, se sonrojó de vergüenza; “vamos, estarás bien”, se dijo más que nada a sí misma y lo cargó nuevamente sobre sus hombros. Cuando lo levantaba era tan... liviano... como un ramillete de flores silvestres... Dio algunos pasos hacia el sendero por el que había llegado. Después sacudió su cabeza. Ya se sabe que los jabalíes suelen ser testarudos. ¿Y si el tordo doctor se hubiera equivocado? ¿Se trataba de su cachorro, tenía que estar segura, no podía correr riesgos! Por eso, pegó media vuelta y empezó a gruñir pidiendo ayuda. Entonces, muchos tordos se enojaron y se fueron volando dejándole suaves plumas como regalo. Mamá Jabalí era muy fuerte, pero en ese momento se sintió más sola que nunca. Por su hocico comenzaron a descender lágrimas de dolor: sintió que nadie quería ayudarla. Fue en ese momento que otro tordo voló desde un arbusto y planeó sobre sus patas. Tenía el plumaje color crema y una cresta de plumas desordenadas sobre la cabeza. “¿Qué te pasa?”, dijo piando, “¿Tienes una espina clavada en una pata?” “No lloro por mí. Yo estoy bien. Es por mi Pequeño Jabalí: no tiene fuerzas para caminar y tampoco para amantarse”, respondió Mamá Jabalí. Entonces, el tordo le brincó sobre la cabeza hasta que se quedó mirando fijo

al Pequeño Jabalí, a poquísimos centímetros de distancia. “¡Qué hermoso cachorro!”, pió extasiado. “No está bien, ¿eh? ¿Estás segura? Claro que lo estás, eres una mamá muy cuidadosa, ¿no? ¡Quiero ayudarte! Conozco a una vieja zorra que sabe muchas cosas; es una verdadera experta en animales débiles. Sígueme, ¡es lejos de aquí!” A Pequeño Jabalí el tordo le caía simpático, por eso gruñó de alegría.

De esa manera, Mamá Jabalí, a pesar del cansancio y el dolor de espalda, empezó a seguir el vuelo intermitente del tordo. Bordearon un torrente de aguas espumosas y luego remontaron por un cañadón profundo y frío. Por último, fueron abriéndose camino entre los helechos de Costa Arqueada, hasta llegar a un bosque de castaños bañado por el sol del atardecer. Mamá Jabalí nunca había llegado tan lejos. “¡Eh, Zorra!”, llamó Tordo, pero nadie respondió. “¿Adónde se metió esa vieja bruja?”, dijo.

“¿Por qué la llamas así?”, preguntó Mamá Jabalí mirando con desconfianza a su alrededor. Iban a tener que dormir lejos de su guarida cálida y segura, por lo que cada minuto que pasaba la ponía más nerviosa.

“¡Oh, no temas!; es una vieja zorra un poco loca. Parece hosca pero... ¡es realmente hosca!”

“¿Quién es hosca?”, gruñó una voz detrás de un árbol. Un hocico estriado

con pelos grises y rojos apareció olfateando el aire. La zorra era ciega y las órbitas blancas resplandecían bajo los rayos del sol que iba desapareciendo. Mamá Jabalí dio un salto hacia atrás. “Tranquila, es ella.”

“Estás tramando algo, ¿no?”, le dijo Vieja Zorra a Tordo. “La última vez dejaste que los hijitos de la perdiz se perdieran en el bosque... te comportaste muy mal”.

“¡Mira quién habla!”, le dijo Tordo, “fuiste tú quien se los comió”.

Vieja Zorra, se pasó la lengua por los bigotes blancos y caídos sin ningún remordimiento. “Pero esta vez no me trajiste nada para comer”, tuvo que admitir. Mamá Jabalí gruñó.

“¡Me has traído flor de problema!”, dijo Vieja Zorra poniéndose en cuclillas. “Y yo que esperaba algo rico”. “¡Necesitamos tu ayuda, Zorra!”, retomó Tordo. “Pero esta vez no tengo nada para ofrecerte, lo lamento”.

Vieja Zorra sacudió la cabeza. “Estoy harta de castañas. Y detesto ayudarte, Tordo. Solo me traes problemas. Dile a tu amiga que deje de preocuparse y que ponga a su hijo en el suelo. ¿Qué pasa? Siento olor a lágrimas y desesperación”. “Su hijito no está bien”.

“¿Acaso no tienes lengua, tesoro?”, preguntó maternalmente Vieja Zorra.

Mamá Jabalí resopló y emitió un fuerte gruñido. Avanzó de mala gana y apoyó

dulcemente a su hijo en el suelo. “Pequeño Jabalí no camina bien y come con dificultad. Estoy preocupada”, repitió por segunda vez en pocas horas.

“¡Mmm!”, dijo Vieja Zorra. “He conocido a muchas madres preocupadas”. Después olió a Pequeño Jabalí y este empezó a gritar asustado. Vieja Zorra le mordisqueó los talones y Pequeño jabalí incluso gritó. Era un gemido débil y sofocado. “¡No te lo comas!”, exclamó Tordo preocupado.

“Cállate pajarraco desgraciado ¿No ves que es demasiado grande para mí? Después me dicen a mí que soy corta de vista. ¡Ja!”, dijo. Luego, dirigiéndose a la madre, agregó: “Tienes razón, tu hijito es débil. Está muy mal y, lamentablemente, no conozco ninguna fórmula para aumentar su energía”.

Mamá Jabalí sintió que las fuerzas la abandonaban; “lo sabía”, gruñó.

“Ahora me debes escuchar con atención...”, dijo Vieja Zorra, que con la luz del crepúsculo parecía aún más siniestra. Mamá Jabalí sentía que los latidos de su corazón le retumbaban en las orejas y miraba a su hijito asustada y confundida. Las lágrimas se le mezclaban con la saliva, mientras lo lamía todo, pelo por pelo, como queriendo devolverle la fuerza con cada beso que le daba. Desesperada, pensó que tal vez no lo amaba lo suficiente y que, por eso, no era capaz de sanarlo.

“¿Me estás escuchando?, repitió por enésima vez Vieja Zorra. “Pequeño Jabalí tiene los músculos débiles y no logra comer solo. ¿Sabes una cosa? Los músculos también sirven para respirar... ¿no escuchas que a veces gruñe muy débilmente? Tonto porcino artiodáctilo, escúchame bien, ¡basta de llorar! Tu hijito también tiene hambre de aire. ¿Lo escuchas? Tienes que aprender a conocer a tu hijo y entender cuándo podría necesitar tu ayuda. Me escuchas, ¿no?” Vieja Zorra estaba perdiendo la paciencia.

Mamá Jabalí se sentía como perdida en un océano de dolor. Su hijo podía morir, y ella quería morir con él.

Al final, Vieja Zorra la mordió fuerte detrás de una oreja.

“¡Ay!, exclamó Mamá Jabalí como respuesta.

“Tienes que ir al Corazón del Bosque”, concluyó seriamente Vieja Zorra.

“¡Es muy lejos!”, silbó Tordo, que hasta ese momento se había quedado a un costado, pero sin perderse nada de lo que decían. “¡Cállate, tú puedes volar!”, susurró Vieja Zorra. “Pero Mamá Jabalí y Pequeño Jabalí tienen que hacer un largo camino juntos. Tienen que tomar algunas decisiones...”

“¿Qué decisiones?”, preguntó Tordo.

“¡Cállate! Tiempo al tiempo; Vieja Zorra empezó a sentir hambre y pensó que tal vez habría podido atrapar al

tordo. Es mejor una cena frugal que no comer nada...

“¡Escúchame, madre! Tienes que ir al Corazón del Bosque y buscar a Ciervo Majestuoso, él te ayudará a decidir”.

“¿Qué tengo que decidir?”, dijo ella acongojada. “Acuérdate”, en el Corazón del Bosque no existe un sendero más fácil ni tampoco uno más justo. Los dos son igualmente dolorosos. Pero, al final, tendrás que armarte de coraje y elegir uno. ¿Has entendido?” “No demasiado”, dijo Tordo y fue entonces que Vieja Zorra saltó y con una mordida trató de arrancarle la cabeza. Pero Tordo era veloz, y con un vuelo sinco-pado huyó de su letal cazadora.

“¡Vieja loca!”, le gritó como respuesta. “¡Pensé que éramos amigos!”

“¡Yo no tengo amigos!”, admitió burlesca Vieja Zorra, para después desaparecer, silenciosa como había venido, entre la oscuridad de la noche.

Esa noche descansaron sobre una alfombra de musgo mientras Mamá Jabalí decidía qué hacer. El camino iba a tener que recorrerlo durante días enteros y, ahora que sabía la verdad, temía someter a Pequeño Jabalí a un esfuerzo demasiado grande.

Mientras tanto, debemos decidir si confiamos en la Zorra, admitió desconsolado Tordo, “la vieja arpía la arregla fácil con sus buenos consejos...”

pero ella es ciega y no se mueve desde hace años de su propia guarida”.

Todavía tenía su corazoncito alterado por el riesgo que había corrido. “Me quería comer, ¿se dan cuenta?”, masculló. “Ni siquiera conozco el camino”, admitió Mamá Jabalí. “Es algo totalmente nuevo para mí y yo... nunca fui demasiado valiente... Pequeño Jabalí la observaba furtivamente”. A él su madre le parecía inmensa y valiente. Le frotó el hocico rosa contra el pecho

imponente. Su olor le daba serenidad y muy pronto se durmió.

Tordo se acomodó las plumas de la cola. “Yo te acompaño”, dijo. “Te llevo hasta el Corazón del Bosque”, pió. A él también lo aterrizzaba el viaje, dado que la selva estaba llena de lechuzas y búhos. Es verdad que Tordo emigraba cuando, cada año, llegaba el invierno, pero se trataba de un viaje fácil, en compañía de muchos otros amigos. Volaban alto en el cielo en grupos y cuadrillas,





gordos por el botín de gusanos y caracoles que habían comido. En cambio, este viaje era diferente. Estaban solos, un tordo y dos jabalíes perdidos en el Bosque tenebroso.

“¿Realmente vendrías conmigo?”, preguntó Mamá Jabalí. “¿Y por qué lo harías? ¡Ni siquiera me conoces!” Además, somos tan diferentes. Sin duda se refería al hocico con colmillos curvos, a la cola y a las pezuñas. “No pueden hacer solos un viaje de ese tipo”, dijo Tordo. “Nadie, por más macizo y peludo y... porcino, debería quedarse solo”, admitió.

Mamá Jabalí entrecerró los ojos: Tordo, por más que fuera pequeño, parecía sincero. Si incluso un pájaro pequeño como él decidía acompañarla, ¿cómo podía renunciar antes de partir? Pensó que debería haber tenido a su marido con ella y luego se dijo a sí misma que, de alguna manera, lo iba a lograr. Por Pequeño Jabalí. Por ella misma. Y por Tordo.

Mientras tanto, este se había dormido sobre la espalda de su hijo. Quién sabe si allí había encontrado una hormiga o dos, se preguntó antes de quedarse dormida ella también.

A la mañana siguiente, en la niebla del sotobosque, por un momento Mamá Jabalí se sintió feliz. Se despertaba de una triste pesadilla y su hijo descansaba a su lado. Eran una cosa sola, acurrucados uno contra el otro.

Luego, tajante como el cuchillo de un

cazador en el costado, le volvió a la mente el día anterior, la caminata agotadora y las palabras de Vieja Zorra. Sintió que le arrancaban esa efímera alegría y le pareció una insoportable injusticia; por lo tanto, se levantó furiosa y emitió un profundo sonido gutural, salió disparando y se chocó con un par de arbustos en su carrera ciega. No iba en dirección de un enemigo específico, sino que galopaba desesperadamente en cualquier dirección. Si se hubiera cruzado con otro animal, seguramente lo habría embestido. No le importaba, así como no le interesaba chocar contra un árbol y romperse la cabeza. Tal vez hasta habría sido mejor, no habría tenido que volver a su casa con ese peso enorme. Atropelló algunos árboles pequeños y hasta una pila de leña, golpeándose la cara y lastimándose la frente. Ese dolor no era nada frente al que sentía en su corazón. “¿Qué haces?, ¿estás loca?” le gritó un puercoespín enojado. “Has arrasado mi casa y destruido mis provisiones. ¿A quién se le ocurre?”

Mamá Jabalí ya estaba lejos, y corría a más no poder hacia su hijo. La justicia no existe, de ningún tipo, pensaba. Tal vez el puercoespín pensaba exactamente lo mismo.

“¿Por qué justo a nosotros?”, preguntó Mamá Jabalí.

“¿Qué?”, pió Tordo. Tenía todas las plu-

mas paradas porque lo habían despertado de sobresalto. Pequeño Jabalí, en cambio, parecía roncar suavemente.

“¿Por qué Pequeño Jabalí tiene que ser débil?”, preguntó Mamá Jabalí.

Él giró la cabeza hacia un costado. “No hay una razón”, admitió.

“¿En qué me equivoqué?”

“¡No estarás pensando que es por tu culpa! Si a todos se nos pagara en base a lo que sembramos, en fin, yo ya estaría bien muerto”. Mamá Jabalí sonrió amargamente.

“Pero tú no tienes a un hijo que no camina. No puedes entenderlo”, le respondió gritando.

Tordo se sintió mal y se le notaba. Estaba soñando que viajaba volando por el cielo con sus amigos, con la panza llena, hasta que los gritos de Mamá Jabalí lo despertaron. Se había embarcado en una empresa más grave de lo que pensaba. ¡Vieja Zorra lo había casi triturado! Por eso, le dieron ganas de dejar a la señora con sus problemas. Pero luego se dio cuenta de que Pequeño jabalí estaba despierto y que, por más débil que fuera, entendía y escuchaba todo.

“Seré tus alas”, le susurró al oído. Y Pequeño Jabalí se puso contento porque había encontrado a un amigo.

Tordo aterrizó sobre las pezuñas de Mamá Jabalí. “Es verdad: no lo puedo entender, pero estaré a tu lado hasta cuando tú me necesites”.

Mamá Jabalí no supo qué responder y se sintió incómoda por haber arrastrado la guarida del puercoespín y por haber gritado tanto. Dado que era de pocas palabras, para hacerse perdonar se puso en marcha y así encontrar un desayuno para ambos.

Excavó y aró el terreno blando, descubriendo hongos, trufas y un par de caracoles gordos. Tordo los comió con avidez. En lo que a él se refería, ya se habían reconciliado mientras comía el primer caracol.

También Pequeño Jabalí intentó beber un poco de leche, pero, lamentablemente, le faltaban las fuerzas para succionar. Por suerte los senos de Mamá Jabalí estaban lo suficientemente hinchados, de modo que empezaron a gotear. Gota a gota, pudo alimentarse. Para otro no habría sido suficiente, pero para él fue una gran satisfacción: esas gotas de leche eran el néctar más rico que había comido.

Al final, Mamá Jabalí se lo cargó sobre las espaldas. “¿Vamos?”, preguntó. Tordo se posó sobre sus colmillos. “Es por allí”, dijo.

Viajaron durante tres días. Se encontraron con muchos animales a lo largo del camino. Muy pronto se esparció la voz de que una mamá viajaba con su hijito sobre sus espaldas y un simpático tordo parado en el hocico. Eran un

trío extraño. Los topos de Fuerte Huevo chillaban a su paso.

Tordo estaba enojado: “¿No tienen nada que hacer además de mirarnos pasar?” A Mamá Jabalí esto no le preocupaba. “Que piensen lo que quieran. Yo tengo que llegar al Corazón del Bosque”.

“Entiendo, pero escucha cómo chillan. ¡Voy y les doy un picotazo sobre el hocico!”; pero al final no lo hacía. Tordo se moría de miedo de solo pensarlo. Pero estaba enojado, por eso les dirigía gestos burlones.

Pequeño Jabalí se divertía. Le encantaba ver a Tordo pelearse con los que pasaban, además de que estaba muy cómodo y calentito sobre la espalda de su mamá. Al final, llegaron a un prado amplio, rodeado de árboles. Justo en el medio sobresalía una garza real color ceniza, muy delgada, apoyada en una sola pata. Cuando vio al trío, les fue al encuentro a grandes trancos. “¡Bienvenidos!”, dijo amablemente.

“Sgruffffff” respondió Pequeño Jabalí que la espiaba con dificultad desde la espalda de su mamá.

“No pude dejar de notar el extraño equipaje que lleva sobre la espalda”, dijo observando a Mamá Jabalí.

Ella entrecerró los ojos desconfiada.

“Y sí”, dijo la garza, “un par de gorriones me confesaron que estaban buscando el Corazón del Bosque”.

“Los gorriones siempre chillan dema-

siado”, comentó Tordo, molesto.

“Eso es muy cierto, colega volátil, pero esta vez de manera oportuna. Porque, como ven, soy un experto en posiciones corporales”, dando tres pasitos de danza rápidos sobre la punta de los pies.

“¿Un experto en castigos corporales?”, saltó Mamá Jabalí.

“¡Iiigghhh!”; gruñó Pequeño Jabalí.

“Posiciones, querida señora, posiciones”, y la garza real abrió sus amplias alas blancas y negras a la perfección. “¿Lo ve?, un movimiento solo y fluido. Y sobre una pata sola”. “Si hubiéramos necesitado los consejos de un bailarín”, comentó ácido Tordo, “habríamos buscado uno”.

“De eso estoy seguro: le enseñé al pavo a hacer la rueda y a los caballos de la granja cómo trotar en cuadrilla”.

“Y esto, ¿cómo puede ayudar a Pequeño Jabalí? ¡Si no puede moverse!”, dijo Mamá Jabalí.

“Ya está: quisiera ayudarlos a encontrar una posición más cómoda para el pequeño. Tiene el hocico enterrado entre los pelos de su cuello y las patitas que le cuelgan como las aletas de una barracuda. No ve nada en esa posición. A propósito, ¿su hijito ve bien?”

“¡Claro que ve!”, dijo ella orgullosa, “mejor que un halcón”.

“Mmm... en este momento, con las orejas delante de los ojos lo desafío a ver este *port de bras*”, y la garza batió elegantemente las alas.

De todos modos, Pequeño Jabalí algo debe haber percibido, porque gruñó de alegría. Si hubiera podido, es decir si hubiera tenido la fuerza, si no hubiera estado atado a la espalda de su Madre y, sobre todo, si no hubiera sido un jabalí macizo, habría querido bailar.

Al final decidieron aceptar la ayuda de la garza. Ubicaron a Pequeño Jabalí sobre la cabeza de su mamá; pero, de esa manera, era ella la que no veía nada. Lo pusieron debajo de la panza, pero así raspaba el terreno con la frente. Lo ataron a su cola pero así araba el camino. Pensaron en construir una silla de manos, pero renunciaron enseguida: Mamá Jabalí prefería tenerlo cerca y, si era posible, sentir su contacto.

“Nos servirían unas ruedas como las del carro de la granja”, meditó la garza. “¡Nunca vimos un jabalí con ruedas!”, exclamó Tordo.

Al final, fue Pequeño Jabalí quien tomó la decisión. Entre un nudo y una imprecación lo levantaron nuevamente sobre su mamá, esta vez espalda contra espalda.

Parecía raro, pero con las patas para arriba Pequeño Jabalí gruñía contento. “No entiendo, me parece una posición ridícula”, admitió Tordo.

“Peor que antes”, confirmó la garza, herida en su sentido estético.

“Yo estoy incómoda”, resopló Mamá Jabalí.

“Sgrruffffff”, dijo Pequeño jabalí todo contento.

Por lo tanto, no tuvieron el coraje de desplazarlo de nuevo. Lo dejaron así y, después de haberse despedido de la garza bailarina, el trío retomó el camino. Pequeño Jabalí estaba feliz. Incluso su madre no entendía, pero esa posición era realmente especial: paso a paso podía distinguir las copas de los árboles, recortes enteros de cielo y nubes que llenaban el horizonte. Los jabalíes normalmente avanzan con la cabeza baja, el lomo arqueado, el hocico al ras de la tierra y los ojos fijos en el terreno. Él, en cambio, tenía suerte: veía el mundo desde una perspectiva diferente.

Después de otros tres días de viaje subiendo y bajando por las colinas del bosque. Pequeño Jabalí estaba cada vez más débil. Mamá Jabalí no sabía qué hacer; incluso un par de veces pensó en volver atrás, pero le parecía que había perdido completamente el sentido de la orientación. Nunca más iba a volver a su casa, eso era claro. Pasara lo que pasara, ese viaje la estaba cambiando. Le parecía absurdo, pero cosas que antes tenían un significado para ella más que cualquier otra cosa, ahora contaban poco, o incluso nada. Descubrió que disfrutaba de las sonrisas de Pequeño Jabalí, mientras que antes estaba siempre enojada. En el pasado

había buscado el sentido de la vida y ahora lo encontraba a cada paso. “¿Sabes una cosa?, creo que entendí algo importante en mi vida. Caminar aquí, con Pequeño jabalí, sentir su respiración tenue, escuchar sus patitas golpear sobre mis colmillos. Estoy tan feliz; y, sin embargo, tengo una tristeza enorme que me consume. ¿Podemos estar contentos y tristes al mismo tiempo?” Tordo no sabía qué responder. En el pasado habría dicho una de sus ocurrencias, buscando una frase fuerte. Esta vez, en cambio, permaneció callado. La lluvia empezó a caer, primero ligera, luego muy intensa.

Al atardecer, bajo un diluvio estruendoso, la oscuridad escondía el sendero. Tordo emprendió el vuelo y volvió después de algunos minutos.

“Tenemos que encontrar un reparo: más adelante está la cueva abandonada de un tejón. Pequeño Jabalí podría dormir allí”.

“Pero Pequeño Jabalí está cada vez peor. Si no llegamos lo antes posible al Corazón del Bosque, tengo miedo de que se muera”.

Tordo se sacudió las plumas: “seguir de noche y bajo la lluvia es igual de peligroso”.

Pequeño Jabalí tenía los ojos llenos de agua y el hocico empapado. Respiraba con dificultad y, a fin de cuentas, ya no podía disfrutar más de las nubes por-

que estaba demasiado oscuro.

Mamá Jabalí no sabía qué decisión tomar. Llovía tanto que el sendero se había convertido en un arroyo barroso. ¿Seguir o quedarse? Para un jabalí, quedar atrapado entre dos alternativas es como caer en una trampa. Vieja Zorra le había dicho que iba a tener que elegir qué recorrido hacer, pero Mamá Jabalí no se sentía preparada para hacerlo. La lluvia había llegado de improviso. Esa tarde, cuando todo iba mejor, no había tenido ni tiempo ni ganas de pensar en un plan. “Bueno, es inútil que te rompas la cabeza pensando”, dijo Tordo, “no encontrarás una solución más justa que la que elijas. Después de haber tomado una decisión, esa siempre te parecerá la mejor”.

“Pero es que con el tiempo tengo miedo de arrepentirme de la elección que haga. Tal vez debería preguntarle a Pequeño Jabalí qué prefiere”, dijo Mamá Jabalí. Por eso, lo desató y lo apoyó en el suelo.

“¡Sgruffooortt!”, le dijo el pequeño resbalando por el barro que inundaba el sendero.

“¡Eh, adónde vas!”, pió alarmado Tordo aferrándolo con el pico. Metió las patas en el terreno, mientras el agua corría a la altura de sus alas.

“¡Sgruffooortt!”, repitió Pequeño Jabalí. Para él todo lo que decidiera su madre estaba bien.

Así, Mamá Jabalí entendió que el valor de esa decisión no consistía en lo que iba a elegir, si esconderse en la cueva o seguir caminando, sino en tomarla. Eligiendo era como iba a ser realmente una madre para su hijo. Nada más, y nada menos.

A la mañana siguiente, el sol calentaba el sotobosque todavía húmedo. Esa noche había sucedido de todo y el hecho de que Pequeño Jabalí estuviera de nuevo sobre la espalda de su madre era un auténtico milagro. Se encontraban en el Corazón del Bosque, si bien les tomó tiempo percatarse. A menudo, las cosas suceden sin que nos demos cuenta, y así les había pasado a ellos. Buscaban el Corazón del Bosque y lo habían encontrado, pero también ahora no sabían adónde empezaban sus límites. El corazón de Tordo martillaba frenéticamente: ese lugar era sagrado y se sentía un intruso. También Mamá Jabalí se dio cuenta de que, en el silencio profundo, su jadeo retumbaba desentonado.

“Llegamos”, dijo.

Más adelante, cubierto por los rayos del sol, se percibía el manto de Ciervo Majestuoso. Mamá Jabalí ayudó a Pequeño Jabalí a bajar de su espalda por enésima vez. Él estaba contento: cuántas aventuras maravillosas había vivido. Se había acurrucado tiernamente entre las patas de su mamá y había

conocido los pájaros parlanchines, se había hecho amigo de un tordo y había aprendido qué era el miedo bajo la ciega mirada de una zorra. Había escuchado las charlas superficiales de las aves y se había imaginado que bailaba con una garza. Había bebido leche y lo había sorprendido una lluvia torrencial. Había descubierto las nubes y mirado el cielo. ¿Qué más podía pedir?

“Más tiempo”, dijo su madre.

Ciervo Majestuoso avanzó suavemente, con sus anchos cuernos cubiertos de musgo y de nidos de pájaros. “Es tiempo de partir”, dijo con voz profunda.

Era espléndido y hacía enojar y llorar y gritar con solo verlo. Era injusto y era terrible, pero había llegado el momento. Pequeño Jabalí lo sabía mejor que todos. Por lo tanto, cerró los ojos y se dejó levantar por los cuernos de Ciervo Majestuoso. Después, se fue con él, sin saludar porque ya no tenía la fuerza para emitir ni siquiera un gruñido. Arriba de esos cuernos, estaba de nuevo con la panza para arriba y, por fin, volvió a abrir sus espléndidos ojos del color de las moras. Miró a su madre, miró a su amigo y luego, extasiado, siguió mirando el cielo y las nubes lejanas. Los otros no lo veían, pero allá arriba todo estaba lleno de coloridas, espléndidas y ligeras mariposas. ■

.5 Nunca renuncies a tus propios sueños.

Fábula para niños con AME de tipo 1 y para todo aquel que desee leerla o que alguien se la cuente.



Fuera del Bosque, allí donde hay menos arces, se encontraba una pequeña aldea. Entre las tejas de esas cuatro casas maltrechas, los pájaros habían construido sus propios hogares.

Los nidos estaban hechos con plumas y pajas y, ese verano, habían atraído a numerosas hembras. Así, se había formado una bandada que piaba con alegría y saltaba sobre las huertas y las plantas. Se trataba de un grupo muy sociable, incluso en el período de incubación, que amaba reunirse para compartir alguna larva o, juntos, darse largos baños de tierra.

Entre los bebés, uno había nacido con un pedacito de cáscara de huevo pegada al cráneo. Se trataba de una marca mágica, signo de un destino especial. Por eso todos lo llamaban Cascarín. Mientras sus hermanos saltaban entre las tejas, él los miraba con una pizca de tristeza y

envidia a la vez. Sus patitas, de hecho, no tenían fuerzas y, por ese motivo, tenía que quedarse en el nido. A pesar de todo, Cascarín era curioso. Le gustaba observar qué hacían los humanos en la plaza principal de la aldea, así como le encantaba escuchar las historias de las urracas y los cuervos que siempre se vanagloriaban de sus hazañas contadas en lo más alto del campanario. Desde su nido, Cascarín cada tanto les daba algunos consejos a sus hermanos, o charlaba con los pájaros adultos. De hecho, como se movía poco, tenía un montón de tiempo para pensar.

Una mañana, algunos animales vieron cómo desde la panadería de la aldea salía una columna de humo. “¡Un incendio, un incendio!”, chirriaron los topos. Cascarín quiso ir a ver y, por eso, se hizo atar al cuerpo tallos de cizaña. Luego, sus hermanos, que apenas habían aprendido a volar, se reunieron en equipo y, sosteniendo los tallos con los picos bien cerrados lo levantaron del

nido y lo llevaron a la plaza. Al final, los topos habían demostrado que eran los mismos miedosos de siempre. No había ningún incendio; simplemente el panadero se había distraído y había quemado la producción del día. El resultado de ese percance fue una hermosa canasta de pequeñas galletas, un poco tostadas, pero todavía humeantes. Cascarín y sus hermanos quisieron probar algunas. A menudo, el panadero les regalaba unas migajas de pan; por eso, con el tiempo, dejaron de tenerle miedo. Cuando por fin lograron picotear una, se dieron cuenta de que, lamentablemente, esos ricos manjares eran duros como la piedra. Entonces a Cascarín se le ocurrió una idea. “¿Por qué no me atan un par de esas galletas a las patitas, como si fueran ruedas, así puedo ser llevado de un lado para el otro del patio, sin tanto esfuerzo?”, les preguntó a sus hermanos. “Pero es que, cuando todos te vean con esas ruedas, se van a burlar de ti”, dijeron ellos, “dirán que eres... ¡un Pájaro Rodante!”

“Es mejor ser un Pájaro Rodante que mirar todo el tiempo las tejas del techo. Además, de ese modo podría jugar con ustedes en los campos y vivir aventuras juntos. Vale la pena intentarlo”, afirmó. Por lo tanto, Cascarín fue equipado con las galletas a modo de ruedas y, de hecho, empezó a recorrer el patio de un lado para el otro.

“¡Un Pájaro Rodante!”, chirriaban los topos.

Cascarín no les daba importancia. “Lo importante es no haber renunciado a mi sueño de poder caminar... ¡Las ruedas, entonces, son solo un medio para lograrlo!”, repetía.

Después de un tiempo, el destino especial que le esperaba a Cascarín fue conocido por todas las bandadas del vecindario. Pero, mientras sus hermanos comían gordos gusanos, él ni siquiera lograba probar un bocado: ¡tenía el pico demasiado débil! Por lo tanto, los observaba con una pizca de preocupación y tristeza a la vez. Si no comía, no iba a tener la suficiente energía para explorar, charlar y conocer qué había más allá de los arrozales, en el mundo entero.

Una mañana, en la taberna de la aldea se escuchó un ruido muy fuerte. “¡Terremoto! ¡Terremoto!”, chillaron los topos. Cascarín quiso ir a ver y, con la ayuda de sus hermanos, bajó a la plaza. Como en la vez anterior, los topos demostraron que eran los mismos miedosos de siempre. No había habido ningún terremoto; en realidad, se había caído y roto uno de los grandes botellones en los que el tabernero conservaba un vino tinto de color rojo como la sangre. El resultado de ese percance fue un desparramo de vidrios rotos y brillosos bajo la luz del sol. Del



tonel pendía un tubito de plástico largo y blando con el que el hombre había intentado traspasar el vino, que brotaba y goteaba por todos lados.

Entonces, a Cascarín se le ocurrió una idea. “Dado que tengo el pico demasiado débil para tragar, ¿por qué no me pegan uno de esos tubitos a la panza? Si me ayudan, podría alimentarme por ahí”.

“Pero es que, cuando todos te vean con ese tubito, se van a burlar de ti”, dijeron sus hermanos, “¡dirán que eres un Pájaro Rodante que necesita un tubo en la barriga para comer!”

“Es mejor ser un Pájaro Rodante que

necesita un tubito en la barriga para comer que ayunar y que la barriga te duela de hambre. Además, de esa manera, puedo tener la energía que necesito para jugar con ustedes en los campos y vivir aventuras juntos. Vale la pena intentarlo”, afirmó.

Por lo tanto, Cascarín fue equipado con el tubito en el abdomen. A través de él lograba ser alimentado con algunos gusanos triturados. En breve tiempo volvió a correr de un lado para el otro del patio.

“¡Un pájaro Rodante con un tubito en la barriga!” chillaban los topos.

Cascarín no les prestaba atención. “Lo importante es no haber renunciado a mi sueño de poder alimentarme. ¡El tubito en la barriga es solo un medio para lograrlo!”, repetía.

Después de ese invierno, a Cascarín también lo conocían las garzas y las cigüeñas que poblaban los campos más allá de los arrozales. Sus hermanos ahora volaban dando grandes vueltas alrededor de la aldea, pero a él le costaba seguirlos: no tenía más aire, le parecía que el viento se llevaba sus fuerzas. Por



lo tanto, los observaba entre pensativo y molesto. Si no respiraba lo suficiente no podía tener energía para explorar, charlar, estudiar y crecer como quería. Una mañana, todos escucharon cómo del molino de la aldea provenían unos ruidos muy fuertes, como truenos. “¡Una tromba de aire! ¡Una tromba de aire!” chirriaron los topos. Cascarín quiso ir a ver y, como tantas otras veces, se hizo acompañar por sus hermanos y, como se suponía, los topos demostraron ser los mismos miedosos de siempre. No había habido ninguna tromba de aire, sino que una ráfaga de viento había arrastrado la ropa tendida hasta las aspas del molino. De ese modo, las camisas se inflaban como las velas de un galeón. Entonces, a Cascarín se le ocurrió una idea: “¿Por qué no me ponen una hélice en el pico para que pueda respirar sin dificultad? De esa manera podría aprovechar el viento y tener más aire”. “Pero es que, cuando todos te vean con una hélice en el pico, se van a burlar de ti”, le dijeron sus hermanos, “¡dirán que eres un Pájaro Rodante que necesita un tubito en la barriga para comer y una hélice para respirar!” “Es mejor ser un Pájaro Rodante que necesita un tubito en la barriga para comer y una hélice para respirar que renunciar a hacer lo que me interesa. Además, de esa manera puedo tener el aire que necesito para jugar con ustedes en los

campos y vivir aventuras juntos. Vale la pena intentarlo”, afirmó. Por lo tanto, Cascarín fue equipado con una hélice en el pico. Por allí recibía la brisa y, gracias al viento, respiraba sin esfuerzo. Por fin volvió a correr de un lado para el otro del patio. “¡Un Pájaro Rodante con un tubito en la barriga y una hélice para respirar!” chirriaban los topos.

Cascarín no les prestaba atención. “Lo importante es no haber renunciado a mi sueño. ¡La hélice en el pico es solo un medio para alcanzarlo!”, repetía.

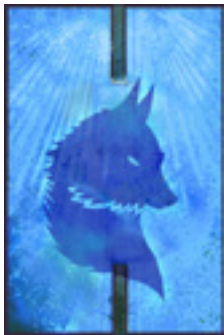
“Pero para lograr que tus sueños se hagan realidad tienes que usar las ruedas, el tubito y la hélice”, le dijeron sus hermanos.

“¿Qué me importa?”, sostenía Cascarín. Lo importante es no haber renunciado a mis propios sueños. Lo que para ustedes es raro, para mí es normal. No importa quién tiene razón. Solo importa tener un sueño en el que creer”.

Fuera del bosque, allí donde hay menos arces, se encuentra una pequeña aldea. Entre las tejas de esas cuatro casas maltrechas, los pájaros han construido sus propios nidos y, a lo largo del empedrado de la plaza, un pájaro especial corretea junto a sus hermanos. Se trata de un grupo muy sociable, incluso en el período de incubación, que ama reunirse para compartir larvas y sueños, y, juntos, darse largos y relajantes baños de tierra. ■

.6 La piel del lobo.

Fábula para niños y niñas con AME,
para sus papás y mamás y para todo aquel
que quiera leerla o que alguien se la cuente.



Papá Lobo empujaba en la nieve a su cachorro con incrustaciones de hielo en su hocico. Tendrían que haberlo visto: estaba entumecido y cansado, pero no aflojaba ni siquiera un poco.

En otoño había hecho mucho frío y todo el Bosque ya estaba cubierto por un blanco manto de nieve. Las rimas de la canción que había compuesto le retumbaban en la mente, palabra por palabra, sílaba tras sílaba: “pero no sé cómo terminarla”, masculló con tristeza.

Su hijo había nacido en la primavera pasada e inmediatamente se había dado cuenta de que algo no había salido bien: en vez de caminar y correr como los demás, se tambaleaba y se levantaba con dificultad. Al principio pensó que lo iba a perder, pero luego el pequeño había sorprendido a toda la

manada: era un lobito con poco pelo y hasta demasiado delgado, pero parecía tener un espíritu obstinado, una gran voluntad y muchas ganas de vivir.

“¡Es un cabeza dura como yo!”, admitía Papá Lobo.

Todas las tardes jugaba con su hijo: lo hacía rodar, lo estimulaba, lo mordisqueaba. Créanme, ver a ese pequeñito luchar día tras día le reconfortaba el corazón. Tristeza, amor, ansiedad y orgullo se entremezclaban dentro de su pecho. “Cuando yo era joven fui un tipo duro, y ahora me deshago en lágrimas. Todo por culpa de este pequeñín hermoso”, comentaba.

Fue durante uno de esos juegos, mientras le mordía tiernamente el cuello, que una idea empezó a darle vueltas en la mente. Al principio eran solo palabras sueltas, que se unían formando rimas muy simples: “lobito y hociquito, pecho y hecho” murmuraba. ¿Sabían una cosa? Papá Lobo nunca había ido a

la escuela, y no tienen que regañarlo si, ingenuamente, trataba de darle un sentido a lo que experimentaba recitando versos improvisados. Una mañana, al alba, se sintió inspirado y compuso esto:

*Cuando Pequeño Lobo nació
sin fuerzas temblaba.
Sobre la hierba de bruceas cayó
cuando caminar intentaba.*

En fin, la métrica no era muy regular, las rimas hasta demasiado simples, pero a él le gustaba imaginar a su hijo así, como el protagonista de una canción o de una poesía. ¡Justamente él, que nunca había sido un poeta sino todo lo contrario! Pero los versos le surgían espontáneos acompañándolo en esos primeros días, llenos de sorpresas y temores.

*Su papá lo animaba
y siempre lo sostendría
mientras sus patitas limpiaba.
¿Por qué no caminaría?*

Sobre todo una cosa lo perturbaba: “¿por qué no puedo sanarlo?” se repetía. “¿Es posible que no se pueda hacer nada, que no haya ni siquiera un medicamento, una rica sopa de ortigas y pollo, o un re-

constituyente?” Le lamía los pies, pero todo parecía inútil: su hijo no caminaba, ni siquiera lograba estar de pie, firme sobre sus cuatro patas. Sin embargo, el cachorro no sentía dolor, no estaba resfriado ni tampoco parecía tener fiebre. Simplemente había nacido así, por un capricho de la naturaleza o por una voluntad superior que Papá Lobo no compartía ni comprendía. Y lo expresaba así:

*Ningún dolor tenía mi lobito
mientras en la hierba lograba descansar.
Era como si le faltara muy poquito
para poder largarse a caminar.*

Meditabundo, lo que más añoraba era poder ver sus sueños hechos realidad. De hecho, se había imaginado yendo a cazar con su hijo. Quería enseñarle a seguir las huellas, a tender trampas en el Bosque más frondoso, a cazar sus presas. Papá Lobo se avergonzaba de estas fantasías: “¡mi hijo es perfecto también así, aunque no pueda mover sus músculos!”, repetía a los otros papás de la manada. Luego seguía componiendo su canción. Se avergonzaba de esto; por eso la cantaba solo cuando estaba seguro de que nadie lo podía escuchar:

*Su papá, en cambio, pensaba
que su cachorro era digno de admirar.*



*Tristemente soñaba:
“¡con él quisiera ir a cazar!”*

*Pequeño Lobo lamentaba
tener que ver a su padre llorar.
Sobre el prado verde descansaba
mientras comenzaba a nevar.*

Los días habían pasado y así las semanas, que a su vez se las habían ingeniado para transformarse en meses. Ante los primeros fríos, Papá Lobo empezó realmente a preocuparse. “Verte así, tan delgado y sin pelo, temo que no puedas pasar el invierno”, dijo. La manada decidió desplazar su guarida a zonas donde

iban a estar más reparados. Mientras la larga columna de lobos cruzaba el bosque, Papá Lobo arrastraba a su pequeño hijo. Llovía y, por momentos, aparecían los primeros copos de nieve. El frío era helado y su hijo era demasiado débil. ¡Pobre Lobo! Habría dado una pata con tal de verlo sano. ¿Una? ¡hasta dos habría dado! Pero, ¿qué estoy diciendo? ¡Habría dado todo lo que tenía! Es más, pronto se dio cuenta de que lo único



que iba a poder hacer era, precisamente, eso: arrancarse la piel para ayudarlo. Así, mordiéndose los talones y rasgándose la piel, las patas y las garras contra su propio pelo, Papá Lobo se arrancó la piel, quitándose la como cuando uno se quita una media, desde la punta de las patas hasta la cabeza. De esta manera, aulló:

*Papá Lobo, mientras nevaba
se arrancó la piel como un reptil.
Todo lo que tenía lo daba
para ayudarlo a vivir.*

*Pequeño Lobo sintió el calor
de un amor que lo inundaba,
de un padre que con dolor
todo su ser le brindaba.*

*Sin pelo, Papá Lobo se congelaba
después de que lo compartiera.
Su manto al hijo esperaba
que fuerza y calor le diera.*

Gracias a la piel de su papá, su hijo parecía estar mejor: ya no temblaba más de frío. Los demás lo miraban sorprendidos. Papá Lobo trabajaba alrededor de la cueva invernal dejando huellas rojas en la nieve. Sin pelo, con los músculos estriados al descubierto, realizaba sus tareas mientras cantaba

la canción de Pequeño Lobo:

*Su hijo, lamentablemente,
todavía no caminaba.
El sueño llegó lentamente,
mientras el manto lo abrigaba.*

Pasó la noche y, el día después, su hijo lo miró con una expresión llena de alegría infinita.

“¿Qué pasó?”, preguntó Papá Lobo. “¿Tal vez mi piel por fin te ha sanado, te ha dado la fuerza para caminar?” En esos días no había prestado atención al hecho de que su hijo lo había sentido cantar y recitar las estrofas de la poesía que repetía sin parar. Hasta un joven Lobo era capaz de aprender un par de rimas, ¿no les parece? Así, Pequeño Lobo sacudió la cabeza y recitó:

*Papá Lobo en la nieve dejaba
manchas de sangre morada.
Su sacrificio, pensaba,
no sirvió para nada.*

Papá Lobo sintió que el desánimo lo invadía. “Realmente no sé cómo ayudarte”, admitió, “¡si fuera un buen padre lograría ayudarte mucho más!”, dijo con el corazón que rebalsaba de tristeza. “Pero me diste calor”, dijo Pequeño Lobo, “ahora ya no tengo miedo de la nieve o de la

noche". "Pero no logré hacerte caminar: ¡solo eso es importante!", le respondió desalentado. "¿Te parece? Yo pienso que otras cosas tienen más valor. Papá, estuviste cerca, me hiciste sentir especial... incluso compusiste una poesía para mí". "Sí, claro: una poesía horrible y banal". "Es nuestra poesía", insistió Pequeño Lobo, "¡no me importa si es horrible! Y no me importa poder caminar. Nunca lo hice, ni lo haré. ¿Cómo puedo lamentarme de algo que nunca hice?" Papá Lobo no podía cambiar de idea. ¿Por qué su hijo intentaba convencerlo? ¿No entendía que su vida iba a ser diferente de la de los demás, que no iba a poder visitar todos los lugares a donde iba la manada, que tal vez los demás lo iban a discriminar; y que a lo mejor iba a quedarse solo? Pero no se animaba a confesarle todos esos miedos; por eso, se mordió la lengua y lo miró fijo, sacudiendo la cabeza.

"Escucha papá, sé que estás preocupado por mí. Pero, ¡créeme! Gracias a tu piel dormí toda la noche... y ¿sabes una cosa? Soñé algo maravilloso...", y Pequeño Lobo recitó:

*Pequeño Lobo, gracias al manto,
dormía feliz y soñaba,
lleno del amor de quien lo amaba tanto
entre estrellas que el cielo poblaban.*

"¿Entiendes?"

"Creo que no", admitió su padre. Había faltado un montón de días a la escuela, como les he contado, y esto no lo había convertido en el Papá Lobo más brillante de todo el Bosque.

"Soñé que volaba. ¡Ni hablar de caminar!", dijo Pequeño Lobo. "Todos saben caminar. ¡Pero yo soy especial! ¡Volaba en el cielo lleno de estrellas gracias a tu manto sobre mis espaldas, papá! ¡Fuiste tú quien me lo dio, estrofa por estrofa, canción por canción!" Papá Lobo abrió bien los ojos: las poesías con una moraleja nunca le habían gustado; es más, en general nunca le habían gustado las poesías. Pero esta vez las palabras le brotaban con facilidad, enhebrándose como perlas de un collar tan largo como sus pensamientos:

*¿Para qué necesito caminar,
si, en cambio, puedo soñar que vuelo?*

Recitó estos versos al unísono con su hijo. Se miraron sorprendidos y luego, como pares que eran, se largaron a reír muchísimo. Uno sin pelo y sangrando y el otro inmóvil bajo la piel de su padre. Si uno no los conociera, mirándolos parecían dos desquiciados. En cambio, eran Papá Lobo y su hijo, Pequeño Lobo. Y se querían muchísimo. ■

.7 Plantina.

Fábula para adolescentes con SMA.

Un gracias especial a Ives.



El culpable de esta historia es un valiente viento de primavera al que le gustaba dar vueltas por el mundo y gastar bromas. También hablaba de forma rara, pero eso se justificaba. En cambio, era imperdonable su inconstancia: por la mañana estaba lleno de energía, mientras que, por la tarde, se apagaba. Por último, a la noche alardeaba soplando como un endemoniado. Este viento burbujeante se había escondido entre las ramas de los castaños, para luego reaparecer sobre los techos de las casas y sacudir los plásticos

de un invernadero. ¡Había ido inclusive hasta la ciudad! Un día resopló y, con audacia, dio vuelta una maceta para robar un puñado de semillas que alguien había guardado. Fue una locura que dio sus frutos, o mejor sus flores. Esa brisa atrevida hizo volar un par de sombreros (y perdió una semilla), levantó una falda (y perdió otra semilla), le arrancó un barrilete de las manos a un niño (y ahí perdió otra lluvia de semillas) y volvió hacia el bosque, sembrando semillas por todos lados, gracias a un viraje después de un resoplido. Cayeron sobre el asfalto y las baldosas, sobre los campos arados y las rocas. Incluso terminaron en la nariz del intendente (pero esa es otra historia); lo importan-



te es que ninguna logró germinar. En el Bosque, una semillita se perdió en el torrente y llegó al mar, a otra se la comió un cuervo y la tercera terminó entre las raíces nudosas de la vieja encina, ¡que todavía la acuna entre sus ramas! En fin, ninguna de estas semillas brotó. Al final, la última semilla, negra y toda retorcida, tan pequeña que ni siquiera parecía una semilla sino un grano de arena, cayó en un cuadrado de tierra en medio del Bosque. El viento abandonó ese último grano con un suspiro. Le gustaba entretenerse entre los pétalos de las flores y hacer crujir las ramas de los árboles. De lo que sí estaba seguro era que iba a volver a verla, porque sabía que esa semilla... era especial. Poco tiempo después, el pequeño cuadrado de tierra iba a hospedar tulipanes y primulas, anémonas, margaritas, hierbabuena e, incluso, algunas campanillas. Se habían dado cita, como todos los años, en ese pedacito de tierra para abrirse y mostrarse y volver a mirar sus propios pétalos. Eran flores muy conocidas por las mariposas y las abejas que habitaban en esa parte del Bosque. “Buenos días a todas, decían las primulas levantando sus cabezas durante las frescas mañanas de primavera. “Buenos días, bellezas”, piaban las anémonas. “Hola, hermosas”, decían a coro las alo-cadas margaritas.

“Que tengan un buen día, fascinantes señoras”, decían los tulipanes.

Contra todas las expectativas posibles, también esa pequeña semilla brotó. Con el tiempo se infló, se volvió redonda como una lenteja, le creció una barbita y, muy pronto, se extendió mostrando un tallito verde.

“Buenos días a todos ustedes”, susurró incómoda. Apenas había nacido y no conocía a nadie. Mientras tanto, decidió llamarse Plantina, porque, dada su extraña figura, no se veía parecida a ninguna otra flor. “Me llamo Plantina”, dijo, aunque más no fuera para escuchar cómo sonaba ese nombre.

“¿Qué nombre es Plantina?”, le preguntaron las margaritas.

“El mío”, admitió Plantina, “y ustedes, ¿cómo se llaman?”

“Margaritas”, trinaron aquellas.

Plantina miraba a su alrededor con la intención de entablar nuevas amistades, pero lo que veía la confundía. Primulas, tulipanes, margaritas. Todas flores hermosas, coloridas, sedosas, pero ninguna se asemejaba a ella. “Eres rara, Plantina”, admitieron las margaritas ingenuamente. Plantina tenía un tallo breve y ancho, envuelto por hojas duras y colgantes. Cuando el viento soplabá, todas las corolas y los pétalos de las flores silvestres temblaban; en cambio Plantina era una especie de estaca: inmóvil y pesada, no se doblaba con el viento.

Para Plantina, sobrevivir no fue fácil. Mientras las otras flores prosperaban sin esfuerzo, ella tenía que luchar; mientras las otras flores resplandecían, ella se marchitaba. El rico terreno del sotobosque que les bastaba a las demás, para ella siempre era demasiado árido. Los cuervos se encargaban de proveerle de hongos y tierra abonada que les robaban a los humanos de las granjas. El gran jefe de los cuervos se había sentido en culpa por la otra semilla que se había comido y pagaba su error de esa manera: ayudando a Plantina.

A las otras flores del campo, para crecer les servían los rayos del sol matutino. Ella, en cambio, siempre tenía calor. Si hubiera tenido axilas, habría sudado todo el tiempo. Las ardillas de la vieja encina eran las que se ocupaban de posicionar el follaje para que pudiera descansar a la sombra. El viejo árbol todavía acunaba a su hermana, la semilla, y pagaba su error de esa manera: ayudando a Plantina.

Si las otras flores, para brillar solo necesitaban gotas de rocío sobre los pétalos, ella tenía que estar seca y, al contrario, ser sumergida totalmente en agua corriente para poder sobrevivir. Por eso, el torrente había desviado su propio flujo y así mojarle las raíces cada dos semanas aproximadamente. Como había perdido la semilla que el viento le había confiado, pagaba su error de esa manera, ayudando a Plantina.

Hacer crecer a Plantina era un verdadero desafío, pero tanto esfuerzo no parecía ser recompensado: Tallita no tenía ni corola ni pimpollos. Era un tallo verde rígido y poco agraciado. “No importa ser hermosa”, filosofaba una primula aterciopelada e hinchada como el vestido de una novia; “lo que cuenta es el modo en que lo vives, le decía.

A Plantina esos discursos la ponían nerviosa. “Como si no fuera posible ser agradable por dentro y por fuera...”, susurraba con tristeza. Más crecía y más se daba cuenta de las diferencias. Siempre habían existido, lo sabía, pero cuando era joven no le importaban. Ahora, en cambio, observaba con interés los bellos pétalos y los colores resplandecientes de sus vecinas. Las otras no tenían que hacer ningún esfuerzo para ser hermosas.

“Me siento tan diferente”, suspiraba antes de dormir.

El viento, como lo había prometido, volvía a acariciarle la nuca. De todas las semillas que había robado, solo Plantina había brotado. “Eres especial, Plantina”, le decía al oído. “Después de haberte robado, todavía me acuerdo de cuánto te gustaba volar por los campos. Las otras semillas gritaban con voz chillona, no sé por qué, mientras tú cantabas de alegría”.

“No me importa ser especial: en realidad, sólo quiero ser igual a las demás”.

Le dolía lo que veía y la rabia que sentía le parecía insoportable: “¿por qué no puedo tener yo también hermosos pétalos suaves o un capullo ceñido como el de mis amigas?”

Cada tanto le pedía consejos a Venus. Venus era una abeja reina que había sido expulsada del panal en el que había nacido. Había salido de las celdas reales de apareamiento y se había puesto a cantar con un tono de voz alto, un altisonante sol sostenido que había despertado a sus hermanas. En la batalla -incluidos algunos puñetazos - que se había desatado en el panal, Venus había logrado sobrevivir, pero ninguna obrera la había seguido. Se había quedado sola, repudiada; por lo tanto, había aprendido a decir lo que pensaba sin pelos en la lengua, o mejor sin cerdas en las tenazas. Solo cuando hablaba con Plantina parecía volverse más amable. Se posaba sobre su cabeza zumbando como una auténtica trompeta. “Tienes que tener paciencia; para mí, estas protuberancias son yemas. Claro, deben de ser yemas, si no ¿para qué servirían?”

“¿También tengo forúnculos?”, preguntó Plantina. “Por el momento lo parecen, pero pronto, estoy segura de que se convertirán en sépalos o tépalos”.

“Me habrían bastado unos simples pétalos”.

“Nadie obtiene todo lo que desea. Tener algo, ya es bastante”.

Venus no había recibido nada de la heren-

cia que le correspondía. Plantina lo sabía, por eso no podía cuestionar lo que decía. Al final, Plantina se abrió.

El evento fue recibido con gran alegría por todas las flores que poblaban ese pedacito de tierra. Después de tanto esperar, alguien incluso creyó que el destino podía ser justo. “Verás”, cantaban, de hecho, las margaritas, “después de toda esta espera, serás bellísima, con pétalos suculentos y lanceolados...” y después de unos días de asegurarle tantas cosas, se animaron a más: “serán pétalos blancos y suaves: ¡te vas a parecer a nosotras!”, le decían.

“Parecen pétalos membranosos”, le decía, en cambio, Venus.

“¿Son bellos?”, preguntó Plantina.

“Veamos qué forma tienen antes de decidirlo”, le respondía ella.

Muy pronto, también las margaritas se callaron. Al contrario, miraban con compasión los pétalos atribulados que le habían florecido sobre la cabeza.

“Este pétalo central parece una especie de lengua”, dijo Venus, “una lengua membranosa”.

“¿Qué es una lengua?”, preguntaba preocupada Plantina. A ella esos pétalos absurdos la asustaban.

Venus había pasado su tiempo zumbando libremente alrededor de las casas de los humanos; por lo tanto, sabía muy bien lo que era una lengua. Por un momento tuvo miedo de que Estrella pudie-

ra leérselo en las antenas. Por eso eludió la pregunta respondiendo: “Olvídate del tema de la lengua. ¿Has visto qué hermoso color que tienen? Son de un tono rosa carne; apuesto a que les gustarán muchísimo a los insectos del bosque”.

Las abejas, las cochinillas, las avispas, las mariposas y todos los insectos que habitaban ese campo florecido no parecían tener la misma opinión. Plantina era ignorada y, a veces, hasta evitada. “No es justo”, se lamentaba chirriando, “¡aunque haya florecido, soy diferente!”

“¡Ahora basta, hija mía!”, explotó una tarde Venus. No soportaba más verla tan deprimida. “Pasas los días comparándote con lo que no tienes. ¿Cuánto tiempo más vas a seguir así?”

Plantina exclamó: “¡Hasta que me parezca a las demás!”

“¡Olvídalo!” No estamos hechas para ser como las demás, es hora de que alguien te lo diga. Mira: una reina sin reino y una flor carnosa y atribulada que parece venir de la luna. ¡Si no puedes ser lo que deseas, entonces encuentra el coraje que necesitas para cambiar tus sueños!”, y le dio un coscorrón en la cabeza. Plantina se puso a llorar desconsoladamente. “No sé quién soy”, dijo gimiendo.

Venus le dio unas palmadas sobre la corola: “Eres mi hija”, dijo zumbando. “Y esto te convierte oficialmente en una princesa. Eres mi princesa”.

Ante estas palabras, Plantina se sintió rodeada de un afecto que nunca antes había experimentado.

“Eres mi única heredera, exclamó el viento, “crecida en el vientre cálido del Bosque y salvada con una maniobra audaz de tener que crecer en un invernadero de la ciudad”.

“Eres nuestra amiga más extraña”, exclamaron las margaritas. No sabían de qué estaban hablando, pero cuando podían, siempre se metían.

“Eres nuestro mayor orgullo”, dijeron los cuervos, las ardillas y el torrente del bosque, “difícil de cultivar, pero con la capacidad de darnos las más grandes satisfacciones.”

Desde ese día, lentamente, algo cambió en el corazón de Plantina. Era como si una convicción hubiera llegado a su vida. Absurdamente, secretamente, se decía: “Soy una princesa”, y bailaba con sus pétalos trilobulados sacudidos por ese bribón del viento nocturno. Estaba decidida: iba a ser algo diferente a lo que siempre había imaginado. ¿En qué? Todavía no lo sabía, pero encontrar nuevos sueños era una expresión de coraje en sí mismo que le daba color a su vida. Por eso, con entusiasmo, se repetía a sí misma: “Soy diferentemente diferente”. Princesa de un panal que no existía, abeja adoptiva, orgullo y desconcierto de las fuerzas del aire y del agua. Mientras el verano avanzaba, un nuevo sem-

blante le infundía fuerzas. Era siempre ella misma, el mismo perfil inclinado y rígido reflejado en el torrente, pero, al menos, había dejado de lamentarse y llorar. O mejor aún: todavía lloraba, pero solo cuando le iba realmente mal, y, mientras tanto, enfrentaba la vida que le tocaba vivir gozando del tiempo y de lo que el destino le había confiado.

Incluso se apasionó con las historias deshilvanadas que el viento, su padre, le contaba en sus ratos perdidos. Una tarde la suave brisa llegaba con el olor de la nieve después de haber seguido cristales de hielo sobre las cimas de las montañas, y una mañana, en cambio, traía la fragancia del pan recién hecho, porque había ayudado al panadero a encender el fuego del horno. En otra ocasión le contaba sobre la regata que los ratones de Fuerte Hueco habían hecho en el torrente o sobre las luciérnagas que encendían carteles para anunciar el musical de las cigarras.

En fin, Plantina escuchaba el viento y se sorprendía de que el mundo fuera tan grande y diferente a su amado pedacito de tierra. Se sorprendía de que en algunos lugares las flores ni siquiera existieran y de que la belleza pudiera encontrarse en amplias extensiones de musgo o en colonias de champiñones intensamente perfumados. Se volvió curiosa, aunque no pudiera moverse: sus raíces ahora eran fuertes y espesas debajo de la tierra.

Plantina aprendió a escuchar e imaginar. Al final, esa nueva actitud, ese modo nuevo de ver el mundo, surgió en medio de la noche como un olor punzante, un aroma especiado que muchos ignoraban pero que, si se le prestaba atención, se lo podía percibir. Entonces, una mariposa se le acercó y Plantina, durante algunos segundos, bailó con ella a la luz del crepúsculo.

Muchos días más tarde Venus voló entre las casas de los humanos. Buscaba un invernadero, acompañada por una brisa burbujeante y parlanchina.

“Es esa”, dijo, de hecho, el amigo viento. “La reconozco sin dudarle, ¿ves la ventana cerrada? ¡Oh!, ¿cómo se atreve a impedirnos pasar? Se necesita mucha fuerza para abrirla, pero nada puede detenerme”, se vanaglorió y sopló con fuerzas, sacudiendo los cercos, levantando las hojas de un periódico abandonado y abriendo con un golpe seco los postigos. “¡Ah! Estoy adentro, furtivo e indomable”.

Venus empezó a zumbar en su favorito sol sostenido. Entre las macetas, llenas de flores brillantes con formas raras y poco comunes, algunas plantas sobresalían por el color rosa intenso de sus estambres charlatanes.

“Ahí están las hermanas de Plantina”, dijo Venus. En las macetas algunas etiquetas declaraban con una cuidada y sensual caligrafía: “Afrodita”. “*Aphrodite Phalaenopsis*”. ■

.8 Rafting para ratones.

Fábula para niños y niñas, adolescentes,
Padres y madres en la era del cambio.



La lechuza estaba explicando las características de la nueva medicina. Mientras tanto, del pico le asomaba la cola de una lagartija que recién se había tragado. El acuerdo que había sido firmado en Fuerte Hueco preveía que Lechuza Sabia no ahuyentara a los ratoncitos que vivían en él. A pesar de eso, para la seguridad de todos, los ratones que participaban de las regatas habían llevado remos y sedales. Era solo por precaución, es decir servían para proteger a los presentes y, especialmente, a la Familia Blanquini que le había hecho una consulta. Papá Blanquini, tímido ratoncito de campo con bigotes temblorosos dijo “¿Es un medicamento nuevo?” “Nuevísimo”, respondió Lechuza haciendo desaparecer la cola de la lagartija con un movimiento del pico. “Pien- sen que hasta hace poco ni siquiera existía. Pero hace tiempo que las Co-

madrejas trabajan en su elaboración y, antes de ser puesto a disposición de ustedes, ha recibido la aprobación del Consejo del Bosque”.

“¿Y otros pequeños ya lo tomaron?” preguntó Mamá Blanquini, mientras con mucho esfuerzo sostenía en sus brazos a su séptimo hijito, un ratón albino de ojitos vivaces, ya adolescente. Lechuza Sabia infló las plumas de su cuello, “puede estar segura, querida se- ñora. Es un medicamento seguro. Pero deben recordar que hay que tomarlo de la forma correcta. Para esto tendré que ayudarlos”. Y restregó el pico sobre la cabeza del ratón albino.

Toda la familia Blanquini tembló mientras los ratones remeros apunta- ron sus remos hacia Lechuza Sabia. Ella casi ni se dio cuenta de la tensión que había provocado su gesto. “El me- dicamento es importante”, dijo. “Sép- timo no tiene fuerzas para caminar y, con el tiempo, año tras año, se pondrá cada vez más débil”.

Los ratones contuvieron la respira-

ción. Nadie en Fuerte Hueco había osado hablar alguna vez de eso. Ya no poder caminar era doloroso, pero el pensamiento de que más adelante, después de algunos años, el ratón fuera a volverse más débil, era insoportable y los enojaba. “Pero, a fin de cuentas, ¿para qué sirve ese medicamento?”, preguntó Mamá Blanquini.

“Le dará más energía a su hijo”, le respondió Lechuza Sabia, mientras se quitaba algunas pulgas de encima. “Pero, ¿no les parece que esas preguntas debería hacérmelas Séptimo?”

Por segunda vez en poco tiempo, toda la comunidad tembló. No era habitual que los ratoncitos hablaran, ¡y menos con un ave rapaz!

“De hecho, quisiera hacerle un par de preguntas”, susurró Séptimo. “¿Me va a sanar?”

Lechuza Sabia lo miró con sus grandes ojos dorados. “No”, dijo.

De golpe, un coro de desaliento se elevó, pero Séptimo ni siquiera pestañó.

“Este nuevo medicamento no te sana”, dijo el pajarraco, “solo retardará la enfermedad y te hará ganar más tiempo. El tiempo vale oro, ¿sabías? Ahora no te das cuenta porque eres jovencito, pero cuando seas grande lo entenderás. El tiempo vale oro: nunca es suficiente”.

“¿Lo hará caminar?”, se animó a preguntar la hermana mayor de Séptimo.

“No creo. Algún cachorro que tomó este medicamento cuando recién había nacido, después logró caminar, pero Séptimo ya es un poco grande”. La lechuza observaba al ratoncito con atención. “Este medicamento, como decía, te dará más fuerzas después de cada inyección. Y, si tenemos suerte, te ayudará a mover mejor las piernas. Más que eso no puedo asegurarte. ¿Qué te parece?”

“Tal vez deberían renunciar”, le susurró al oído de Mamá Blanquini el intendente de Fuerte Hueco.

“Yo quiero ser más fuerte”, exclamó, en cambio, Séptimo. “Y si no puedo ser más fuerte, al menos quiero ser menos débil. Hagámoslo”.

El séptimo hijo de un séptimo hijo, aunque sea un ratón, como se sabe, es un animal mágico. El albino Séptimo, de hecho, confirmaba esa regla. No podía caminar, pero sentía de un modo especial. Era más perspicaz, más sensible, estaba más atento a lo que les sucedía a los demás ratones. Él decía que era el efecto, es decir el resultado, del hecho de que, si no caminabas, necesariamente tenías que pensar. Séptimo no se creía mágico, si bien, en secreto, deseaba poder hacer magia, desplazar los objetos solo con la fuerza del pensamiento o volar por el cielo estrellado. Por ahora se conformaba con poder ser valiente,

y el nuevo medicamento era la ocasión perfecta. “Si no puedes ser mágico, al menos puedes intentar ser más audaz”. “¡Pero no te sanará!”, le repetían sus amigos.

Él se encogía de hombros. Estaba atado a la espalda de Bombo, el ratón más gordo de la colonia. Bombo era quien lo transportaba de un lado para el otro por los estrechos pasillos de Fuerte Hueco. “Y con la picadura, ¿cómo vas a hacer?”, le preguntó Prímula. Era su prima y, obviamente, Séptimo estaba enamorado de ella. No había conocido nunca a una ratoncita tan amable y curiosa como ella. Una vez Prímula había metido la cabeza en una bellota, inventando, muy a su pesar, un casco que el equipo de regata habría de usar desde ese día en todas las competiciones. También los ratones que practican rafting usaban el bellota-casco de Prímula y eso, para Séptimo, era una especie de señal del destino.

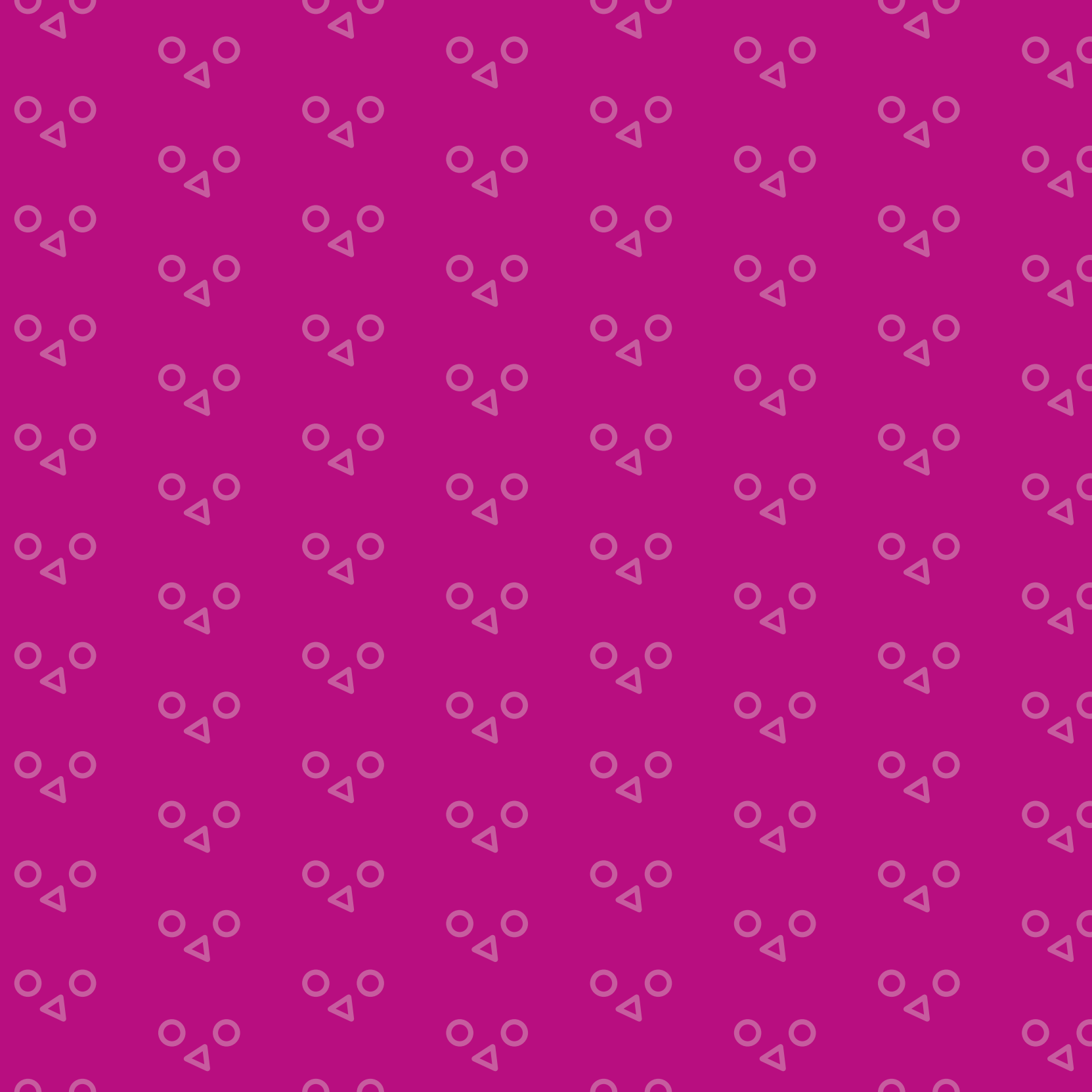
“Te explico yo cómo va a ser la picadura”, respondió por él Chiquito, un joven ratón que practicaba regata y que, a pesar de su nombre, tenía fuertes músculos debajo de su piel marrón. “¡Chillará como un ratoncito apenas vea el agujón, te lo aseguro!”

Séptimo envidiaba todo de Chiquito. No solo el hecho de que pudiera caminar, sino que también fuera despierto y valiente y que integrara un equipo

de regata. Él también habría querido aprender a usar el remo como su amigo y también era por eso que todos juntos, mientras trataban de hacerle cambiar de idea con respecto a la nueva medicina, estaban dirigiéndose hacia una puertecita. “En cambio, yo te voy a mostrar lo que vas a hacer”, dijo Séptimo riéndose con sarcasmo. Con el tiempo había aprendido a reírse. “Las abejas no me dan miedo”, dijo. En realidad, estaba seguro de que, a fuerza de repetírselo varias veces, iba a terminar convenciendo a sí mismo de su supuesta valentía.

“Yo estaría muerto de miedo”, dijo Bombo, tratando de bajar los escalones sin caer rodando en el torrente con su compañero sobre los hombros. “Además, porque no es solo una picadura”. Lechuza Sabia se lo había explicado bien: no bastaba tomar una vez sola la medicina. Había que seguir aplicándosela en cada estación del año, durante todo el resto de su vida. ¡De toda su vida! Séptimo nunca había pensado en lo larga que podía ser una vida hasta que no tuvo que medirla en picaduras de abejas. ¡Eran un montón de picaduras!

En ese momento, llegaron a la embarcación. La Hoja, tratada con cera de abejas (qué casualidad, ¿no?), flotaba perezosamente mientras el torrente fluía tranquilo. En realidad, se trataba solo de una calma aparente, exac-



tamente como la que experimentaba Séptimo desde hacía días. Trataba de permanecer tranquilo, pero sentía una ansiedad tremenda y profunda que le ponía los pelos de punta.

Más cerca del valle, el torrente se volvía tumultuoso, transformándose en una auténtica cascada que terminaba en el Salto de la Langosta, una pequeña cascada que precipitaba en ese espejo de agua que estaba más abajo, adonde las aguas, por fin tranquilas, se transformaban en un lago cristalino y profundo.

Bombo desató los lazos y puso a Séptimo delicadamente sobre el muelle al que estaba amarrada la Hoja.

“Solo para no sentirme culpable si lamentablemente te ahogaras”, dijo Chiquito con voz irónica pero con una mirada seria, “¿estás seguro de que lo quieres hacer?”. Mientras tanto, ya había metido las orejas debajo de la bellota de protección.

A Séptimo le parecía que amigos y parientes no hacían más que preguntarle desde hacía días si “estaba seguro”. ¿Cómo se puede estar seguro de algo en la vida?, se preguntó. Para esconder el terror que sentía, sonrió, con la esperanza de que Prímula notara su valentía. “¡Hagámoslo!”, exclamó.

El nuevo medicamento se suministraba sobre una rama de arce cuyas raíces escondían la entrada a Fuerte Hueco.

Allí arriba, Lechuza Sabia había preparado un nido especial, limpio de mufas y hongos, tejido con la mejor hierba médica, para que el procedimiento fuera cómodo y seguro. Por procedimiento se entendía el conjunto de prácticas necesarias para poder suministrarle a Séptimo su nueva medicina.

“Usamos una abeja especialmente adiestrada para esto. Su aguijón, obviamente, contiene el remedio”.

“¿Es dolorosa la picadura?”, preguntó Mamá Blanquini, aferrada a un brazo de Papá Blanquini sin saber todavía si daría su autorización para que procedieran con el tratamiento.

Lechuza Sabia rascó la cabeza de Séptimo. La garra brillante con la que hizo ese gesto afectuoso era capaz de cortar una serpiente por la mitad.

Séptimo deglutió ruidosamente. Trataba de no mostrar sus patitas temblorosas. “¿Duele?”, preguntó a su vez. “Los recién nacidos ni siquiera se dan cuenta”, dijo Lechuza Sabia. “Pero los ratoncitos más grandes tienen la espalda un poco más rígida, a veces hasta un poco torcida, por eso podrían sentir una cierta molestia, lo admito. En estos casos, para evitar que sientan dolor, trato de que sueñen con los ojos abiertos”.

“¿Y cómo lo logra?”, preguntó Prímula. También ella había querido ir con su amigo. “Conozco una receta secreta de hierbas y bayas”.

Nadie dijo nada.

“La receta lo hará dormirse un poquito”, explicó Lechuza Sabia.

“Ah, entonces creo que va a servirle”, dijo Bombo. Él también estaba en el nido. Séptimo aceptó con la cabeza. “Estoy listo”, dijo.

“Un momento”, replicó su amigo Chiquito. “Séptimo se hace el valiente y sería capaz de masticarse a la abeja si sirviera para algo, eso es claro. Pero yo quiero estar seguro. ¿Y después? Después de la picadura, ¿qué pasará?”

Lechuza Sabia miró fastidiada al musculoso ratón. No le gustaba que la interrumpieran. “Después, si me lo permites, debe descansar. Es mejor que se quede recostado, así el medicamento puede llegar a todo su cuerpo: desde la punta de las patas hasta sus blandas orejas. Por algunas horas debería moverse lo menos posible y resistir si le dan ganas de sentarse. Sobre todo tú, Brumbo...”

“Bombo”.

“¡Exacto! Tú, Bombo, durante un par de días, no tendrás que llevarlo de paseo. Séptimo deberá estar en reposo y tranquilo para evitar los dolores de cabeza y los vómitos”. Mientras hablaba, Lechuza Sabia liberó a su amiga, la abeja. “Pero esto, en el caso de ustedes, ni siquiera es necesario decirlo... Los ratoncitos con los músculos débiles no tienen muchas ocasiones de ser sometidos a quién sabe qué sacudones, ¿no?”,

concluyó Lechuza Sabia riéndose.

“¡Claro que no!”, confirmó Papá Blanquini. Séptimo y sus amigos se miraron unos a otros con culpa.

Chiquito ató a Séptimo justo sobre la proa de la Hoja. “¿Te parece una buena posición?”, se lamentó. “Te vas a salpicar todo”.

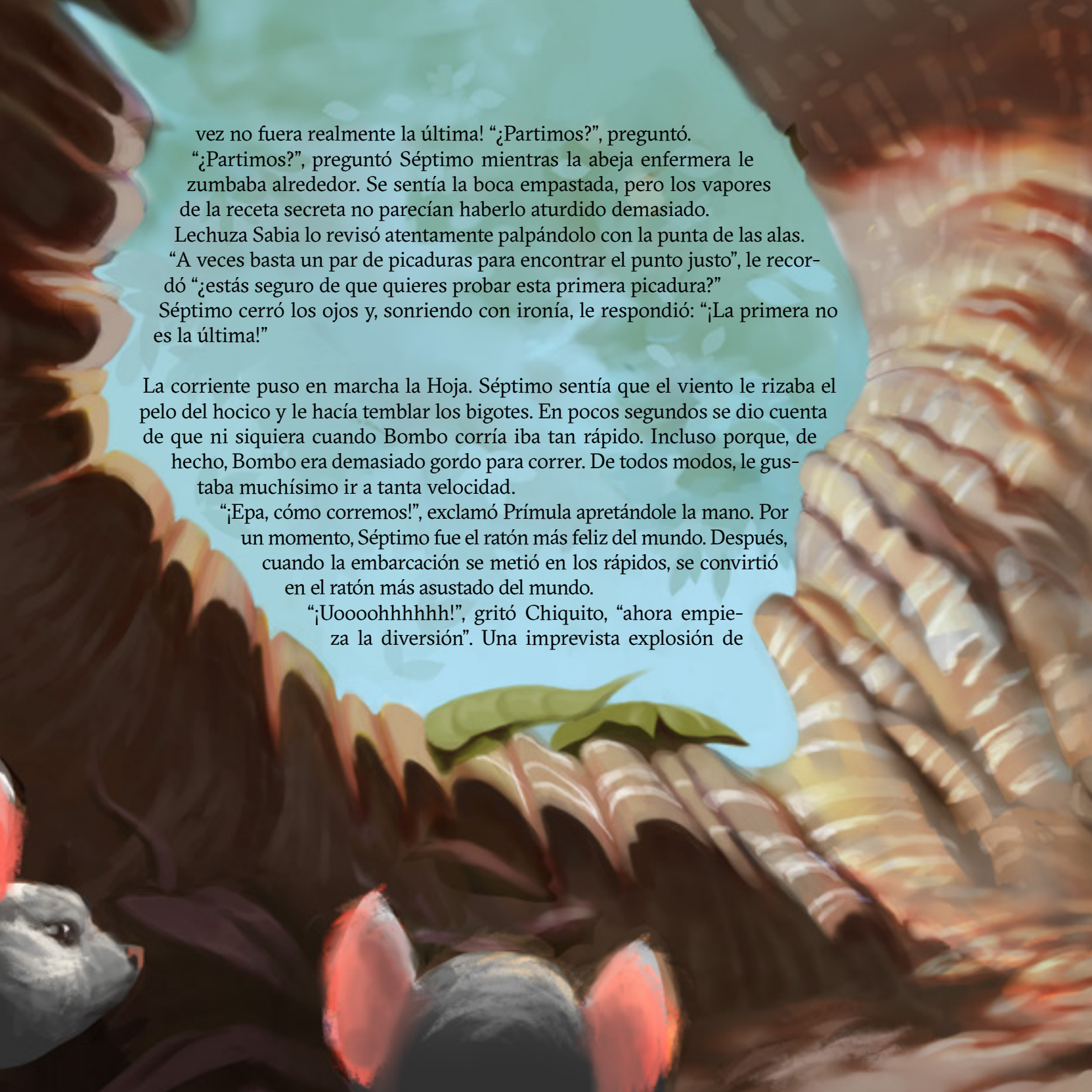
“No te preocupes, logro mantener el aire durante mucho tiempo”. Era verdad: Séptimo era muy bueno en el agua y lograba resistir sin respirar, debajo del agua, durante muchos segundos.

Prímula le apretó la patita. “¿Puedo sentarme a tu lado?”, le preguntó. “¡Yo también quiero que me salpique el agua!”

En cambio, Bombo se había sentado detrás, hundiendo de un buen palmo la embarcación.

“Quédate quieto o vas a lograr que nos hundamos antes de empezar el viaje”, dijo Chiquito. No sabía por qué había dejado que lo convencieran. Después, miró a su amigo atado a la proa. “¡Nos vamos a hundir y todo va a ser por mi culpa!”, refunfuñó. Pero después miró seriamente a Séptimo. “Ok chicos, dado que hacerles cambiar de idea es imposible, tomen los remos. ¡Bombo, no te muevas! ¿Todos tienen su bellota en la cabeza?”

Al unísono, todos respondieron afirmativamente. “Séptimo, ¿estás listo? Es tu primer descenso por los rápidos”. “¡La primera no es la última!”, dijo Séptimo cerrando los ojos y respirando profundamente. ¡Siempre y cuando esa



vez no fuera realmente la última! “¿Partimos?”, preguntó.
“¿Partimos?”, preguntó Séptimo mientras la abeja enfermera le zumbaba alrededor. Se sentía la boca empastada, pero los vapores de la receta secreta no parecían haberlo aturrido demasiado.
Lechuza Sabia lo revisó atentamente palpándolo con la punta de las alas. “A veces basta un par de picaduras para encontrar el punto justo”, le recordó “¿estás seguro de que quieres probar esta primera picadura?”
Séptimo cerró los ojos y, sonriendo con ironía, le respondió: “¡La primera no es la última!”

La corriente puso en marcha la Hoja. Séptimo sentía que el viento le rizaba el pelo del hocico y le hacía temblar los bigotes. En pocos segundos se dio cuenta de que ni siquiera cuando Bombo corría iba tan rápido. Incluso porque, de hecho, Bombo era demasiado gordo para correr. De todos modos, le gustaba muchísimo ir a tanta velocidad.

“¡Epa, cómo corremos!”, exclamó Prímula apretándole la mano. Por un momento, Séptimo fue el ratón más feliz del mundo. Después, cuando la embarcación se metió en los rápidos, se convirtió en el ratón más asustado del mundo.

“¡Uooooohhhhhh!”, gritó Chiquito, “ahora empieza la diversión”. Una imprevista explosión de



salpicaduras de agua los mojó hasta la médula. “¡Aférrense con fuerza!”, repitió. La Hoja era sacudida por la corriente de un lado para el otro. Ondeaba y se balanceaba furiosamente, mientras entraba en una parte del río lleno de espuma y de olas. “Uaaaahhhhhhh!”, gritó Séptimo exaltado. “¡Derecho al río!”

Chiquito, que esperaba haber atado a su amigo lo suficientemente fuerte, tuvo el tiempo de preguntarse qué habría sucedido si Séptimo se hubiera caído al agua. Probablemente se habría divertido inmensamente. Y, después, se habría ahogado. “¡No tendría que haberme dejado convencer!”, gritó para hacerse escuchar por encima del estruendo de los rápidos.

El barco hizo un violento trompo, los empapó nuevamente y retomó velocidad. “¡Uahhhhhhhhhhhhhhh!” “Uooooohhhhhhhhhhhhhhh”.

Solo Bombo no gritaba. Acurrucado en popa, dado que nadie lo veía, podía tener los ojos cerrados, rezar algunas oraciones al Dios de los ratones y esperar a que todo terminara pronto.

Y pronto terminó, por lo menos el tramo de los rápidos. Después, aun antes de ver la cascada, sintieron su fragor.

“¡Está bien, ahora remen!”, les ordenó Chiquito. “Tenemos que posicionarnos debajo de aquellas raíces a la derecha, de modo que tomemos el Salto de la

Langosta exactamente de proa, ahí donde la velocidad es mayor”.

El Salto de la Langosta. Séptimo tenía miedo. “Un ratón que no camina, ¿puede saltar?”, se preguntó.

Prímula estaba a su lado, pelo contra pelo, y remaba totalmente concentrada. Chiquito le estrechaba los hombros. Bombo remaba y rezaba: ¡SCHUFF! “Te lo ruego.” ¡SCHAFF! “¡Déjame sobrevivir!”

“Un ratón puede saltar”, dijo Séptimo decidido. El barco giró sobre sí mismo en dirección a la orilla derecha, se metió debajo del techo de raíces, para luego realizar el último viraje hacia la cascada. “¡Un ratón puede volar!”, le gritó su mejor amigo al oído. “¡Tiren los remos!” Y durante un tiempo largo la Hoja se levantó por los aires, suspendida arriba del Salto de la Langosta. Como es sabido, todo lo que vuela y no tiene alas está destinado a precipitarse, y así fue para los cuatro ratoncitos y su embarcación. Cayeron a lo largo de la cascada zambulléndose de cabeza. El barco se metió en el agua y Séptimo sintió que lo arrastraba la masa espumosa del lago. Descendieron en medio de las burbujas algunos metros y luego, como un tapón de corcho, subieron a la superficie, irrumpiendo por fin de las aguas.

“¡Estoy vivo, estoy vivo!”, pensó Séptimo. El salto había sido tan violento que le hizo perder el casco de bellota.



El barco procedió por algunos metros en las aguas de nuevo plácidas hasta cuando, perdido el impulso, se dirigió cansado hacia una playita cercana.

Estaban totalmente empapados. Séptimo empezó a reírse un poco, todavía atado a la proa. Mientras escupía agua, empezó a reírse cada vez más fuerte, con gusto. Al rato se reía exageradamente, siempre con poco aire, como si tuviera un grillo que le cerraba la garganta.

“Oh no, no te rías así”, le dijo Prímula. Pero ella también comenzó a reírse a carcajadas, contenta por haber sobrevivido y contagiada por las graciosas risotadas del amigo.

“Respira, respira”, le dijo Chiquito riéndose, también él sin poder contenerse. “Tu madre me va a matar si mueres sofocado después de haber sobrevivido al Salto de la Langosta”. Después, el barco empezó a balancearse furiosamente. “¿De nuevo rápidos?”, se preguntó Séptimo. No, era Bombo que, por fin, consciente de estar a salvo, se unió estruendosamente al coro de risas de sus amigos.

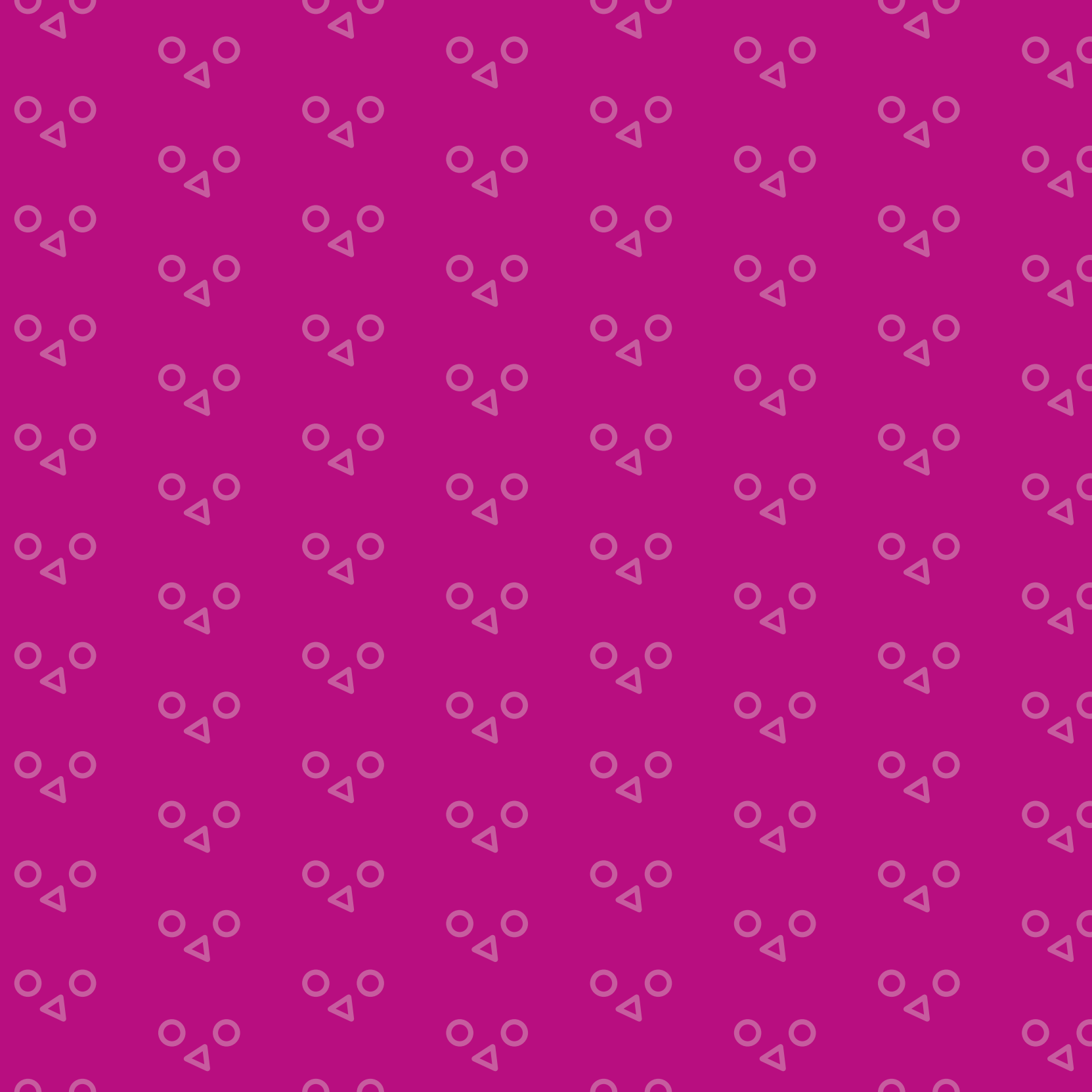
Después de algunos intentos, la abeja hizo su propio deber. Lechuza Sabia la había guiado con mano experta, pero la espalda del ratoncito había visto tiempos mejores. “Lo logramos”, le dijo dulcemente, entreabriendo las

alas con las que había cubierto al pequeño ratón albino.

Mamá y Papá Blanquini corrieron a su lado. “¿Cómo estás?”, le preguntaron. Séptimo todavía tenía los ojos cerrados. “¡Por Dios, ha muerto!”, exclamó Mamá Blanquini.

Esa exclamación desconsolada era tan exagerada que Séptimo no pudo dejar de largarse a reír. Con respecto al Salto de la Langosta, la picadura para la nueva medicina había sido un paseo y el terror de su madre le resultaba absolutamente fuera de lugar. No quería reírse de ella, pero más ella se preocupaba, más él se reía con gusto. También sus amigos, a mala pena lograban contener las risotadas, sobre todo las graciosas expresiones de Séptimo que trataba de reírse sin mover la espalda ya que recién había recibido la picadura. Se le acercaron y Chiquito incluso lo abrazó. “Mi Cielo enloqueció”, dijo Mamá Blanquini, que todavía temblaba.

“En efecto”, comentó Lechuza Sabia, que había divisado a una lagartija que se calentaba al sol y, de golpe, sintió hambre. “Raras veces he visto pequeños tan sanos mentalmente como Séptimo”. Y entre risotadas, Séptimo se preguntó si la confianza de Lechuza Sabia no era excesiva, dado que ya estaba programando con sus amigos un descenso desde el gran arce con un paracaídas de hojas... ■



.9 Un partido con cerezas.

Fábula para niños, niñas y adolescentes con AME y para quienes quieran leerla o que alguien se las cuente.

Un gracias especial a Aurora por la idea de la "silla de ruedas de hojas".



Durante el recreo, todos los caracoles jugaban con las cerezas. Al fin y al cabo, eran frutos que, sin el carozo, tenían una forma bastante redonda. Algunos las cabeceaban usando sus antenas; otros se las lanzaban

a sus amigos. Algunos las hacían rodar y otros disfrutaban rodando sobre ellas. Algunos, incluso, se las comían, ya que las más maduras eran jugosas y dulces. Para algunos caracoles más pequeños, esas cerezas eran demasiado grandes, por lo que, jugar con ellas, se volvía una empresa realmente imposible; entonces las tocaban, las observaban y las olían. Si ustedes fueran caracoles, les aseguro que tocar el mundo con sus antenas les produciría un enorme placer. Tener hojitas, hongos esponjosos, piñas rugosas, todo formaría parte de sus interesantes y cada vez más audaces exploraciones. Pero Romina estaba sentada en una silla hecha con hojas y ramitas de sauco y tenía las antenas débiles. Para ella, a pesar de ser la más grande de su clase, tocar las cerezas y jugar con ellas era imposible. Obviamente podía mirarlas, pero no era lo mismo, como podrán imaginarse. Esa semana los caracoles de la escuela



habían inventado un juego nuevo: se lanzaban y pasaban las cerezas, divididos en equipos. El objetivo era hacer un gol, es decir mandar la cereza al arco, cuya red era una telaraña. Si este juego les recuerda otro, no se equivocan: era igual al fútbol y, como el fútbol de los niños humanos, a los caracoles les gustaba muchísimo.

Romina miraba jugar a los demás que, para ser sinceros, un par de veces habían intentado incluirla. Pero había surgido una discusión sobre cómo cambiar las reglas, que no había terminado para nada bien. Por eso, cuando los otros caracoles corrían rápidamente (o sea todo lo “rápido” que puede correr un caracol...), a ella le tocaba quedarse mirando, desconsolada. También esa tarde había sucedido lo mismo y Romina ni siquiera se había quejado. Se estaba acostumbrando, y esto, si quieren saber lo que pienso, es mucho peor que sentirse excluido.

Fue por ese motivo que saltó desconcertada cuando Enebro, un caracol de la especie amarilla, le dijo: “¿No vienes a jugar con nosotros?”

“¡Gup!”, respondió Romina, tomada por sorpresa.

“¿Qué te pasa?”, preguntó Enebro observándola con sus antenas.

“¡Me sorprendiste!”, admitió Romina, “¿por qué no estás corriendo detrás de las cerezas?”, le preguntó.

“¿Por qué no corres tú también?”, subrayó Enebro con curiosidad. Romina pertenecía a otra especie y pasaban juntos sólo los recreos.

“Yo tengo las antenas débiles, así que, en vez de jugar, miro la luna. ¿Ves? Se equivocó y apareció en el cielo aun cuando todavía es de día”.

“Oh”, dijo Enebro como si fuera lo más natural del mundo. “No me había dado cuenta”.

“¿De la luna o de que mis antenas son débiles?” “¿De las dos cosas!”

Romina sonrió ante la simpática respuesta. ¿Cómo era posible que Enebro no se hubiera dado cuenta de que sus músculos eran débiles? Realmente era un misterio. ¡La silla de hojas no era precisamente invisible! “¿Quieres jugar al fútbol conmigo?”, le preguntó entonces, inspirada.

“¿Pero no era que tenías las antenas débiles?”

“Ehhh, ... ¿y qué tiene que ver? Yo juego al fútbol de un modo especial”.

“¿O sea?”

Romina infló las mejillas y dijo: “la cereza es arrojada desde la otra parte de la cancha con un tiro importante. Enebro salta sobre uno de los hongos del sotobosque y, gracias al rebote, se levanta bien alto en el aire parándola con el pecho. Da una cabriola, luego otra, y por último arroja el balón en el campo adversario. ¡Increíble! Aterrizo sobre su caparazón y, haciendo una pirueta le hace una seña a Flor Silvestre, su compañera de equipo. Corre, le dicen sus antenas”.

“Juegas-relatas el partido”, le dijo Enebro. Romina estaba desorientada: “Flor Silvestre sale corriendo, pasando por entre los caracoles adversarios. La cere-

za salta hacia el arco del equipo contrario y los caracoles de la defensa están a punto de interceptarla. ¡No llegará a tiempo! Por eso se cierra en su caparazón, se empuja hacia adelante con la cola y rueda a través de toda la cancha”. Enebro sacudió las antenas: “pero eso es imposible”.

“Cuando juegas-relatas un partido, todo es posible”, afirmó Romina y luego agregó: “Flor Silvestre aferra el balón alcanzando a los caracoles de la defensa. ¡Strike! Manda a los adversarios al área como tantos jugadores y le pasa la cereza a Enebro que, mientras tanto, ya está cerca del área, listo para el tiro. En ese punto, inesperadamente...”

“¿Qué pasó?”

“Inesperadamente...” Romina buscaba inspiración. No era fácil inventarse “un partido, así como así” diríamos nosotros los lobos, o como dicen los caracoles “en el espacio en el que una cochinilla vuela de un diente de león a otro”. “¡Inesperadamente un escarabajo de esmeralda le arranca la cereza de las antenas!” “¡Déjala, maldito!”, exclamó Enebro. Él era uno de los que se dejaban atrapar por las bellas historias, eso era claro.

“Entonces Enebro da un salto y aterrizaba sobre las espaldas del escarabajo. Se mantiene firme, pero corre el riesgo de caerse al menos dos veces. El maldito insecto zigzaguea por el campo. Desarma el juego de los equipos tumbando los caparazones de los más pequeños. ¡Déjala!, grita Enebro. El escarabajo,

desesperado, gira sobre sí mismo y vuelve hacia la zona de marcación”.

“¡Déjala, maldito!”, repitió Enebro.

La cereza cae precisamente en ese momento, exactamente frente al arco del equipo adversario...”

“¡Flor Silvestre, es tuya!”

“Flor Silvestre toma el balón, descarta a uno de los últimos defensores, carga una de sus antenas y...”

“¡Gol!”, exclamó Enebro. “¡Flor Silvestre lanza la cereza con un tiro rasante, que entra en el arco adversario! ¡Gooooooooool!”

“Exacto”, comentó un poco decepcionada Romina. No pensaba que el partido fuese a terminar tan rápido; ella había imaginado a una lagartija como arquero. “Uno a cero para los Caracoles de Tierra”. Estaba triste porque ahora que la historia se había terminado Enebro iba a irse a jugar. Mientras tanto, otros caracoles, entre los cuales, precisamente, Flor Silvestre, se habían acercado atraídos por el alboroto de Enebro: “yo nunca hice un gol, ¿qué estás diciendo?”, preguntó. “Y no saben lo mejor”, agregó reanimándose Romina. “Es decir, qué pasa cuando los Escarabajos de Esmeralda deciden desafiar a los Caracoles de Tierra a una revancha”. Enseguida un grupito de caracoles empezó a escuchar con interés el juego-relato de Romina. El caracol tenía tantas ideas en la cabeza como las abejas que caben en un panal. ¿Era posible que no lo supieran? En el musical de las cigarras del año, el partido nocturno había sido jugado antes

contra las luciérnagas de Campo Florido. ¿Y aquella vez que el Viento de la noche había soplado con tanto ímpetu que les permitió jugar entre las nubes? ¿Realmente no lo recordaban? Se había jugado un partido con las termitas de Fuerte Hueco en el gran Estadio de la Selva. Había sido un gran éxito celebrado durante muchos años. Y aquella vez en Fondo Barroso, ¿cómo olvidarlo? Los renacuajos habían sido capaces de dominar las cerezas a lo largo de todo el estanque. Lo hermoso de las historias de Romina era que también los otros caracoles podían participar. De hecho, no era celosa. No hablaba solo ella. Al menos, no todo el tiempo. Cualquiera podía agregarse y, entre un partido verdadero y el otro, decidir jugar-relatar un nuevo y extraordinario torneo. Finalmente, como sucede con todo lo bello, la pausa llegó a su fin. La maestra sopló tres veces en una raíz de abedul. Unos instantes después iban a tener que entrar en sus respectivas aulas. Muchos caracoles se fueron y solo Enebro se quedó en el prado junto a su nueva amiga. “Fue divertido jugar-relatar contigo”, le dijo él. Romina le sonrió incómoda. “Después de todas estas historias, ¿sabes lo que me gustaría hacer ahora?” Ciertamente Romina no quería que le diera un beso. Los caracoles eran babosos, ¡imagínense entonces cómo podrían ser sus besos! Así, con los labios

fruncidos, preguntó: “¿Qué?”

“¡Jugar contigo un verdadero partido de fútbol!”. Entonces la llevó hasta el centro de la cancha, con la silla de hojas que crujía cada vez que sus ruedas giraban. Enebro recogió una de las cerezas más rojas. “¡Es demasiado pesada!”, le advirtió Romina.

“Las historias que has contado han despertado en mí el deseo de jugar contigo”.

“Sí, pero esa cereza pesa demasiado”.

“¿Estás lista para el pase?”

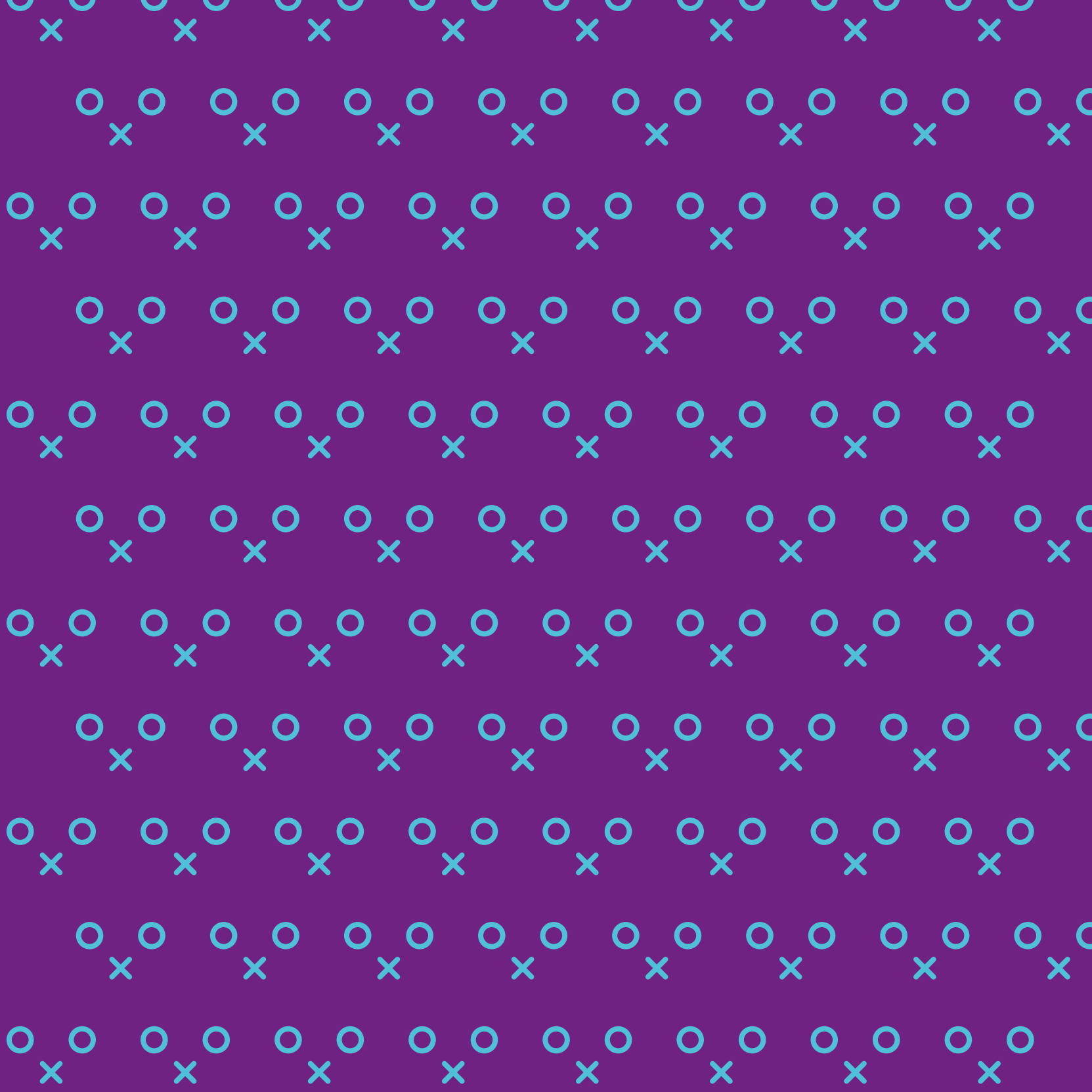
“¡No, no lo estoy!”

Enebro lanzó la cereza muy alta, tan alta que Romina tuvo tiempo de imaginársela caer sobre su cabeza, romperse y ensuciarle todo el caparazón de jugo de cerezas. Después se imaginó que la afeerraba en el aire, que encontraba las fuerzas para levantarla y lanzarla lejos, incluso sobre la distraída luna que todavía los espía desde el cielo, a tal punto que se arrancó un pedacito y lo hizo caer en el estanque. Le gustaba mucho esa idea.

Pasó un segundo, después otro. La cereza no cayó sobre su cabeza. ¿Había perdido el vuelo? Un pajarito aleteó en ese momento.

“¡Ah, maldito ladrón!”, dijo Enebro.

Al final tuvieron que volver a clases, pero para Romina había sido una jornada emocionante. No había tocado el balón, pero por primera vez en su vida había jugado al fútbol con un amigo. No había quebrado la luna, pero, de todos modos, tuvo la sensación de que se había llevado un pedacito a su casa. ■





.10 Los tres hermanos Carpa.

Fábula para niños y niñas y adolescentes con AME y para quienes quieran leerla o que alguien se las cuente.



Los sapos de Pantano del Prado todavía cuentan esta historia. Croan convencidos de que es verdad, pero, si quieren saber mi opinión, es mejor no confiar demasiado en ellos. En Fondo Barroso ningún pez carpa estaría dispuesto a admitirlo, y entre todos los habitantes del Gran Estanque (incluidos los tritones), no hay ni siquiera uno dispuesto a confirmar que los ha conocido. Me refiero a los tres hermanos Carpa. Nacidos el mismo día de primavera, de la misma nidada y caracterizados por vestirse los tres iguales, los hermanos Carpa, sin embargo, tenían caracteres muy distintos. Hasta demasiado, según los sapos. Rodrigo Carpa no le tenía miedo ni a nada ni a nadie. Para él cada día era un auténtico desafío. Estaba siempre dispuesto a demostrar que era capaz e inteligente. Una vez había enfrentado

a una salamandra en una competición de matemáticas. Se sabe que las salamandras tienen una inclinación natural hacia las tablas y las fracciones, pero Rodrigo, como de costumbre, había logrado ganarles.

Amadeo Carpa, en cambio, era un soñador. Era capaz de escuchar las historias de las viejas tortugas durante horas y horas. No sobresalía en nada, pero era bastante bueno en todo. Esto, obviamente, le molestaba. El problema es que se perdía siempre en sus numerosos proyectos, como cuando había decidido cultivar nenúfares junto a las culebras o había tratado de abrir una guardería para los renacuajos. Cuántas noches pasadas fantaseando proyectos, pero al final sin haber concretado ninguno.

Ulises Carpa vivía siempre insatisfecho. Tenía una buena autoestima, pero al final tenía la sensación de que valía menos que una anguila. Si bien con los años se había convertido en un pez carpa con una panza prominente, toda-

vía se sentía un pececito, lleno de miedos e inseguridades. Envidiaba todo de sus hermanos y, a menudo, suspiraba solitario en el fondo del lago.

Cuando un sapo de Pantano del Prado cuenta esta historia no deja de admitir que, de hecho, en una cosa, lamentablemente, los tres hermanos se parecían. Los tres eran débiles nadadores y las aletas desflecadas con las que habían nacido no les permitían ir adonde les hubiera gustado. Para Ulises, vaya y pase, pero para Rodrigo esto significaba un verdadero sufrimiento. Además, para Amadeo esa debilidad era una auténtica prisión: ¿cómo podía conciliarla con su curiosidad?

Los tres hermanos Carpa vivían en el Gran Estanque cerca de Fondo Barroso y ayudaban a su madre a administrar los campos de plecópteros y el correspondiente self-service para peces. En esa cómoda ensenada de aguas tibias y sin correntadas, numerosos viajeros provenientes del lago que se encontraba en el valle se detenían a pasar la noche. En esas ocasiones Amadeo se armaba de un buen botín de historias de aventura. En esas hermosas noches, por ejemplo, había escuchado hablar del equipo de los ratoncitos que se había tirado en paracaídas desde la cima del Gran Arce (o el árbol que fuera) o sobre los Caracoles de Tierra que les habían ganado a los Escarabajos Esmeralda

un partido de fútbol con cerezas. A los hermanos Carpa les habría gustado encontrar esas cerezas porque no sabían qué tipo de animales eran.

Precisamente, en una noche de verano muy calurosa, cuando el agua del estanque parecía un plato de sopa, por primera vez escuchó hablar del Velo Misterioso. Un viejo pez Pérsico pirata, tuerto de un ojo, cuyo traje demostraba que había librado varios combates, les había contado esta historia. Fue necesario que el buen Amadeo le rogara muchísimo para convencerlo de que largara prenda. Al final, aquello de lo que los tres hermanos Carpa se enteraron, les cambió la vida, y no precisamente para mejor.

Los sapos aseguran que conocen las palabras exactas que pronunció Pérsico. Lo imitan con voz ronca y rasposa, pero no sé decir si esto refleja fielmente el modo de hablar de un pirata; con los sapos nunca se sabe. “Siguiendo el barranco irregular hasta el valle turbio y nadando solitarios durante muchas horas, desde el fondo del lago se eleva de repente una nube de centelleantes Mariposas de Agua”, dijo. Quien se detiene demasiado en esas aguas podría ser capturado por una corriente fría y despiadada, que te succiona cerca de una gruta. Allí es donde luché por mi vida, hechizado por el Velo Misterioso. Más que esto no les puedo decir”. Se necesitaron cien gramos de plecópteros para



que los hermanos Carpa lograran hacer que el viejo retomara el relato: “el Velo Misterioso me atraía hacia él. No podía evitarlo, sentía que era irresistible. Era aquello contra lo que tenía que luchar. Era el sabor de la vida, tal como iba a vivirla. Del otro lado del Velo, en la gruta, veía deslizarse escamas y burbujitas. Lo toqué con mi aleta y, durante un instante, creí que quería atraparme. Tuve que decidir qué hacer y les aseguro que fue la opción más difícil de mi vida”.

El rol del pez tuerto concluyó con el epílogo de su descabellada historia y ningún sapo cuenta qué fue de él. Durante los días siguientes, los tres hermanos comentaban con curiosidad lo que les había contado el viejo Pérsico. “Yo digo que deberíamos ir a descubrir si es verdad, dijo Amadeo Carpa. “Nunca conocí a alguien que haya nadado tan lejos” y silbó admirado una larga fila de burbujitas.

“¿No será peligroso? Quiero decir... nosotros con nuestras aletas... podríamos cansarnos. Y si la corriente es fuerte...”, interrumpió Ulises Carpa asustado.

Amadeo le guiñó el ojo a Rodrigo: “si realmente ese tramo del lago esconde un campo de Mariposas de Agua, podría ser la ocasión para hacernos un festín. Además, seríamos los primeros en explorar la gruta después del viejo Pérsico”. Sin lugar a dudas, Amadeo sabía adónde quería llegar.

“A lo mejor le pondrán nuestro nombre: la gruta de los Carpa”, dijo vanidoso Rodrigo. Ya había mordido el anzuelo.

“En realidad, parece que ya está habitada por alguien”, razonó Ulises, “no seríamos los primeros, es verdad, por lo tanto, olvídate de tus sueños de gloria. Quién sabe qué nos quiso decir con la historia del Velo Misterioso. Me puso la piel de gallina”.

“Habrá comido demasiadas Mariposas y el resto lo habrá soñado. No le tengo miedo a los sueños, ni siquiera cuando se convierten en pesadillas”, afirmó Rodrigo. Amadeo Carpa se sentía realmente fascinado por el Velo Misterioso: una fuerza irrefrenable y desconocida capaz de darle valor a la vida. Despertaba en él emociones profundas, ambivalentes. Por un lado, quería desvelar el secreto; por el otro, lo temía porque se daba cuenta de que habría podido cambiar su vida. De todos modos, hablar del rico campo de Mariposas había sido muy útil, incluso para convencer a Mamá Carpa de que les diera el permiso para enfrentar la expedición. No es posible partir hacia una aventura sin la aprobación de la propia madre, sostenía Amadeo. Traer a Fondo Barroso esa rica larva de Mariposas de Agua habría enriquecido la empresa familiar. A esta altura, no todos los sapos cuentan la misma versión de los hechos.

Algunos sostienen que los hermanos

Carpa partieron enseguida, revolcándose en el fondo con sus barbillas cortas y carnosas. Otros cuentan todas las astucias que Amadeo tuvo que inventar para convencer al asustado Ulises, incluida la vez en que escondió en el barro el anillo encantado que su hermano quería regalarle a su enamorada. Ulises había declarado que solo iba a partir hacia el campo de Mariposas si el Dios de los Cetáceos le daba la gracia de encontrar el anillo y Flora, su amor, aceptaba casarse con él. Obviamente, fue justamente Amadeo quien hizo que encontrara el anillo, involucrando en la aventura a un tritón, una decrepita tortuga y un par de anguilas... pero esa es otra historia.

Muchos sapos cuentan que fue Rodrigo Carpa quien preparó la expedición, compró los mapas del fondo del lago y organizó pragmáticamente las provisiones y los lugares donde iban a descansar. En cambio, uno de los sapos más cubierto de granos que he visto en mi vida asegura que fue el mismo Ulises Carpa quien quiso organizar el viaje: de este modo, habría evitado que sus distraídos hermanos, uno por vanidad, el otro por demasiada fantasía, se perdieran en detalles inútiles. Lo que más influyó sobre él habría sido la gula por las Mariposas, capaces de hacerle venir el agua a la boca a la carpa más mesurada, es decir, más seria.

De cualquier manera, los tres herma-

nos Carpa nadaron en contra de la corriente, arrastrándose sobre el fondo del lago durante varios días. Seguían las indicaciones del viejo Pérsico, buscando el barranco irregular y el valle turbio. Internarse en esa parte del lago era un auténtico desafío: medio ciegos por el agua oscura y llena de barro, molestados por los bagres que los consideraban verdaderos intrusos, los tres hermanos, aunque estuvieran agotados, tuvieron que sacar fuerzas de donde fuera. Pero no se rindieron, y siguieron su camino hacia las más profundas tinieblas.

Un día, precisamente cuando Rodrigo estaba arrastrando de la barbilla al exhausto Ulises y ya habían perdido las esperanzas, un resplandor les llamó la atención. Parecía un polvillo luminoso que daba vueltas en las tinieblas. ¿Luciérnagas en el fondo de un lago? Amadeo se sintió inundado de una nueva energía: “¡las Mariposas!”, exclamó.

El viejo Pérsico había dicho la verdad. Nadaron hasta alcanzar el cardumen. No habían visto nunca nubes luminosas tan espesas. Larvas por doquier, que los tres hermanos podían comer con solo abrir la boca. “¡Se las llevaremos a nuestra madre!”, exclamó Ulises, que no veía la hora de volver a casa.

“¡Hagamos un concurso a ver quién come más Mariposas!”, propuso Rodrigo que, en realidad, ya había empezado desde hacía un buen rato.

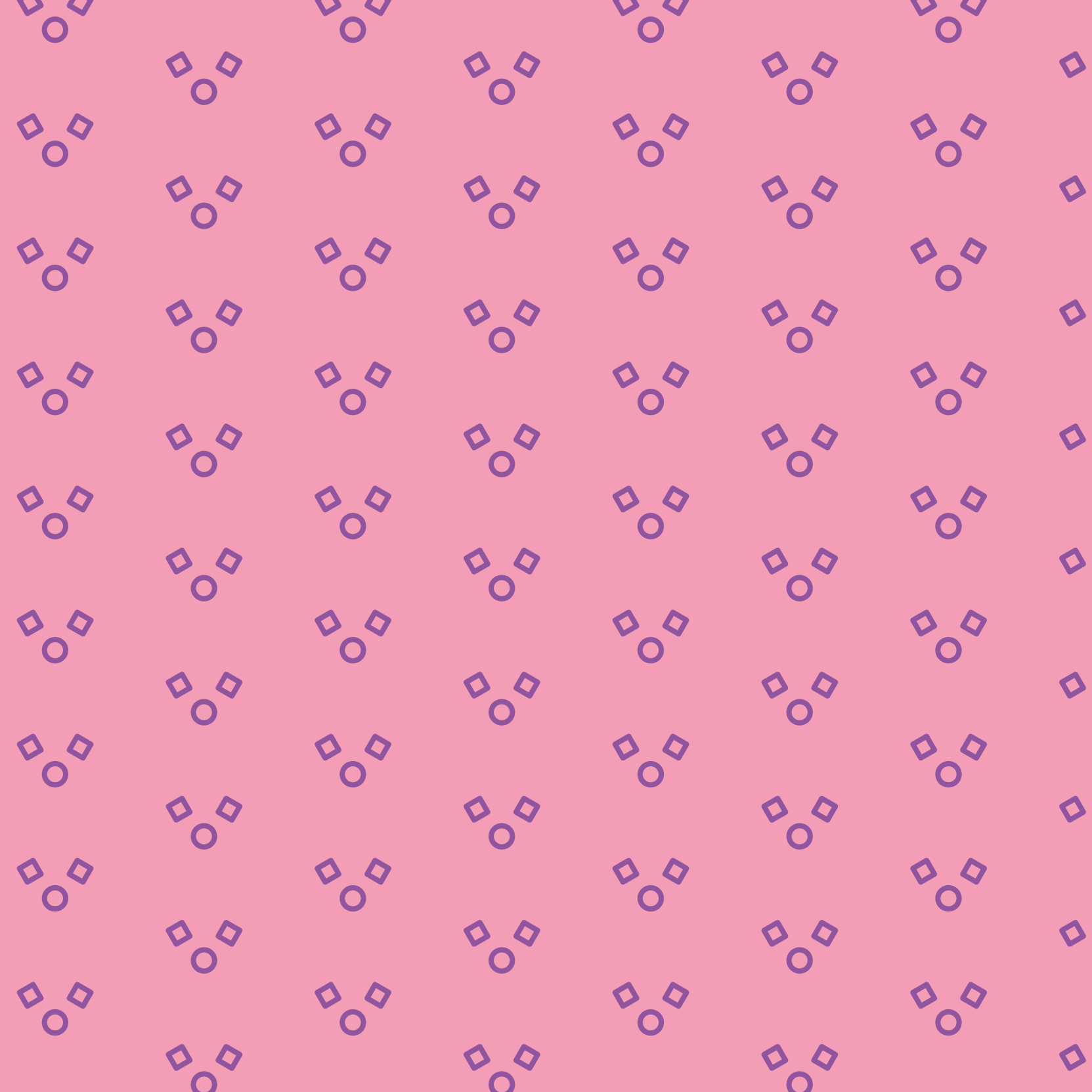
“Hermanos, ¿sienten la corriente?” Amadeo no solo la había percibido, sino que ya se había sumergido; por lo tanto, fue arrastrado lejos, exactamente como lo había esperado. “El viejo Pérsico tenía razooooón”, gritó mientras se alejaba. “¡Wow!”, dijo Rodrigo admirado. “Nunca había visto a Amadeo nadar tan velozmente”. Y se lanzó a seguirlo, deseando ser arrastrado él también. Ulises, al contrario, lo habría evitado con gusto, pero entre la posibilidad de quedarse solo en el campo de Mariposas y seguir a sus hermanos por la corriente, eligió la segunda. “¡Espérenme!”, parece haber gritado. Fue absorbido por la corriente y, a fuerza de porrazos y remolinos, arrastrado hacia más adelante. Las burbujas lo enneguecían mientras la presión y el frío eran tales que le tapaban las branquias. Al final, las olas lo dejaron ir, haciéndolo rodar sobre una especie de fondo rocoso. Rodrigo y Amadeo lo abrazaron, entusiasmados por haber sobrevivido. Improvisaron una especie de danza festiva, hasta que se dieron cuenta de que, por debajo de sus aletas, se abría un impresionante barranco escabroso. “La gruta de los Carpa”, dijo Rodrigo. Amadeo sentía que la tensión le arponeaba la garganta como el anzuelo de un pescador. Podía ver el Velo Misterioso escondiendo parcialmente la entrada de la gruta. El agua del lago bullía, la corriente se convertía en un remo-

lino que bloqueaba el acceso. Un poco más abajo se entreveía el destello misterioso de escamas y aletas plateadas y doradas. La gruta estaba habitada, pero escondida por el Velo. Rodrigo se acercó y tocó con una aleta el Velo. “Brrrrrr, qué frío”; se trataba de una auténtica corriente imparable. Si los hubiera aferrado los habría catapultado dentro de la gruta y ya no habrían podido salir de ella. El Velo, en definitiva, era una especie de límite insuperable, más allá del cual solo existía el misterio.

Rodrigo les sonrió a sus hermanos. “No tenemos límites. Tenemos que ser valientes e ir del otro lado”, dijo.

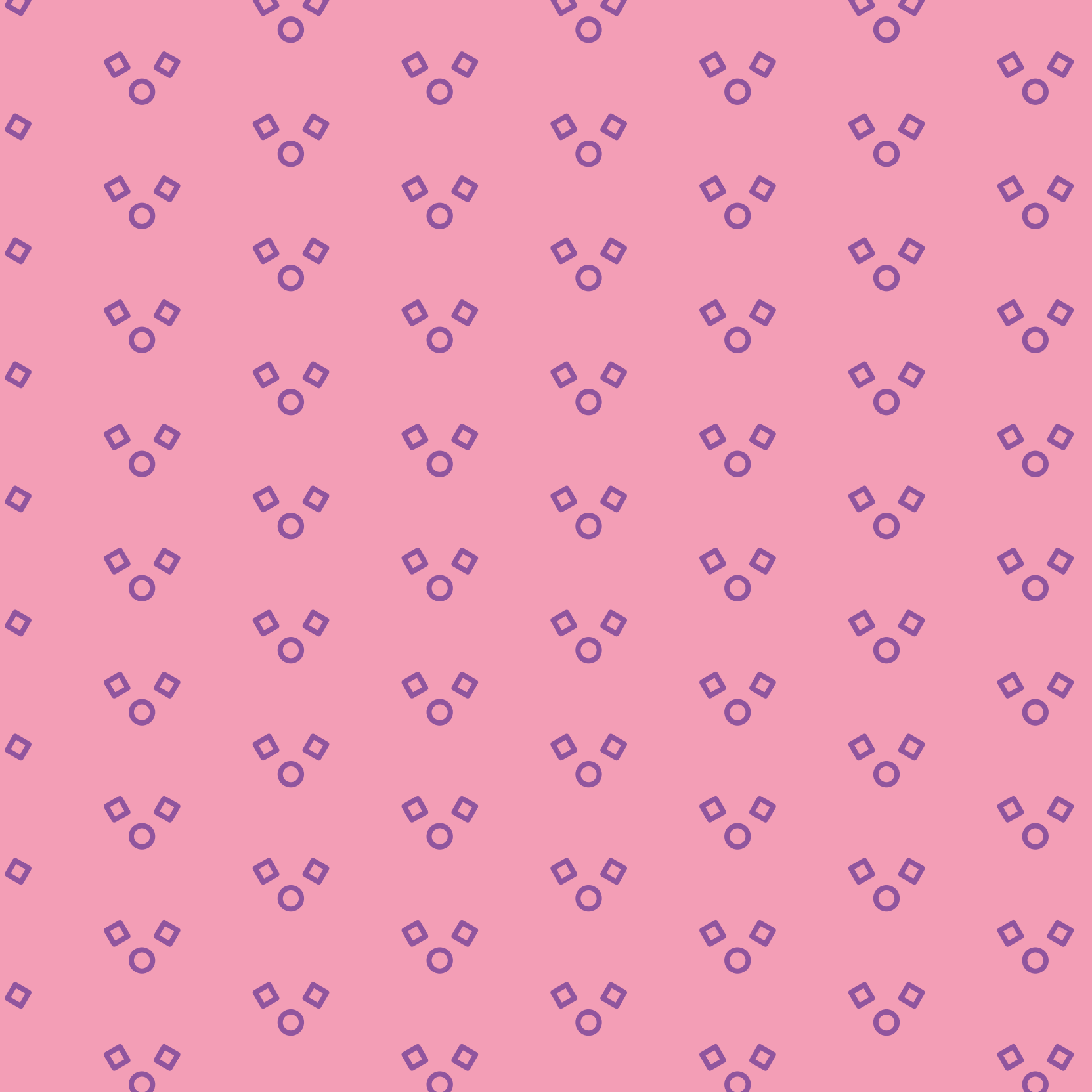
Pero Ulises no estaba de acuerdo: “Tenemos los músculos débiles y las aletas deshilachadas. Llegar hasta este punto ha sido toda una empresa. Ya hicimos bastante. Volvamos, hermanos míos”.

Amadeo dudaba porque consideraba válidas las dos posiciones. “¡Rayos!”, masculló indeciso, “creo que me equivoqué: llegamos hasta aquí por culpa de mi curiosidad y ahora no sé qué elegir”. “Sigamos adelante”, dijo Rodrigo Carpa. “Volvamos atrás”, dijo Ulises Carpa. “¿No podemos encontrar una alternativa?”, propuso Amadeo Carpa. “Las soluciones de ustedes me parecen incompletas”. Habría preferido una solución intermedia, como caminar por el hilo de una telaraña. Pero Amadeo, aunque fuera un campeón de la mediocridad, lo









cual significa valer a medias, no tenía piernas sino aletas y, en realidad, no conocía las palabras o las metáforas adecuadas para explicarles a sus hermanos lo que había querido decir.

“Bueno, si no quieres superar el límite del Velo y no quieres volver atrás, me parece que tu única alternativa es quedarte aquí”, le dijo con tono firme su hermano. Dicho esto, metió la barbilla en el Velo, sacudió sus débiles aletas, se estremeció por el frío helado y se dirigió hacia la boca carnosa de la gruta.

Los sapos sostienen que abrió de par en par los ojos por la euforia de haber traspasado el límite, pero no creo que esto sea verdad. Ningún sapo estaba allí en ese momento para saberlo e, incluso Amadeo, sólo podía ver la aleta posterior de su hermano. Después, Rodrigo tuvo un espasmo. Lo sintieron gritar “¡no acepto ningún límite!” y, por último, el Velo lo succionó. Allí donde estaba su bella aleta verdosa y deshilachada, en un momento ya no había más nada. Rodrigo Carpa desapareció en la gruta más allá del Velo y nadie, ni siquiera sus hermanos, supieron adónde había ido a parar. Alguien sostiene que la gruta lleva al torrente que cruza el Corazón del Bosque. Si Ciervo Majestuoso lo tomó consigo no puedo decirlo con seguridad. Tal vez esté nadando entre las nubes cargadas de lluvia en busca de las Mariposas que tanto le gustaban. De to-

das formas, Rodrigo no quiso reconocer el límite y, por eso, extravió el camino.

El hecho afectó mucho a los dos hermanos que se habían quedado. Durante un par de horas dieron vueltas en círculo con la esperanza de verlo regresar. Después, con el pasar del tiempo, las esperanzas fueron desapareciendo. “Yo había dicho que era un riesgo inútil”, exclamó al final Ulises. “El Velo Misterioso es realmente un límite insuperable, una pared que ningún pez con aletas débiles puede cruzar”.

Amadeo no sabía qué responder, ya que se sentía en culpa por haber arrastrado a sus hermanos a esa aventura.

“Yo me voy”, decidió finalmente Ulises. “¡Vuelvo a casa!”, exclamó, empujado por el miedo ante el Velo que se encrespaba y rugía. “¿Vienes Amadeo?” “¡No podemos abandonar a Rodrigo! Además... ¿para qué llegamos hasta aquí?”, dijo el otro.

“Entonces, ¿qué quieres hacer? ¡No voy a meter la cabeza en el Velo, no voy a seguir al loco de Rodrigo, no voy a dejarme succionar yo también!” A Ulises le costaba mucho decir lo que pensaba, pero, al final, superado por el terror, agregó: “los límites están para no ser traspasados. Regreso solo. ¡Adiós!”

Desandar solo el camino recorrido hasta allí era una locura, y Amadeo lo sabía bien. Ulises no quería saber nada. Los sapos cuentan que le echó la culpa

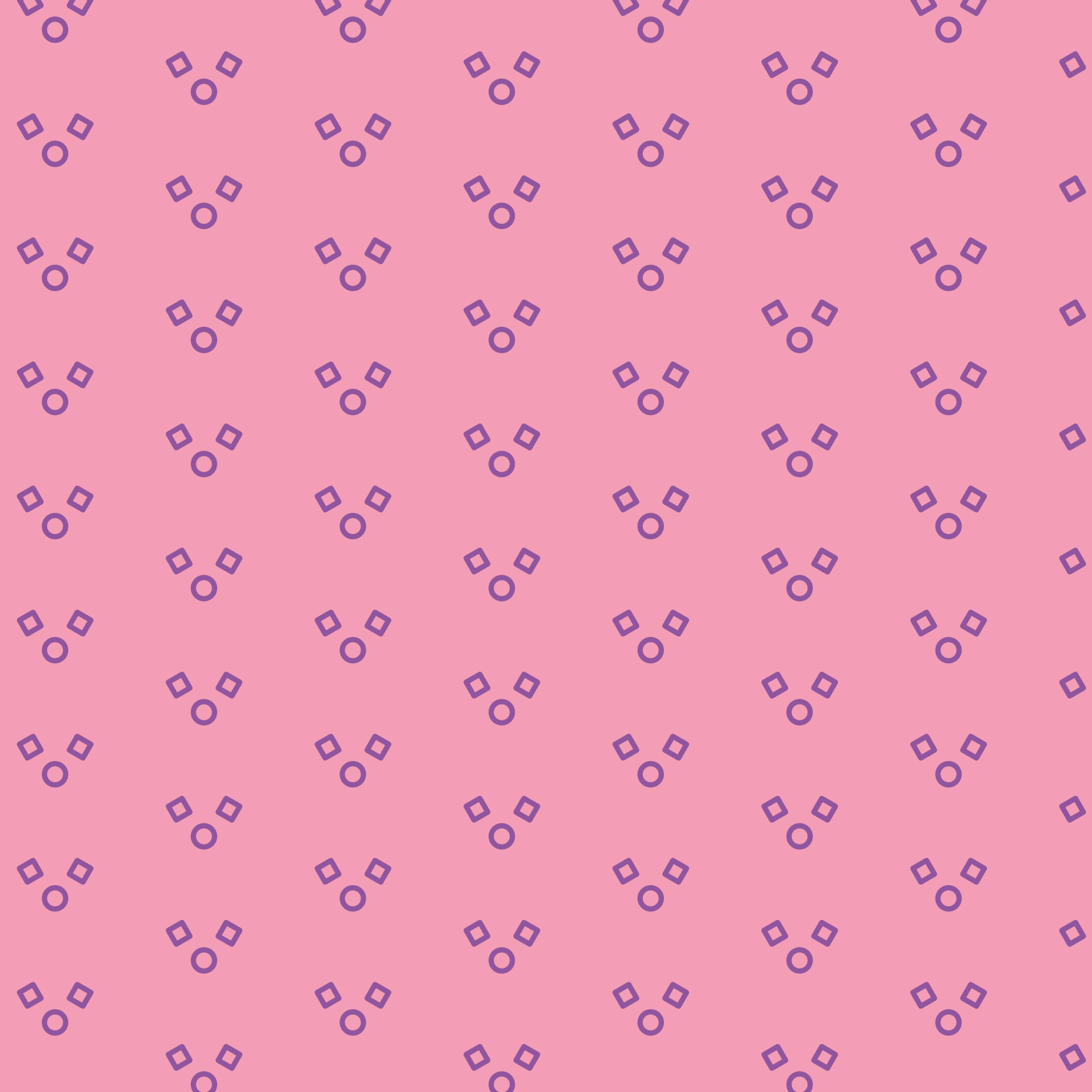
a Amadeo de lo que había sucedido (y tal vez un poco de razón tenía) y, con las aletas blandas y deshilachadas, emprendió el camino de regreso. Amadeo lo supo después de mucho tiempo, pero lamentablemente Ulises no pudo encontrar el camino para volver. Ulises Carpa se perdió en el campo de Mariposas de este lado del Velo y nadie, ni siquiera su hermano, supo adónde fue a parar. Si Ciervo Majestuoso se lo llevó consigo, no puedo afirmarlo con seguridad. Tal vez esté nadando entre las nubes cargadas de lluvia en busca de las Mariposas que tanto le gustaban. De cualquier manera, Ulises tenía demasiado miedo de los límites y, por eso, se perdió.

Amadeo, tras haberse quedado solo, se debatía sobre el destino que habría merecido. ¿Seguir a Rodrigo? ¿Volver atrás con Ulises? Ahora más que nunca le parecieron dos opciones equivocadas. El Velo Misterioso se encrespaba frente a sus ojos y parecía ofrecerle solo una opción. Como ustedes saben, Amadeo era la típica carpa mediocre, por eso tomó una decisión a medias. Decidió, sí, aceptar el límite, pero también intentar cruzarlo. *Al mismo tiempo*. Por lo tanto, metió todo el lado derecho su cuerpo dentro del Velo: media barbilla, un ojo, la aleta lateral. Pero mantuvo el resto de su cuerpo a la izquierda: la otra mitad de la barbilla, el otro ojo y ¿adivinen qué más? Sí, la otra aleta lateral. Na-

dando sobre el límite podía ver quién vivía en la gruta y, del otro lado, seguir contemplando el campo de Mariposas: Con un pequeño movimiento de la aleta posterior (y sin necesitar demasiada fuerza para hacerlo) podía balancearse hacia un lado o hacia el otro o volver a recuperar el equilibrio.

No se trató en absoluto de una opción mediocre; al contrario, enseguida Amadeo entendió que era necesario tener una gran fortaleza interior para seguir por ese camino. Por primera vez en su vida entendió que, si quería llegar a algún lado, tenía que comprometerse. Si no, habría corrido el riesgo de ser partido en dos mitades de Amadeo Carpa, uno de cada lado del Velo. Y no habría estado bien.

Los sapos croan convencidos de que Amadeo Carpa todavía vive nadando sobre el Velo Misterioso. La mitad de sus ocupaciones las sigue con su ojo izquierdo: el campo de mariposas ha sido extraído y cultivado y ahora provee de larvas gustosas el self-service de su madre. El ojo derecho ha descubierto que la gruta que está del otro lado del Velo lleva a la superficie. Muchas truchas suben por el torrente y le relatan a Amadeo Carpa las historias más increíbles. Le cuentan cómo, más allá del Bosque, el torrente se agranda espumoso hasta convertirse en un río que llega a un lugar, lejano y especial, que Amadeo solo puede imaginarse y que se llama Mar. ■





.11 Una pequeña esperanza.

Fábula para niños y niñas, adolescentes,
padres y madres en la era del cambio.

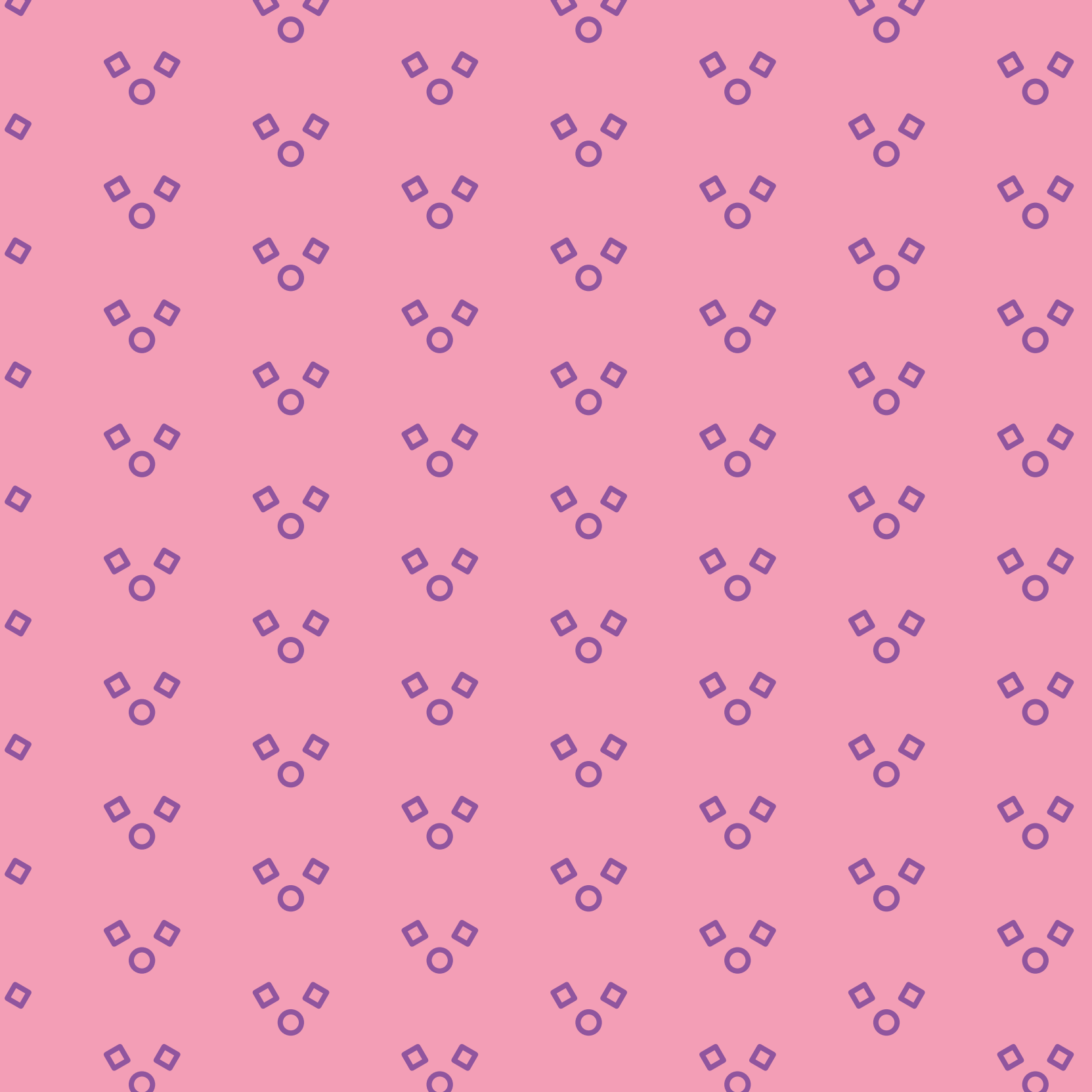
Dedicada a Denisa.



Campa volvió a llevar al nido a su hermana Rufa. La transportaba sobre el abdomen sin esfuerzo porque era, más o menos, diez veces más grande que ella. Campa era una hormiga guerrera. Habría querido abrazar a su hermana, pero las hormigas guerreras no están adiestradas para expresar sus sentimientos. De todos modos, dejó un halo de perfume agridulce para así compartir con los otros insectos de la colonia la alegría que le daba

estar de nuevo juntos, así como el temor que sentía por su estado de salud. Finalmente, llegaron al nido. Se frotaron las antenas y perfumaron el alimento que compartieron, para contarse qué habían hecho durante el día. Rufa lo hacía a través de un olor fuerte, especiado. De esa forma les comunicaba cómo se había sentido y cuánto se había aburrido en la escuela. Era la





tercera vez que repetía el año. Rufa era una hormiga obrera, pero nunca iba a poder trabajar ya que sus miembros estaban atrofiados. Había nacido así y no podía retozar como las otras hormigas. Campa pensaba que pocas cosas eran tan dolorosas como la debilidad de su hermana. De la enorme nidada en los tiempos de la eclosión solo le quedaba ella por lo que, evidentemente, ocupaba todos sus pensamientos, incluso cuando tendría que haberse concentrado en su propia labor como guerrera. Estaba programada para pensar solamente en cómo destruir, quebrar y matar a los enemigos de la colonia; sin embargo, la situación de Rufa le quitaba el empuje que necesitaba para ello. Por eso, le habían concedido una licencia de dos semanas. Ella la vivía como una especie de insulto para una hormiga que, por norma, no tendría que haber tenido ni siquiera un día de vacaciones. Esa noche se durmieron con las cabezas apoyadas una contra la otra. El perfume que salía de su nido era extraordinariamente intenso y frutado. Eso demostraba que su sueño era profundo y que su amor traspasaba las reglas de la Colonia. Campa soñó cuando, siendo adolescente, había tenido que luchar para que Rufa viviera. Las otras hormigas querían hacerle daño y llevarla a la despena mientras sentía que en el aire flotaba el olor amenazador de la violencia. Había separado sus patas posteriores y elevado sus potentes mandíbulas. La

pose y el perfume sofocante que había emanado les habían comunicado a sus atacantes que la iba a defender y que estaba dispuesta a morir en el intento. Esto hacen las hormigas por los que aman: están dispuestas a sacrificarse a sí mismas.

Habían pasado muchos años desde que, al final, la Colonia las había aceptado y el lento avanzar del tiempo también había acompañado el progresivo empeoramiento de Rufa. Por eso, Campa no imaginaba que las cosas pudieran cambiar de improviso, pero la vida, hasta las de las criaturas más minúsculas, es inesperada y se reserva problemas y sorpresas repartidos sin lógica ni mérito.

Esa mañana, justamente aquella en la que a Rufa por primera vez más le costó incluso mover las antenas, recibieron la visita más importante de sus vidas. Una de las termitas de Fuerte Hueco tenía importantes novedades para comunicarles a sus amigas. Fue recibida con una profusión de olores de cobertura para que pudiera superar las defensas de la Colonia. Después les habló a sus amigos y masajeó las antenas de Rufa mientras el perfume que expandía en el aire hablaba a las claras de cuánto era impaciente. Parece ser que, en lo más alto del Gran Arce, Lechuza Sabia había utilizado un medicamento útil para los ratoncitos que no tenían fuerzas. Campa pegó un salto. Casi los sofocó por la nube de emociones que produjo. ¿Tal vez ese re-

medio habría podido curar a Rufa?

La termita refirió que la cosa era más complicada: ese medicamento no curaba, pero hacía que la debilidad fuera menos grave, al detener el empeoramiento. Campa se hinchó decepcionada. Rufa, en cambio, de golpe se animó. Justamente ese día en el que incluso sus antenas se habían humedecido, esa esperanza le dio nuevas fuerzas. Ni siquiera sabía si podía ser curada por Lechuza Sabia. Tal vez era demasiado pequeña o demasiado tarde, pero a Rufa no le importaba. La idea de que después de tantos años hubiera por fin un medicamento para ella era una fuente de alegría.

Los días sucesivos fueron una sorpresa para Campa. Rufa estaba más enérgica, menos floja y, a fin de cuentas, más interesada en todo lo que sucedía durante el día como hacía un tiempo no se la veía. Descubrir que estaba tan llena de vida la llevó a decidir hablar con la escuela: quería hacerle cambiar de sede. Si la medicina habría funcionado, más adelante Rufa iba a poder trabajar y, por lo tanto, le servía terminar los estudios. Esta idea era algo nuevo y extraordinario. Para una hormiga guerrera como Campa, acostumbrada a obedecer y combatir, un cambio tan rápido era increíble.

Después de unos días de inédito optimismo, Rufa se convenció y le pidió a su hermana el permiso para salir de la Colonia. Quería remontar la rugosa corteza del Gran Arce para encontrar-

se con Lechuza Sabia, confesándole los miedos y la vergüenza que siempre la habían segregado en el nido. La escalada iba a ser un auténtico desafío, pero para Rufa valía la pena. Ahora que había un medicamento tenía que correr el riesgo de salir y mostrarse ante los otros insectos y el mundo entero.

Organizar una expedición hasta Fuerte Hueco no era algo simple. Iba a requerir mucho coraje y fuerza ante los problemas. La vida de Campa y Rufa, marcada por la resignación, había transcurrido siempre igual, pero ahora un viento nuevo traía un perfume desconocido, diferente, desafiante. Las cosas tenían que cambiar.

Para llegar al Arce, Campa iba a tener que renunciar para siempre a su rol de guerrera. No fue una decisión fácil, pero al final se convenció: no podía abrazar a su hermana, pero por su bien podía incluso ir contra las reglas de la Colonia. Dejó un largo y picante halo oloroso: por un lado, partían hacia lo desconocido, alejándose del camino ya recorrido, por el otro podía pensar que iban a estar juntas por mucho más tiempo del que habían esperado.

¿Qué había cambiado? El futuro tenía un nuevo potencial, una -si bien mínima- posibilidad. Por fin era posible pensar hacia adelante.

No hay dudas. La esperanza, incluso la más pequeña que habita en el corazón de las criaturas más diminutas, puede producir grandes milagros. ■



.12 Azul.

Fábula para niños y niñas, adolescentes con AME y para quienes quieran leerla o que alguien se las cuente.

Un agradecimiento especial a Simona.



¿La ven? Está en la sombra, se arrastra sin hacer ruido, como un suspiro entre las raíces de los árboles.

Pero, ¿la ven?

A Viperina no le gusta estar al sol.

Lentamente, anillo tras anillo, escama tras escama, serpentea a lo largo del canal y, con la ayuda de una providencial bajada, desaparece definitivamente.

Viperina es especial. No porque tiene los músculos débiles y le cuesta levantar la cola, no, no es especial por ese motivo. Viperina es especial porque sabe pintar muy bien. No es muy común ser una víbora pintora, ¿saben? Ella prefiere a Degas y, si tuviera bastante resistencia, pintaría tutús todo el día.

Por lo menos, así lo había afirmado el

año anterior, cuando cursaba la escuela primaria. Recién había ganado el primer premio, “Pichones pintores”, y la Urraca había decidido entrevistarla para la *Gaceta del Bosque*. Viperina en ese momento había sido muy amable y había respondido a todas esas estúpidas preguntas sonriendo. Demasiado amable, confesó unos meses después. “¡Mamá, nunca sabes si te premian porque tienes talento o porque tienes los músculos débiles! ¿Qué premio sería ese, eh? Te premian porque tienes mala suerte”.

“¡No tienes mala suerte!”, había exclamado su madre.

“Soy la única de los tres hermanos que serpentea con dificultad. Vamos mamá, tengo mala suerte, al menos tú puedes admitirlo”.

La madre, que era un áspid de una sola pieza, había hecho silbar la lengua.

“Psssss... pero sabes pintar...”



“¡Mamá!”

“Psssss...” suspiró la pobre serpiente; “Ok, con respecto a los músculos, has tenido mala suerte, pero con respecto a lo demás...”

“¡Lo demás no me interesa!”, había dicho Viperina y, aprovechando una pendiente, se alejó lo más rápido posible.

No era verdad que el resto no le interesara. A Viperina le gustaba dibujar y, además, le encantaba observar, con sus brillantes pupilas verticales, a los habitantes del Bosque. Podía pasarse horas inmóvil, sin ser vista, examinando a las charlatanas ardillas o el ir y venir acelerado de las liebres. A Viperina también le gustaban las lagartijas y los ratoncitos. Los devoraba enteros extasiada, mientras disfrutaba de su sabor ácido. Una de las más grandes pasiones de Viperina eran los colores. Desde pequeña sabía reconocer solo los primarios, pero ahora los conocía a todos, desde el ámbar hasta el violeta berenjena, pasando incluso por los más difíciles de reconocer para una víbora como el perlado y el azul violáceo. Sabía crear los colores con hierbas y polvillos y, obviamente, los usaba en sus cuadros. En fin, a Viperina le gustaba estar sola. Podía arrastrarse entre las piedras del

torrente durante horas y horas, en compañía solo de ella misma y de sus pensamientos.

A su madre esto le preocupaba mucho, ya que, obviamente, habría querido que su hija tuviera amigas de su misma edad, ¿por qué no? Viperina, en cambio, silbaba molesta: “Mamá, ayer salí con mis amigas. ¿Por qué hoy no puedo ir al campo sola?”

“¡Sola, sola, siempre sola! ¿No puedes ser como tus hermanos, que están siempre todos enredados entre sí?”

Justamente, si había algo que a Viperina le gustaba poco, eran los abrazos, los melindres y las falsedades, no necesariamente en ese orden. Tampoco le gustaban las cochinillas, los pomelos y la rúcula. Obviamente, detestaba tener los músculos débiles. Desde hacía algunos meses, toda la historia de la Atrofia le gustaba menos aun porque había descubierto que ya no tenía fuerzas para pintar como quería. “Lechuza Sabia fue clara: cuanto más grande seas, tus músculos más se debilitarán”, le había repetido su madre trescientas veces aproximadamente solo en el último mes. Viperina lo sabía, siempre lo había sabido, pero tener que elegir plumas más livianas para poder pintar había sido un golpe muy duro. Su cola maciza, en

una época fulminante y certera, se había vuelto lenta y débil. “¿Cómo se hace para pintar con una cola lenta y débil?”, se quejaba. Igual lo intentaba, pero el resultado le parecía lamentable.

“Podrías pintar con la boca”, le había sugerido Astrid, una compañera de clase. Era una víbora con la cola de color anaranjado brillante, siempre amable con todos. “Obviamente, es fácil ser amable cuando también se es bella; es natural ser ambas cosas al mismo tiempo”, decía Viperina.

“Pero eso qué tiene que ver con la pintura?”, había respondido Astrid.

“¡Yo no quiero pintar con la boca!” Viperina estaba muy enojada. ¿Por qué tenía que hacer algo que le gustaba hacer de forma diferente a los demás? ¿Alguna vez alguien había escuchado que su maestro de pintura hubiera pintado con el pico? ¿No, su maestro de pintura pintaba con la cola, como los zorros o los caballos! Incluso los perros de la granja, que no tenían talento para las artes gráficas, si hubieran sido obligados a pintar,

lo habrían hecho con la cola. ¿Por qué entonces ella, Viperina, a diferencia de los demás, tenía que pintar con la boca? Rumiaba justamente sobre este tema, pensando que tal vez habría tenido que elegirse otro hobby, cuando “¡TONG!”, se golpeó la cabeza contra la de un colúbrido. Como le habían enseñado en la escuela, se trataba de una víbora. Bella y, además, robusta.

“¡Hola!”, le había dicho ella con voz fuerte y segura. “¿Adónde te arrastras toda serpenteante?”

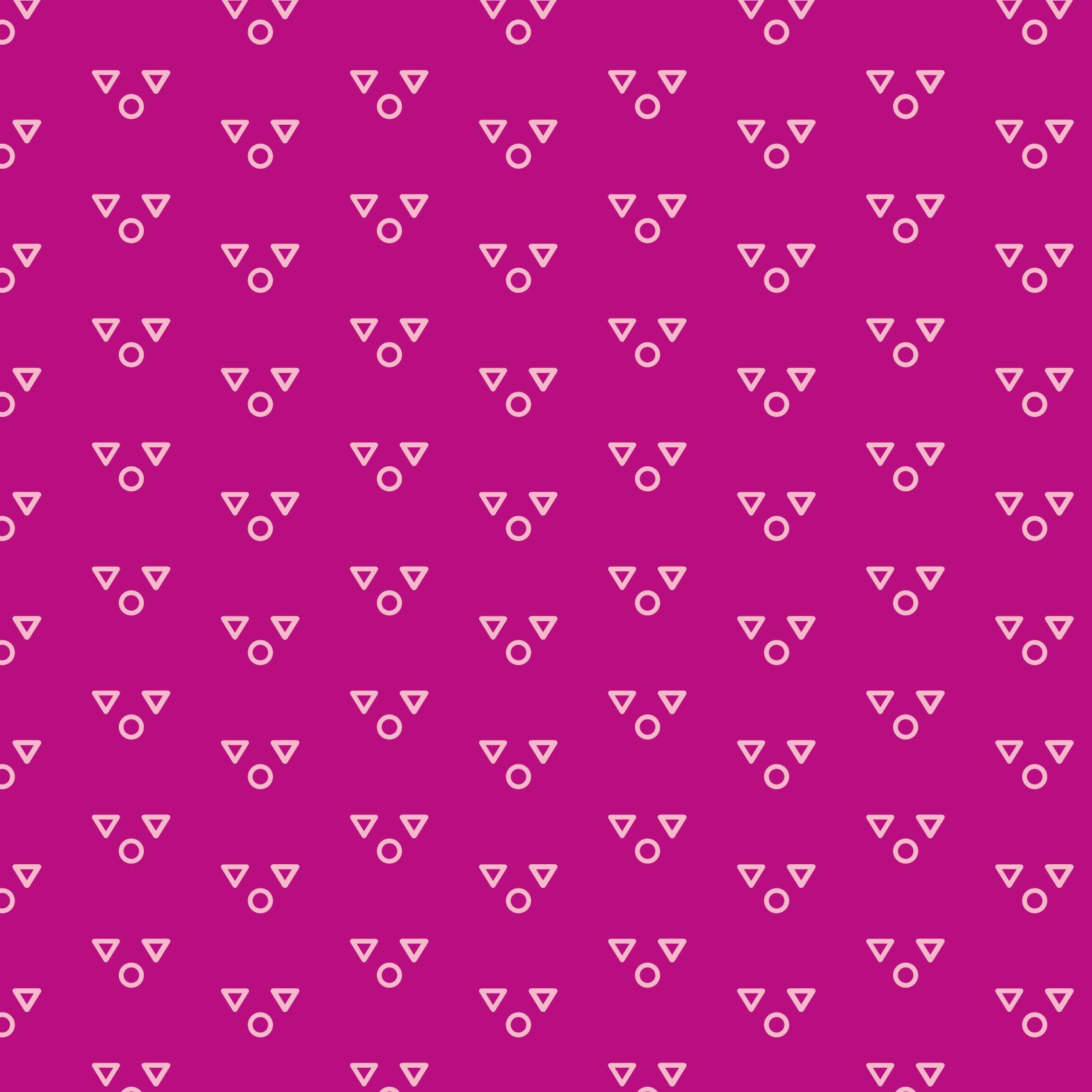
“¡A buscar a alguien con quien NO hablar!”, le respondió agresiva Viperina.

La víbora se debe haber asustado porque se revolcó sobre su panza, se inmovilizó de golpe y abrió su boca de par en par.

“¿Qué haces? ¿qué te pasa?”, le preguntó Viperina. “Finjo que estoy muerta”.

Viperina elevó los ojos al cielo. Esa víbora tonta estaba robándole un tiempo precioso a su tarde de reproches y melancolía, es decir, de tristeza, que había programado. “¿Por qué finges que estás muerta?”,





preguntó conteniendo su cólera.

“Tenía miedo de que quisieras atacarme”. Evidentemente el miedo se le había pasado porque se había reanimado y temblaba a lo largo de todo su cuerpo ancho y gomoso. “De todos modos, me llamo Dulce, es un placer; por fin te conozco”.

“¿Por fin?”

“Había leído sobre ti en la *Gaceta del Bosque*”.

“Ah, te advierto”, dijo Viperina sonrojándose debajo de las escamas, “la historia de las luciérnagas sobre las pestañas es completamente falsa. La inventó esa estúpida de Poiana”.

“Oh, qué lástima. Era muy dulce. Pero el cuadro sí lo pintaste, ¿no?”

“Sí, el cuadro lo pinté”.

“¿Y en el cuadro hay luciérnagas?”

Viperina sacudió la cabeza. “Sí, hay luciérnagas”, tuvo que admitir.

“¡Ooooh, qué maravilla!”, exclamó Dulce.

“¿Sí? ¡Bueno! ¡Me tengo que ir!”, y lentamente, aprovechando que había un desnivel en el terreno, se alejó.

“¡Que tengas un buen día!”, le dijo la víbora.

“Qué serpiente estúpida”, silbó Viperina. Al día siguiente, Viperina tenía programado pasar la tarde sola, cerca del torrente. Era un día caluroso, por eso

permanecía en un lugar a la sombra lo suficientemente apartado. Tenía un par de plumas para pintar y su cajita con los colores. No tenía muchas ganas de pelear con los pinceles, pero, al fin y al cabo, pintar siempre había sido su pasión. No podía renunciar tan fácilmente. Por eso, se decidió a intentarlo cuando “¡TONG!”, chocó contra un cuerpo gomoso.

“¡Hola!”, dijo la propietaria de ese cuerpo.

“¿Otra vez tú? ¿Qué haces aquí?”

“¡Tomo sol!”

“¿Tomas sol? ¿Y después?”, preguntó Viperina.

“¿Cómo ‘después’? Después nada, tomo sol y basta. ¡Ah, no, espera! También duermo un poco”.

“¿Nada más? ¿No tienes un programa, qué se yo, un proyecto a largo o a corto plazo?”

Dulce la miró con ojos adormecidos. “No, ningún proyecto. Solo tomar sol. Y charlar contigo, si puedo”, agregó un poco mortificada.

“Me lo esperaba. Bueno, para que sepas, hoy voy a pintar”.

“¡Oh, genial!”

“Sí, pero a mí me gusta pintar en silencio y, sobre todo, sola. Además...”, agregó haciéndose la interesante. “No sé si realmente tengo ganas. Podría pasar la

tarde en ese charco allá abajo. Sola, en paz. A... pensar. ¿has entendido?”

“Ah, ¿ese sería tu proyecto a corto plazo?”

Viperina cerró los ojos. Le había parecido captar una leve ironía en el tono usado por Dulce. Pero, observándola, le pareció demasiado tonta como para ser irónica; por lo tanto, alzó el mentón con altanería y lentamente se alejó. “Que tengas un buen día”. “¡Tú también!”

De hecho, no fue un buen día.

Viperina estaba preparando nuevos colores para sus cuadros y, después de haber abierto la caja con las pinturas, inmediatamente se encontró cubierta de polvillos laqueados y brillantinas. El problema era que la cola no lograba tener con firmeza la pluma para pintar y así, en vez de obtener el color verde Veronés que quería, se encontró con un color indescifrable, un arcoiris brillante pero inutilizable. Se había hecho regalar jalea real para crear el color ámbar. Había juntado y machacado dientes de león para enriquecer con amarillo esa mezcla y, sin embargo, esa tarde solo logró arruinar todo el proceso. Resultado: también tuvo que tirar el color oro. Con el marrón oscuro no le fue mejor. Toda una tarde hirviendo cebollas y recogiendo cápsulas de café

en la granja para después desperdiciarlo todo. Viperina se ensució de rojo cardenal y de heliotropo, el color malva le goteaba de la nariz mientras tenía manchas color coral sobre la panza.

Al final tuvo que tomar una decisión: tenía que darse un baño. Por lo tanto, silbando por el incordio, aprovechando un hermoso declive, llegó al fondo gredoso del torrente.

“¡Hola!”, le dijo Dulce de nuevo.

“Ya me lo esperaba”, comentó con tono seco Viperina.

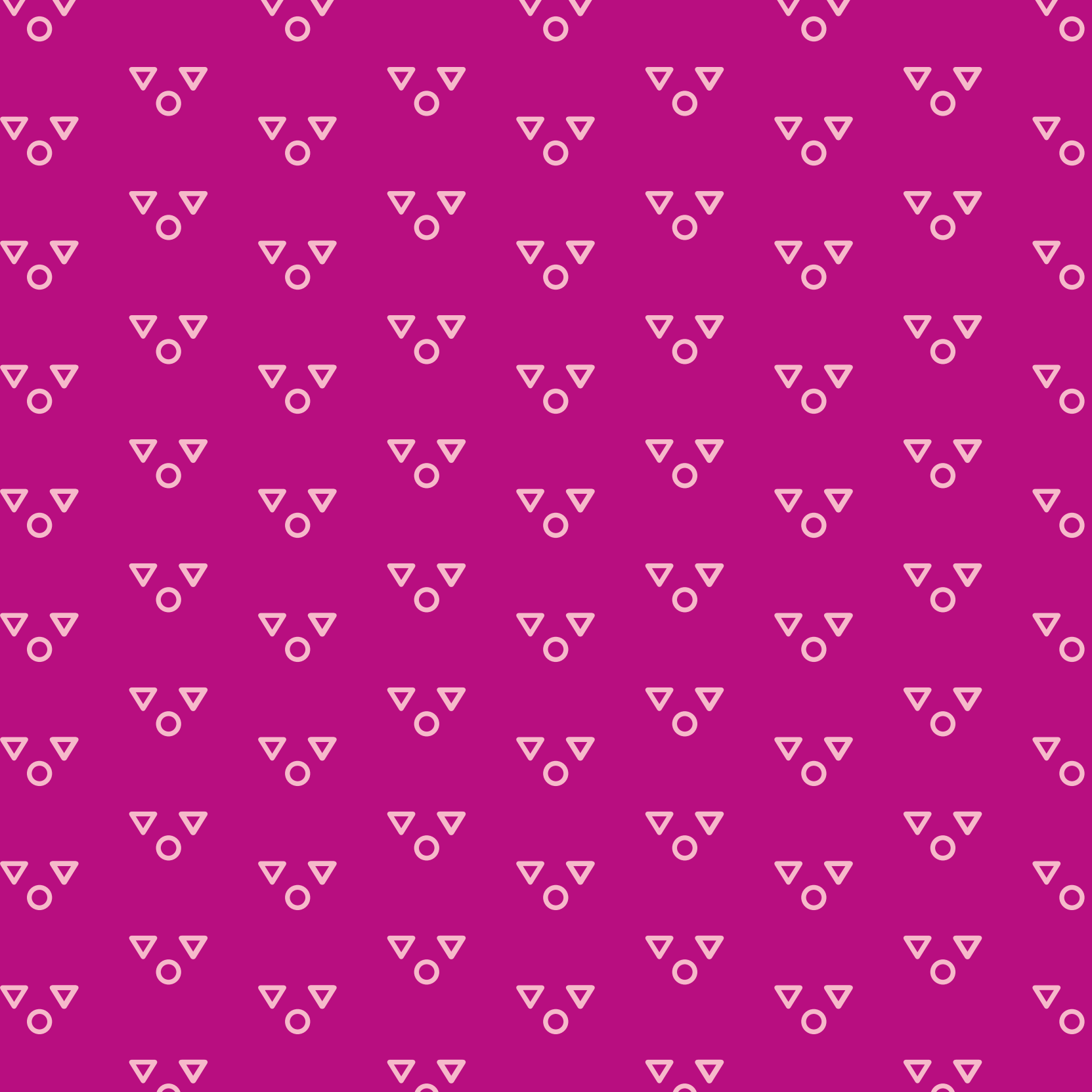
A la serpiente le encantaba el agua y había sumergido su largo cuerpo gomo en el torrente.

“¿Pintaste mucho?”, preguntó lánguidamente. “¡Estás toda pintada de colores!”

Viperina se zambulló de golpe, se quedó algunos segundos debajo del agua manteniendo la respiración (era una campeona en resistencia subacuática) y después salió por donde había greda, dejando una huella de pintura brillante.

Mientras se alejaba, sintió la mirada de la estúpida víbora dirigida hacia su espalda. Estaba segura. La víbora la miraba notando el esfuerzo que hacía para desplazarse. La ira le brotó del corazón.

Esa noche, Astrid fue a ver a su amiga. “¡Es la primera vez que me invitas a tu





casa!”, dijo con alegría.

“Es un placer verte en la Cueva”, admitió la madre de Viperina.

A Viperina no le gustaba invitar a las amigas a su casa. En principio porque se sentía frágil, como si su propia intimidad fuese vulnerada y pudieran quitarle la coraza de indiferencia que usaba cuando estaba en el Bosque. Además, no era capaz de soportar un rechazo o una falsa promesa. ¿Por qué sus amigas iban a querer estar un rato en su casa cuando habrían podido serpentear y enroscarse felices en otro lugar?

De todos modos, extrañamente, Astrid fue a visitarla y Viperina exhaló un suspiro de alivio. “¿Conoces a una tal Dulce?”, le preguntó en voz baja.

“La grande víbora de agua?”

“¡Esa!”

“No la conozco, pero hablaban de ella Cardamomo y Priscila. Me han dicho que le encanta pasar todo el día entre la grava del torrente”.

¡Eureka! Pensó Viperina. Cardamomo y Priscila pasaban el tiempo hablando mal de las otras serpientes. Seguramente tenían historias jugosas para contarle sobre esa serpiente. “¿Podrías ir a buscarlas?”, dijo Viperina insólitamente amable. “Me gustaría invitarlas a mi casa y convidarles un poco de jugo de moras mientras me cuentan lo

que saben de ella”. En la expresión de su rostro se veía que estaba tramando un plan. Meditar sobre el modo de liberarse de las absurdas atenciones de Dulce era, por ejemplo, una forma excelente para no pensar en su cola débil. Muy pronto Cardamomo y Priscila llegaron con Astrid a la cueva.

La madre de Viperina estaba sorprendida. Nunca había visto a su hija invitar a tres amigas a su casa. La habitación era toda una confusión de silbidos.

“Dulce Natrix”, silbó Priscila, “es huérfana. Sus padres fueron asesinados por los humanos de la granja”, explicó con voz grave.

“Sí, sucedió el verano pasado. Se dice que los mataron a golpes”, agregó Cardamomo temblando. “Hacía años que no se daba un delito como ese”.

De repente, una atmósfera oscura había descendido sobre todo el grupo.

“¿Entonces vive sola?”, preguntó Viperina.

“Que yo sepa, sí”, admitió Priscila. “Incluso tuvo que dejar de ir a la escuela y mi madre, que como ustedes saben, enseña el idioma viborés, dijo que se trataba de una situación *engorrosssa*”.

No sabían qué significaba la palabra “*engorrosssa*”, pero Viperina la anotó para buscarla más tarde en el diccionario.

La tarde concluyó con otros chismes

sobre los animales del Bosque. Viperina puso a mal tiempo buena cara, pero ya estaba arrepentida de haberlas invitado. ¿Entonces Dulce se había quedado sola en la vida? Esta noticia la llevó a cuestionarse sobre el sentido de sus pérfidos propósitos. La víbora no se merecía la soledad. “En realidad, nadie se lo merece”, meditó Viperina suspirando sobre su propia cama.

A la tarde siguiente, Viperina fue al torrente ayudada por el camino en bajada de siempre.

“¡Hola!”, la saludó Dulce. “¿Has venido a verme?”

“¿Qué te hace pensar eso?”

“Porque ya sabes adónde vivo. Si me hubieras querido evitar habrías pasado por otro lado”.

“¿Por qué ayer me has observado mientras subía el camino de grava? ¿Te hacía reír mi caminar torcido?”, le preguntó Viperina. Nunca había sido tan directa con otras serpientes. Dulce abrió sus ojos sorprendida. “Te observaba porque eres hermosísima”, respondió incómoda.

“Sssss”, silbó impresionada Viperina. Ciertamente, no era bella.

“Tenías sobre las espaldas un manto lleno de colores que goteaba; ¡parecías un cuadro viviente!” dijo Dulce, cohibida. “Me gustan tus cuadros. He vis-

to incluso el que hiciste sobre la piedra en la entrada del Bosque. Casi me deshidrato para llegar hasta allí abajo, pero valió la pena. Me gustan los colores. El rojo y el amarillo. Y, sobre todo, me gusta el azul”.

Viperina arrugó la frente. “Aparte tu total ignorancia sobre el nombre de los colores”, le dijo, “te debo pedir disculpas; creí que te reías de mis músculos débiles. A muchos, de hecho, les hace gracia”. “Tienes músculos débiles?”, le preguntó Dulce.

“Sí”.

“Por qué?”

“¡No lo sé!”

“Pero igual logras serpentear”.

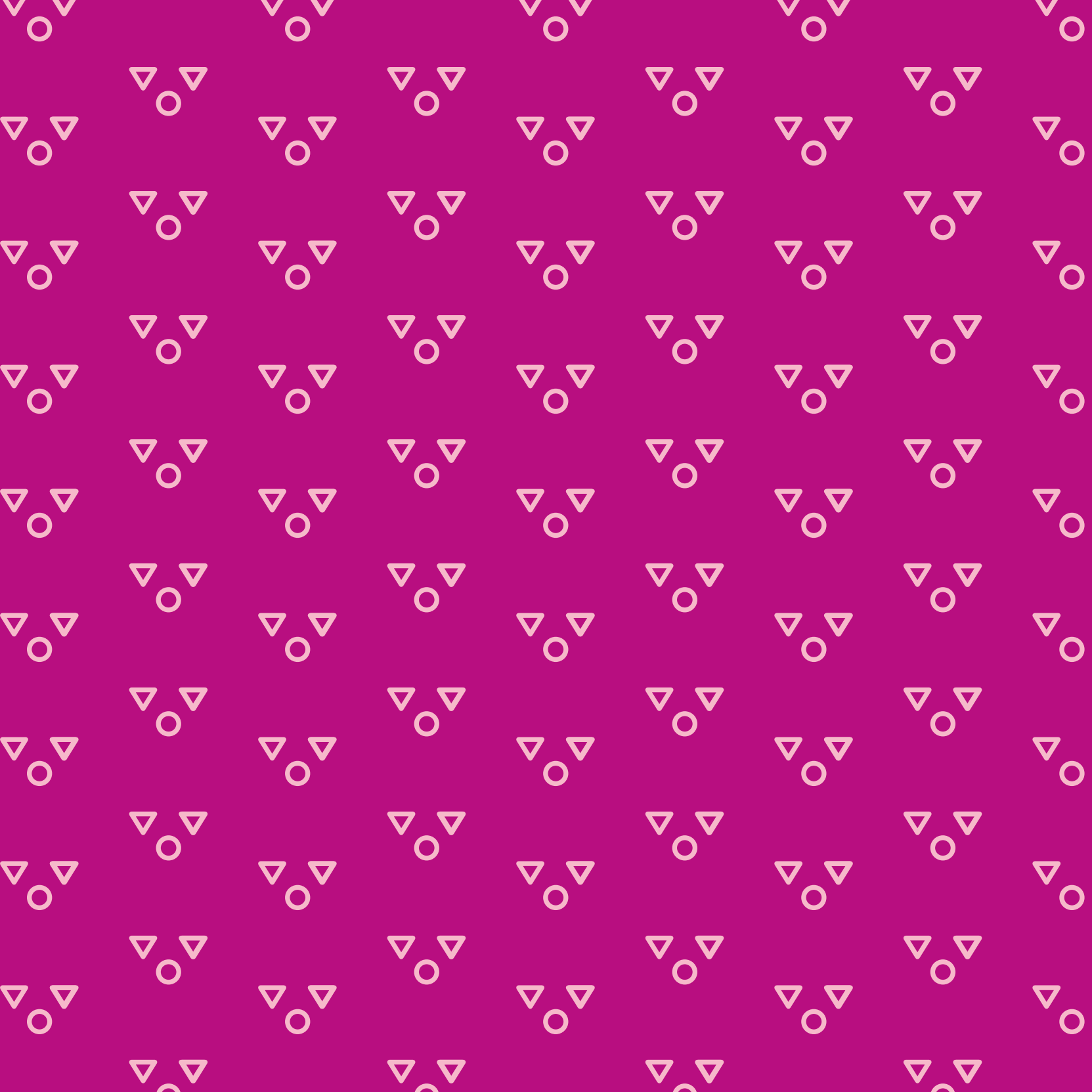
“Aprovecho el terreno en bajada”, admitió Viperina.

La frase se le escapó sin querer, porque nunca se lo había contado a nadie.

“¡Excelente idea!”

Para Dulce el tema ya estaba archivado. Viperina la miraba disimuladamente. Pero no le parecía que la víbora hubiese cambiado de actitud hacia ella. Le sucedía siempre: cuando las serpientes descubrían la historia de la Atrofia, entonces cambiaban. O se alejaban o se volvían más amables y cuidadosas. En ambos casos, Viperina odiaba esa actitud.

Dulce, al contrario, se puso a hablar del torrente y de su casa entre las piedras



y del verano y de las mariposas y bla-
blablá. Parecía haberse olvidado com-
pletamente de los músculos débiles de
Viperina. “Estoy contenta de que quie-
ras ser mi amiga”, concluyó entonces
Dulce.

“¡Todavía no he tomado una decisión!”,
exclamó sorprendida Viperina.

“Oh... qué pena”.

Dulce no tenía filtros. Era... genuina,
en el sentido de que siempre decía lo
que pensaba y parecía no avergonzar-
se de nada. Exactamente lo opuesto a
Viperina, ¿se entiende? Claro, no sabía
tantas cosas, pero Viperina sabía cuál
era su secreto: “no había podido ir a
la escuela y eso había sido algo *engo-
rrrossso*, es decir”, y aquí citó el diccio-
nario: “Una evidente condición de ma-
lestar material o moral”.

“¿Qué significa malestar?”, preguntó la
serpiente. ¡Ay! Viperina había dicho en
voz alta lo que estaba pensando.

“Significa una situación desagradable”.

“Oh, yo no me siento mal solo por no

haber ido a escuela. Pero me duele por-
que, de esa manera, no tengo con quién
hablar”.

“¿No te gusta estar sola?”, preguntó Vi-
perina, incrédula.

“Antes sí, me gustaba. Ahora que mi
madre y mi padre fueron asesinados,
no”.

El silencio que se produjo la hizo sen-
tir muy incómoda a Viperina. Se sen-
tía mal incluso porque normalmente
era ella la que ponía incómodos a los
demás.

Dulce suspiró. “Los extraño tanto”. Lo
dijo como si fuera lo más natural del
mundo. Viperina nunca habría osado
admitir algo así ante un desconocido, y
menos aun ante un reptil coetáneo. El
hecho de que Dulce comenzara a llorar,
tampoco la ayudó. Caían por su rostro
unas lágrimas enormes, redondas y bri-
llantes, parecidas al agua del torrente.

Viperina sentía un nudo en la garga-
nta por las ganas que sentía de llorar con
ella. Se contuvo, como siempre, tragán-



dose la hiel que guardaba. Si hubiera empezado a llorar, no habría podido detenerse. Estaba segura. No solo se habría conmovido por la historia de Dulce, sino que habría llorado por sus propios músculos y por su cola torpe y débil.

Por eso, solo se permitió tener los ojos humedecidos. “Muy bien, sin exagerar, así, resiste”, pensó.

De golpe, Dulce levantó la cabeza. “¡Mira!”, exclamó, “¡una mariposa! ¡Me encantan las mariposas, son tan coloridas!” Inspiró fuerte y sonrió.

Viperina no pudo no reírse con ella. Había bastado tan poco para distraerla de un dolor tan profundo. ¡Oh, qué tonta era esa serpiente!

Tienen que entender que el verano es un momento mágico para las serpientes. No van a la escuela, el clima cálido vuelve brillantes los cuerpos de tantos roedores y tantas cosas ricas salen de sus cuevas... De hecho, Viperina tenía hasta demasiado tiempo libre. Salía de su casa con lo necesario para pintar y regresaba sin haber realizado ni siquiera un boceto.

El hecho de que Dulce estuviera extasiada por el torrente y sus espumosas aguas, en un principio le habían dado fastidio, pero al final habían despertado su interés. El torrente era un conjunto de colores extraordinario. Se distin-

guían el azul cielo y el azul marino, el celeste y el turquesa, el azul amatista y el ultramar, todo acompañado por salpicaduras de celeste pastel y blanco puro. Incluso se percibía el color lino, tal vez por el reflejo en el agua de las flores fucsias que bordeaban el torrente. Estudiar los colores del río era algo que lograba hacer muy bien y, por eso, la víbora empezó a frecuentar cada vez más la grava que se encontraba delante de la cueva de Dulce. No hablaba con la serpiente, pero observaba pensativa la corriente.

“Realmente es muy bello”, admitió un día. “Hoy el torrente es de un color azul grisáceo, con algunos toques de celeste pastel”.

“A mí me parece que es siempre azul”. Viperina miró a la víbora con la expresión de sorpresa de siempre. “¡Basta! No puedo soportar que no sepas reconocer los colores como se debe. No es azul lo que ves, ¿puedes entenderlo de una buena vez? Hay distintos tonos de azul. Al menos doce, a partir del azul acerado”.

“Nunca vi el acero”.

“Ahhhh”, refunfuñó Viperina. Por lo tanto, abrió su caja de colores. “Mira: te muestro los colores primarios y después te enseño cómo se forman todos los demás”.

“¿Me vas a enseñar a pintar?”



“Veremos si tienes el talento natural para hacerlo...”

De hecho, no lo tenía. Dulce era muy desprolija, a un punto tal que le costaba más que a Viperina con su cola blanda. “¿No te pone nerviosa?”, le dijo al final Viperina.

“¿Qué cosa?”

“Bueno... ¡eso!” Y le indicó el desastre indescriptible que Dulce había intentado pintar sobre las piedras de su propia cueva. Si Viperina hubiera estornudado sobre los colores de su caja habría creado una pintura más bella de la que Dulce había intentado hacer durante días enteros.

“A mí me gusta porque es azul y...”

“¿Qué azul ves?”, le preguntó Viperina con tono comprensivo.

“¿Azul Francia y azul eléctrico?”

“¡Excelente! Y estos signos...”

“Son las ondas del río”.

“Y esas... ¿de qué color son?”

Dulce infló sus mejillas, incómoda.

“¿Azuladas?”

Noooo, Viperina no lo podía creer. Le estaba enseñando a reconocer los colores desde hacía días. “¡¡¡Hojas de té, son color hojas de té!!! ¿No lo ves? ¡Es un color muy fácil! ¿Cómo vamos a hacer cuando tengamos que pasar a los rojos? Langosta, cardenal, fuego, ladri-

llo... será un lío enseñártelos... ya me lo imagino”.

Dulce repitió el nombre de ese color un par de veces. Después exclamó: “Gracias”.

“¿De qué?”, preguntó Viperina, desconsolada aun por la ignorancia de su amiga.

“Por divertirme conmigo”.

Viperina se mordió la lengua. ¿Divertirse? Bueno... y miró esa enorme pintura horrible. Dulce se estaba divirtiendo, eso era seguro, pero ella... no había dibujado ni una línea porque, en fin...

En ese momento Dulce le pasó una pluma. Cómo había hecho para entender lo que estaba pensando, era un misterio.

“No puedo, Dulce, tengo la cola cada vez más débil. No podría pintar ni un trazo aun queriéndolo”. Viperina no iba a querer aceptarlo nunca, pero Dulce lograba despojarla de todas sus vergüenzas. Con ella podía decir lo que quisiera. Podía ser ella misma.

“¿Por qué no pintas con la boca?”, le preguntó la víbora.

Viperina quedó como petrificada.

“No puedo”, dijo.

“¿Eres débil también en la boca?”

“¡Pero no, ¿qué estás diciendo?! Si no, ¿cómo comería?”

Entonces, ¿por qué no puedes?”

“Porque...” Viperina buscaba un motivo, pero no se le ocurría ninguno. El vacío total. Escena muda, como cuando le preguntaba a Dulce que adivinara el nombre de un nuevo color.

“¿Te duelen los dientes?”

“No, claro que no; no es un motivo físico. Es que... yo quiero pintar exactamente como los demás”.

“Ah”, exclamó Dulce. “¡Pero tú no pintas como los demás!”

Viperina se levantó de golpe, ofendida. “Tú pintas mejor que los demás, Viperina; sin dudas, pintas mejor que yo”, admitió desanimada.

Esa tarde Viperina no tenía ganas de volver a su casa. Le habría gustado ayudar a su amiga a terminar el cuadro. Por otra parte, estaba aterrorizada por esa idea. Después se dio cuenta de qué era lo que le resultaba extraño en ese razonamiento. Había llamado ‘amiga’ a Dulce por primera vez y en sus pensamientos.

“¿Sabes una cosa?”, le preguntó Viperina.

“¿Qué?”, le respondió Dulce.

“Creo que eres mi mejor amiga”. La víbora le hizo una caricia con la cola larga y húmeda. “Lo somos desde hace semanas”, admitió.

“¡Ja!”, se rió Viperina. “Incluso desde hace semanas. ¿Y cómo puedes afirmarlo?”

“Porque nos intercambiamos pedacitos, por eso lo digo”.

“¿Qué son esos pedacitos?” Yo no he intercambiado ningún pedacito contigo, ¡qué asco!”

Dulce se balanceó contenta. “Los pedacitos, ...no sé cómo explicarlo mejor. Son ideas que tú posees y emociones y cosas que sabes hacer. Primero te las comparto yo y luego, si tengo suerte, tú conservas esos pedacitos de mí en ti, dijo.

Al final, Viperina volvió a su casa, silenciosa y pensativa. Todavía no entendía qué pedacito había recibido de Dulce.

El día después, Viperina se despertó con una nueva convicción. Había tenido un sueño muy intenso, color plumizo, aguamarina y berenjena; ya lo había olvidado, pero le había quedado una sensación de alegría inmensa en el pecho. ¡Los pedacitos! “Claro”, pensaba, “un pedacito para ti y uno para mí”. Ese día le iba a mostrar a Dulce qué pedacito de su amiga era capaz de recibir en su corazón.

Entonces, tomó las plumas, su caja de colores, le dio un beso a su madre y se precipitó a toda velocidad hacia el torrente. Pero cuando llegó, tuvo que esconderse entre las sombras porque sintió voces humanas.

“Te lo dije”, afirmó agitado uno de los

dos. “Era realmente una víbora”.

“Serpiente asquerosa”, dijo el segundo humano.

Eran gigantescos y Viperina temblaba debajo de las piedras.

“Mi padre me lo había dicho; el año pasado mató a dos en este lugar, junto al torrente. Eran larguísimas y estaban las dos entrelazadas”.

Viperina estaba devastada. ¡Hablaban de los padres de Dulce!

Después sintió un sonido extraño, fuerte y terrible. “¡Toma esto y esto!”

“Puedes aniquilarla del todo, total ya está muerta”.

Cuando Viperina entendió lo que había sucedido, vio algo color rojo. Le sacaron los colmillos fuera de las encías y el veneno le brilló sobre la punta de los dientes. Se lanzó al descubierto, lista para morder a uno de los dos humanos, pero ellos ya se estaban yendo, salpicando barro para todos lados.

Viperina se desplomó a los pies de la pintura de su amiga.

“Rojo violeta. Rojo ladrillo. Rojo cere-

za. Los colores más cálidos del espectro”. Silbó como atontada. “Escarlata. Rosa shocking. Magenta. Los colores de la pasión y de la rabia”. La escena era terrible. “Carmín y bordó”. Por todas partes predominaba el intenso color del torrente y de la pintura de Dulce.

Azul.

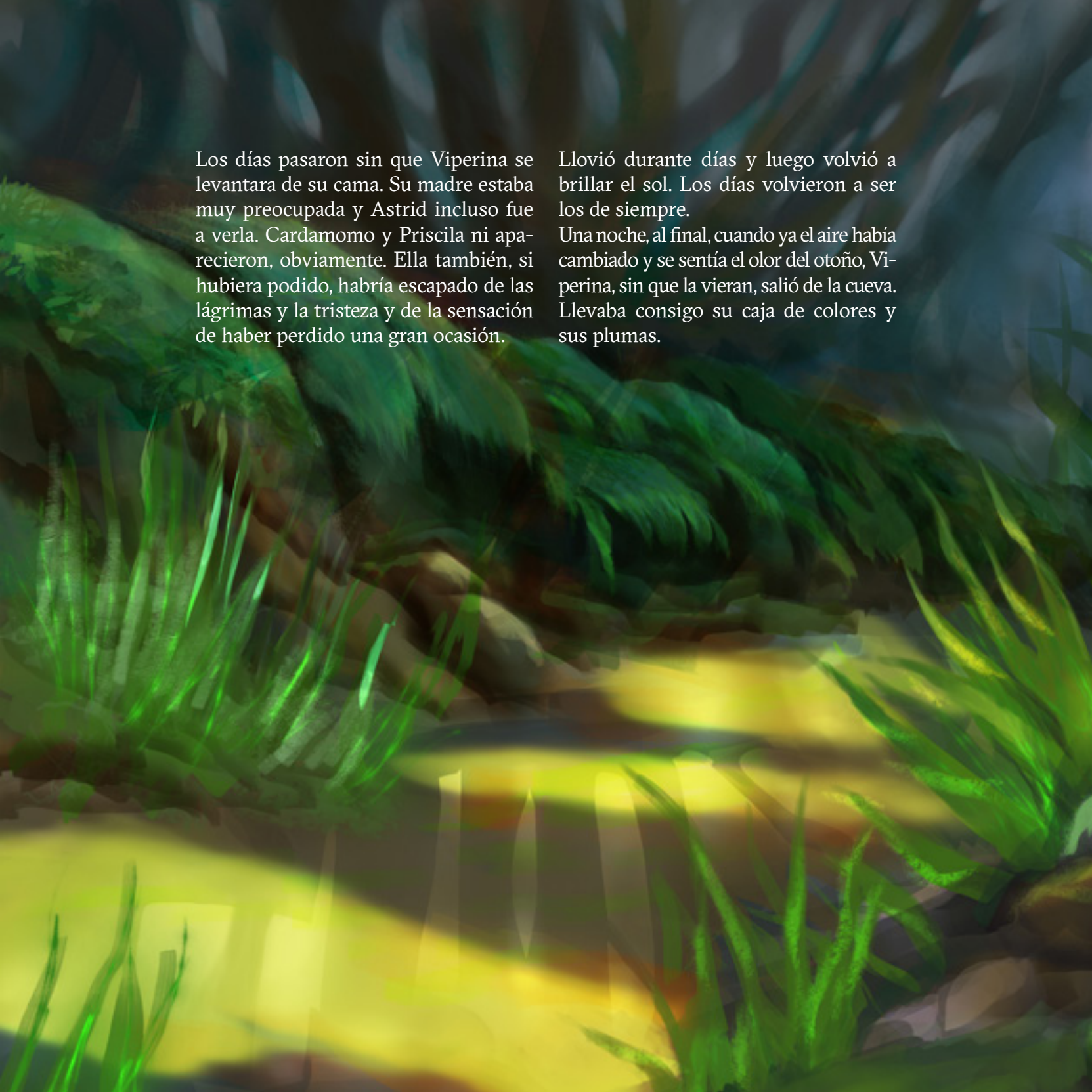
Azul. El color que amaba su amiga.

Después, se desmayó.

Cuando la llevaron a su casa, estaban todos alarmados. Se habían enterado de la llegada de unos hombres y todas las víboras del bosque estaban nerviosas.

“Las víboras no toman sol a orillas de los torrentes, estúpidos idiotas”, pensaba Viperina. Había dejado su primera piel sobre las piedras del río. Había sido una mutación en plena regla, frente a la cueva de su amiga. Había dejado una piel color biscocho y durazno, con algunas vetas color limón crema. Si hubiera podido, habría dejado incluso su corazón entre esas piedras. Tal vez lo había dejado de verdad.

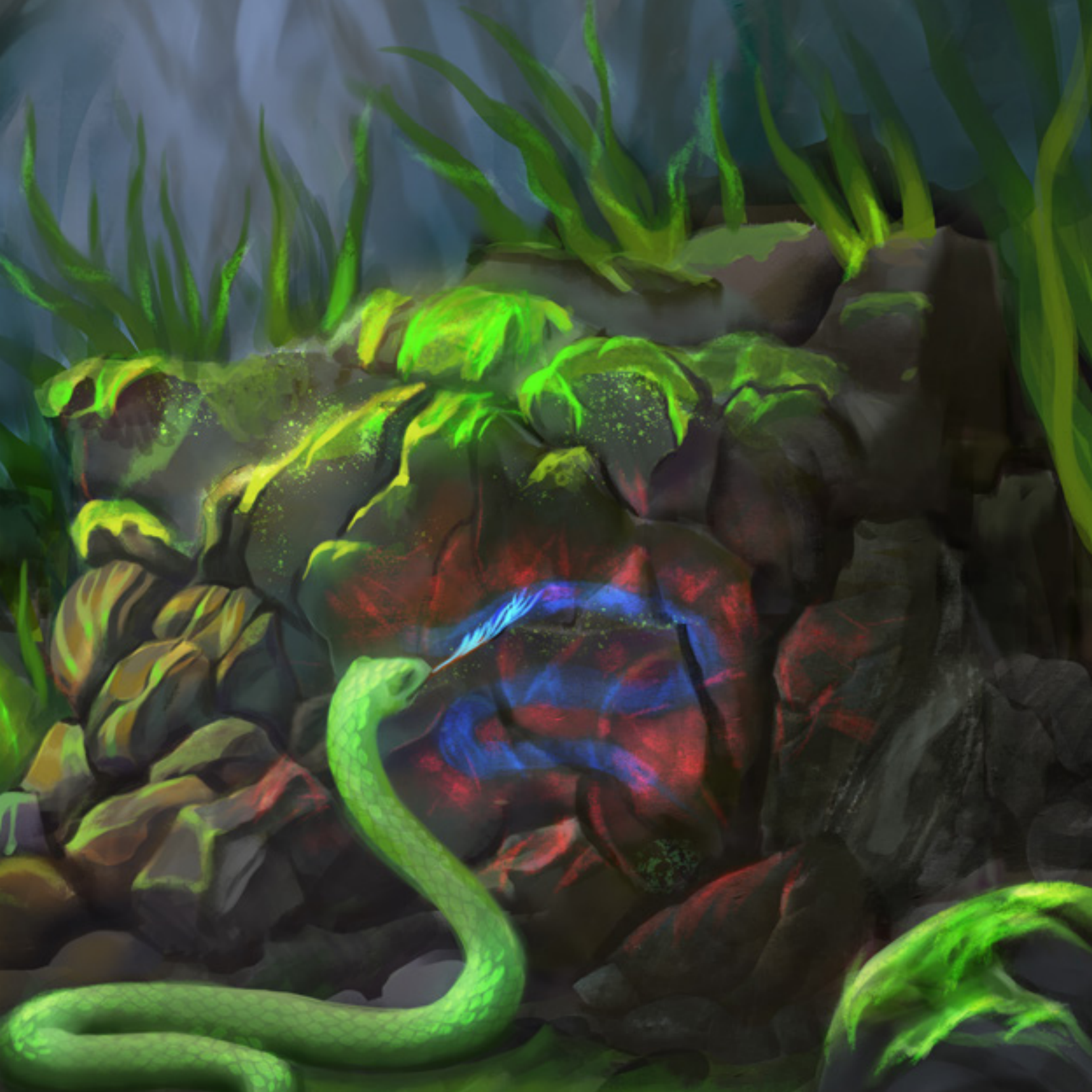


The background of the page is a vibrant, stylized illustration of a forest. In the foreground, there are several bright yellow-green plants with long, thin leaves, possibly mosses or small ferns, growing on a rocky or sandy ground. A stream of water flows through the center of the scene, reflecting the surrounding greenery. In the background, a large, dark brown tree trunk is visible, surrounded by dense green foliage. The overall atmosphere is bright and natural, with a mix of warm yellow and cool green tones.

Los días pasaron sin que Viperina se levantara de su cama. Su madre estaba muy preocupada y Astrid incluso fue a verla. Cardamomo y Priscila ni aparecieron, obviamente. Ella también, si hubiera podido, habría escapado de las lágrimas y la tristeza y de la sensación de haber perdido una gran ocasión.

Llovió durante días y luego volvió a brillar el sol. Los días volvieron a ser los de siempre.

Una noche, al final, cuando ya el aire había cambiado y se sentía el olor del otoño, Viperina, sin que la vieran, salió de la cueva. Llevaba consigo su caja de colores y sus plumas.



Aprovechando la bajada llegó al lugar de siempre y observó lo que había quedado. El cuadro de Dulce había sido decolorado por el agua del torrente, que había crecido. Pero todavía era visible. Viperina aferró una pluma entre los dientes y silbó: “Está bien, ¡complete-

mos este cuadro!”

¿La ven? Pinta con la pluma entre sus fauces, cuando baja el sol. Pinta con gracia, pincelada tras pincelada, escondida entre las sombras. El sol se esconde. Las sombras crecen. ¿Todavía la ven?

Viperina ama la noche.

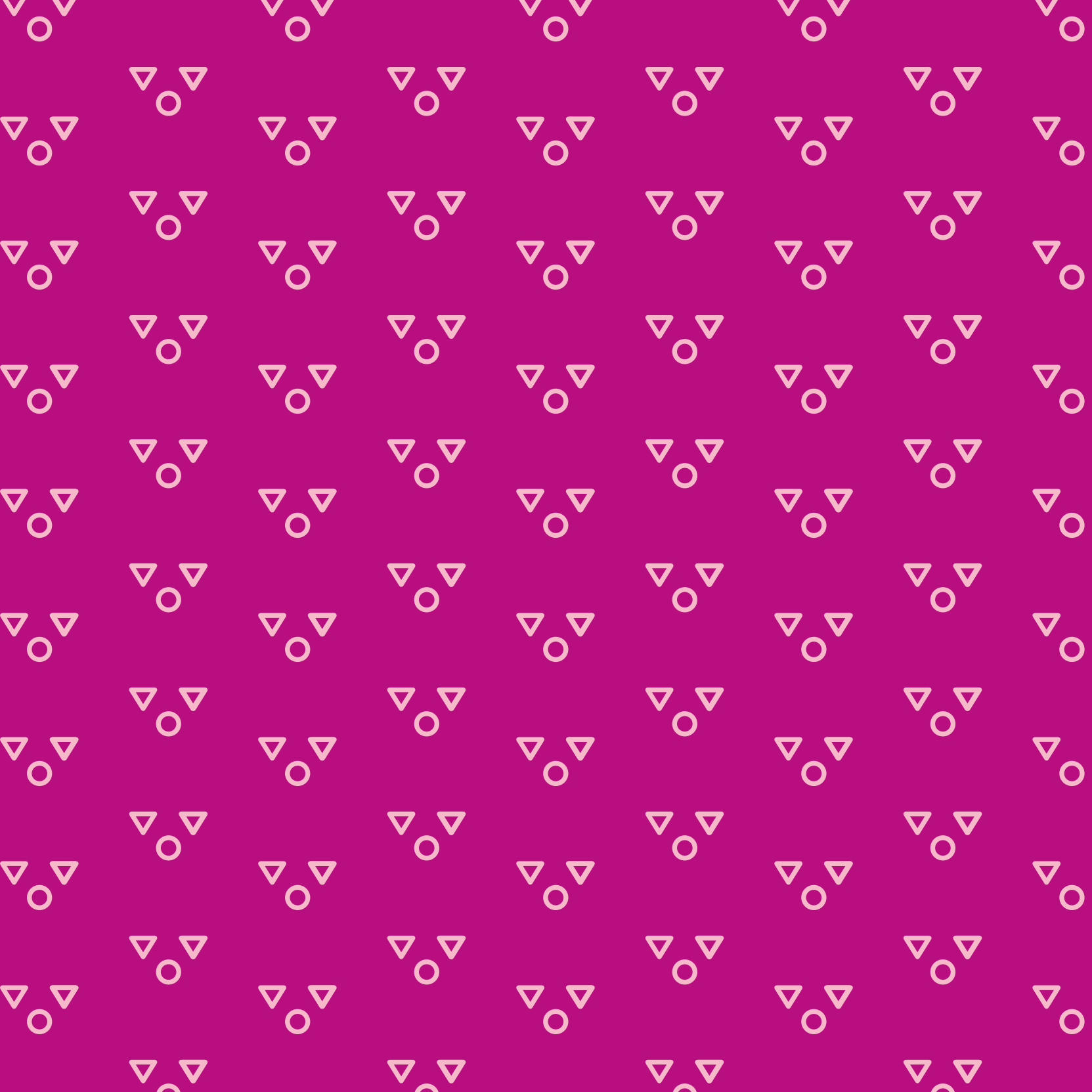
La Gaceta del Bosque

De Federica Poiana

La pintura “Hola” es una explosión magnífica de colores, una obra audaz que conjuga estilo y pasión. Una ebullición de emociones color escarlata rodea a la imponente víbora que, sinuosa, serpentea entre las piedras a orillas del río. Una increíble obra de arte que el curador del museo del Bosque ya pidió comprarla. Pero Viperina Aspis se negó. “Pertenece al río”, ha revelado “y de aquí no se la puede desplazar”.

“¿Cuál es el color que prefiere en este cuadro?”, le he preguntado justamente ayer por la tarde durante la fiesta de comienzos del otoño. La joven artista, ya muy conocida por nuestros lectores, miró durante unos minutos el mural para luego indicarme un pedacito de témpera exactamente en el centro de la obra. “¿Ve ese pedacito? Ese es el color que prefiero. El Azul”.







Lupo había mantenido la promesa y los doce días habían pasado. A fuerza de comer solo fruta y verdura y de hacer poco ejercicio, tenía el vientre redondo y tenso como siempre había deseado. “¡Ahora respeten los pactos y libérenme!”, decía refunfuñando.

Por eso, los animales del Bosque se habían reunido.

Confabulaban y le dirigían algunas miradas, evidentemente enojadas. Algunos todavía se secaban las lágrimas y Lupo se preguntó si eso era algo positivo o no. Él también se había conmovido mientras contaba sus fábulas.

El viejo Lupo, todo un sentimental, ¡se emocionaba con sus propios relatos!

Alargó las orejas tratando de no pensar en ello. Los animales discutían animadamente, pero a Lupo le llegaban solo algunas palabras entrecortadas: “glotón”, “astuto”, “empático”. Frunció el ceño. La cosa pintaba mal, muy mal.

Al final, una delegación formada por los animales más influyentes del Bosque se acercó a la jaula. Lupo se puso muy nervioso. Comer abundantemente durante doce días podía ser agradable, pero Lupo quería irse de allí y retomar su vida. Quería dormir en su gruta preferida y pasar los días sin pensar en nada, como había hecho siempre. Las doce fábulas lo habían agotado y ahora merecía ser dejado en

libertad, ¿no?

“Has contado doce fábulas especiales”, dijo el Maestro Búho.

“He tratado de respetar mi parte del acuerdo”, respondió Lupo.

“Y nosotros tenemos que decidir si respetamos la nuestra. Pero primero tenemos que pedirte algo. ¿Por qué todos los protagonistas de tus fábulas tenían los músculos débiles? Tú corres rápido como un rayo, sobre todo cuando tienes que escapar de los compromisos o de los animales a los que les debes un favor. No tienes los músculos débiles. En tu manada nadie los tiene; no formas parte de esta historia”.

Lupo paró las orejas.

Detrás del Maestro Búho veía a Mamá Jabalí y a Séptimo, a Plantina y a Viperina, escondida en la sombra. ¿Los veía solo él o existían de verdad?

Lupo apretó los dientes: “no tengo los músculos débiles, es verdad, y soy un miedoso. Hago siempre trapisondas y, a fin de cuentas, cometo más errores que aciertos. Siempre tengo hambre y mi higiene personal, ejem, ejem... ¡mejor no hablemos! A lo largo de los años he recogido estas fábulas, que me han conmovido y me han dado fuerzas. He decidido

- contárselas a ustedes para ser liberado, claro.
- Estaba seguro de que les iban a gustar: soy

- muy astuto, y ustedes lo saben”. Suspiró
 - dramático. “Pero también se las he contado
 - porque merecían ser recordadas y vueltas a contar una vez más. Los amigos de los que les he hablado no tienen que ser olvidados y todos podemos aprender algo de ellos”.
- Lupo metió el hocico entre las barras. “Yo creo que no importa si tus músculos son fuertes o no. Si tienes un corazón sensible como para escuchar estas fábulas, entonces tú también formas parte de ellas”.
- En ese momento, Pequeña Liebre surgió de debajo de un arbusto; le temblaba la nariz mientras sus ruedas dejaban una huella sutil sobre la hierba. Le gustaba correr rápido y también escuchar fábulas. Había permanecido escondido durante esos doce días, a pesar de que Lupo le infundía miedo. No dijo ni siquiera una palabra. En cambio, cerró los ojos una vez. Una vez sola. Lupo le sonrió con complicidad. Se había ganado la libertad.

Fin



Son muchas las personas extraordinarias que quiero agradecer al final de esta selección de fábulas. La primera es Caterina, la Gallina que amo, que ha corregido mis errores y me incentivó a escribir. Sin ella estas fábulas no existirían.

Quiero agradecerle a Simona Viperina, porque les ha dado voz, cuerpo e ideas a tantos personajes de estas páginas. Ha sido gracias a su aprobación y afecto que pude encontrar el coraje para seguir adelante con este proyecto.

Ilaria es el maravilloso Sapo del Pantano que ha logrado que este libro sea una realidad. Ha leído las fábulas a los otros animales del Bosque y, vagón por vagón, ha llevado su voz hasta las casas de los humanos. Antonella la ha sostenido y me ha ayudado a llegar hasta el final; por lo tanto, ella también merece un agradecimiento especial.

Un abrazo agradecido va dirigido a las jabalíes Daniela y Cristina, cuyas vidas e historias me han enseñado tanto: gracias por haberme concedido el permiso para escribir estas fábulas y contar su dolor. Les estoy muy agradecido.

El oso Alberto ha aceptado escribir la bellísima premisa de este trabajo, y para mí ha sido un honor.

Gracias también al búho Enrico, que con gran entusiasmo ha escrito la introducción al libro que tienen en sus manos.

El Viejo Lobo Fausto y Stefania, el Tordo cantor, porque me han enseñado el amor a la escritura, a los libros y a los seres vivos. Sus comentarios al final de cada fábula han logrado que me sintiera feliz y orgulloso de la manada. Quiero agradecer a mi hermano (adoptivo) Ferdinando el Zorro, un apasionado lector y, además, el mejor psicólogo que conozco. Merece un gracias enorme Dorothy, el Ovejero Alemán, una lectora atenta













- y entusiasta y libre de tantos prejuicios que ha sabido llenarme de confianza.

Un gracias muy grande debo dedicárselo a Matilde la Gata: si bien confinada en la Cárcel, ha leído las fábulas con espíritu agudo, siempre atenta a lo que hay más allá del velo de Maya. Quisiera agradecer al Erizo Claudia S.: sus palabras y las de la comunidad de los Erizos me han conmovido y llevado a querer escribir mejor. El Lirón Bazec, en cambio, todavía está leyéndolas. ¡Sus comentarios habrían sido mucho más útiles si hubieran llegado a tiempo! Samuela la Ardilla ha ilustrado en su primera versión “la magia más importante de todas”. Lo ha hecho con espíritu entusiasta y un gran corazón. Ella también merece mi agradecimiento.

Además, hay tantos lectores y lectoras que han soportado la ingrata tarea de leer estas fábulas online. Sus comentarios han sido de un gran valor, así como su apoyo. Claudia B., la lagartija que juega con cerezas, me ha escrito mails y mensajes siempre estimulantes, así como Leda la Garza Real, que orgullosamente todavía baila. La Lechuza Sabia Stefania P. las ha leído y le gustaron todas (¡gracias!) así como al Oso Vit, que ha lanzado el hashtag #JusticiaParaDulce.

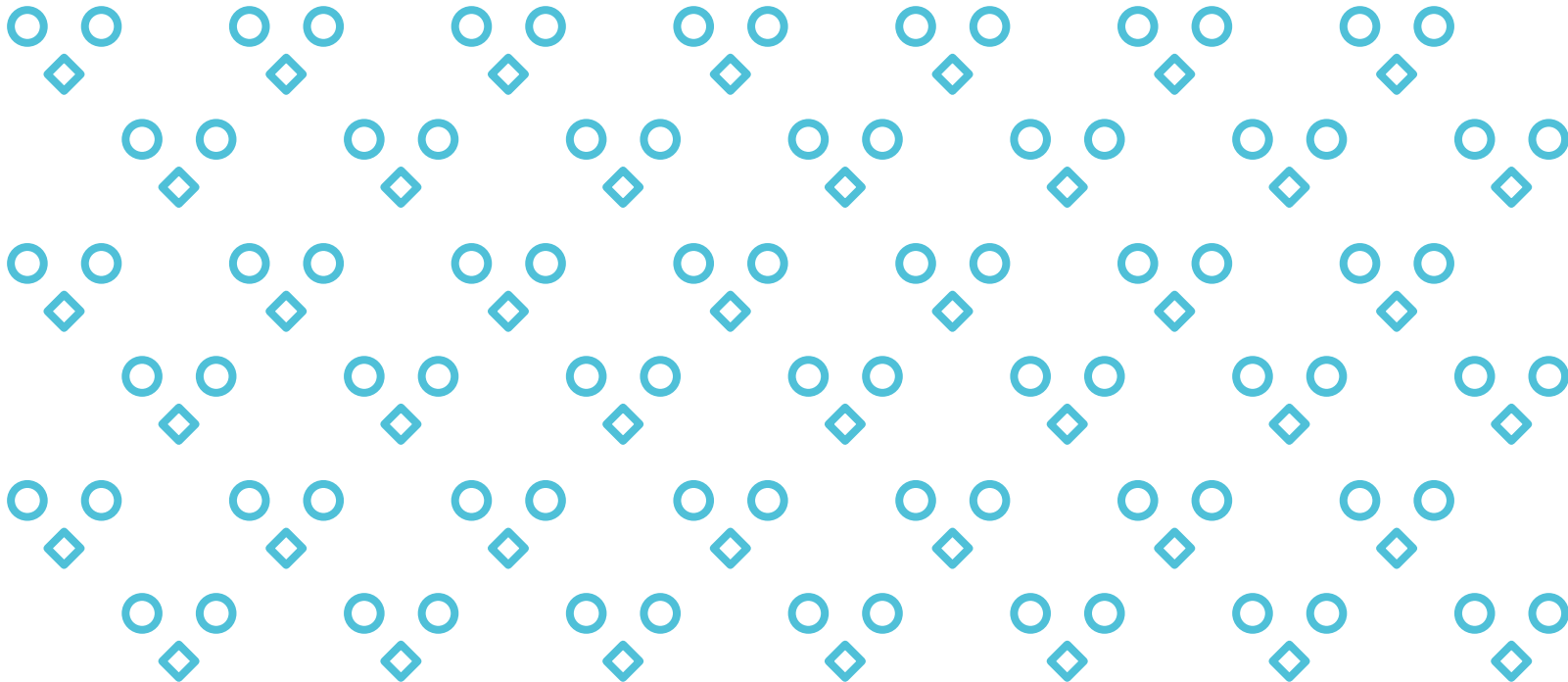
En fin, quiero abrazar a tantos niños y niñas a quienes las fábulas se las han contado durante el tratamiento o también en sus casas, gracias a sus maravillosos padres y madres: Tommy, Aurora, Marco, Denisa, Peo y tantos otros. Por último, mi más profundo agradecimiento a todas las maravillosas criaturas del Bosque conocidas gracias a la Asociación Famiglie SMA. Ellos me han recibido, aunque llevase una Historia Diferente y menos noble. Lo que he escrito me lo han enseñado ustedes.

JC, febrero de 2019

Premisa	página 5
Fábulas que curan	p. 8
Introducción narrativa	p. 14
.1 Frágil y delicado como una flor, pero rápido como una liebre	 p. 18
.2 La magia más importante de todas	 p. 24
.3 La estación en lo alto de la colina	 p. 28
.4 El Corazón del Bosque	 p. 36
.5 Nunca renuncies a tus propios sueños	 p. 54
.6 La piel del lobo	 p. 60
.7 Plantina	 p. 66
.8 Rafting para ratones	 p. 74
.9 Un partido con cerezas	 p. 86
.10 Los tres hermanos Carpa	 p. 93
.11 Una pequeña esperanza	 p. 107
.12 Azul	 p. 112
Conclusión	p.134
Agradecimientos	p. 138

Jacopo Casiraghi, Author

Jacopo Casiraghi es psicólogo y psicoterapeuta relacional sistémico. Es experto, en el campo de la discapacidad, la dinámica familiar y el envejecimiento. Es el jefe del Servicio de Psicología del Centro Clínico NeMo de Milán. Brinda asesoramiento psicológico a personas adultas, a familias y a menores que sufren de neuropatías y enfermedades de la neurona motora. Desde 2013, ha apoyado a las familias de niños con AME.



Biogen

Biogen es una de las principales empresas de biotecnología del mundo. Su misión es clara: ser pioneros en neurociencia. La empresa impulsa investigación científica de vanguardia para desarrollar y poner a disposición terapias innovadoras destinadas a personas de todo el mundo que viven con serias enfermedades neurológicas y neurodegenerativas. Fundada en 1978, hoy en día Biogen tiene la más amplia cartera de tratamientos para esclerosis múltiple e introdujo el primer tratamiento para la Atrofia Muscular Espinal.

El Grupo IED es un *network* internacional de educación en Diseño y *Management* que nace en Italia en 1966 y hoy cuenta con doce sedes en el mundo, repartidas entre Italia, España y Brasil. El IED es actualmente uno de los centros de estudios punteros en los campos del diseño de moda, audiovisual, diseño de producto e interiores a nivel mundial, y desde 2018 pertenece a una fundación sin ánimo de lucro, siguiendo el deseo dejado en testamento por Francesco Morelli, su fundador.

